



No te arrepentirás

BIANCA DE SANTIS

No te arrepentirás

Bianca de Santis

Copyright © 2021 Bianca de Santis

Copyright: Publicado en Amazon Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de ninguna forma o por algún motivo, ya sea electrónica, mecánica, fotocopia, grabado o transmitido por otro medio sin los permisos del autor. Por favor, no participe o anime a la piratería de este material de ninguna forma. No puede enviar este libro en ningún formato.

~~~~~

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

# Contents

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[CAPÍTULO 1: CRISTIAN](#)

[CAPÍTULO 2: JENIFER](#)

[CAPÍTULO 3: CRISTIAN](#)

[CAPÍTULO 4: JENIFER](#)

[CAPÍTULO 5: CRISTIAN](#)

[CAPÍTULO 6: JENIFER](#)

[CAPÍTULO 7: CRISTIAN](#)

[CAPÍTULO 8: JENIFER](#)

[CAPÍTULO 9: CRISTIAN](#)

[CAPÍTULO 10: JENIFER](#)

[CAPÍTULO 11: CRISTIAN](#)

[CAPÍTULO 12: JENIFER](#)

[CAPÍTULO 13: CRISTIAN](#)

[CAPÍTULO 14: JENIFER](#)

[CAPÍTULO 15: CRISTIAN](#)

[CAPÍTULO 16: JENIFER](#)

[CAPÍTULO 17: CRISTIAN](#)

[CAPÍTULO 18: JENIFER](#)

[CAPÍTULO 19: CRISTIAN](#)

[CAPÍTULO 20: JENIFER](#)

[CAPÍTULO 21: CRISTIAN](#)

[CAPÍTULO 22: JENIFER](#)

[CAPÍTULO 23: CRISTIAN](#)

[CAPÍTULO 24: JENIFER](#)

[CAPÍTULO 25: CRISTIAN](#)

[EPÍLOGO](#)

[JENIFER](#)

## CAPÍTULO 1: CRISTIAN

Sonreí y asentí. Esperaría sus reacciones, aunque sabía que estarían de acuerdo. No se negarían a tomar otra cerveza jamás. Además, yo iba a pagar la ronda.

“Pidamos otras cervezas”, dije, subiendo mi cara para ver a mis amigos.

“¡Carajo! Pidámoslas”, dijo Bruno, alzando su brazo para brindar con su copa. “Me encanta estar rodeado de chicas como estas”.

“Estoy de acuerdo. Pide esas cervezas”, dijo Rubén, el segundo al mando de nuestro club.

“En cuanto a ti, Bruno, no deberías preocuparte por las chicas que te rodean. Te tiraste a una de estas la última vez que estuvimos aquí. Solo querías llevarla a una habitación”.

“Es verdad, Bruno. Te encantan estas chicas”, dije. Sonreí y volví a asentir.

“Tienes razón. Las amo”, dijo Bruno, encogiendo sus hombros.

“Basta de charla. Es la hora de buscar un buen culo”. Vio su cerveza y tomó lo que quedaba. Exhaló y luego dejó la cerveza en la barra. Entonces se levantó.

“Busca un buen culo y quédate con él”, dijo Andrés. Peinó sus cabellos con su mano y usó la otra para indicarle a Bruno la pista en la que algunas chicas bailaban.

“Pero para eso, será mejor que veas a las chicas de la pista en lugar de vernos a nosotros. No me gusta que digas esa frase mientras nos ves”, dijo.

“¿Estarás aquí otro rato?”, me preguntó Rubén, viéndome. Todos empezamos a reír unánimemente mientras Bruno caminaba con pasos lentos hacia la pista de baile, en busca de una compañera para el resto de la noche.

“Parece que te convertiste en su mamá”, dijo Osvaldo.

Luego se levantó y tocó el hombro de Ignacio. “¿Por qué no me acompañas a jugar billar? Quien pierda pagará las próximas cervezas”.

“¿A qué se debe tu curiosidad?”, le pregunté a Rubén, dije, empezando a pasar por alto las bromas pesadas que se dijeron luego

“Amigo, mi edad juega en mi contra. Si no me voy ahora, lo lamentaré al levantarme a las seis de la mañana. A primera hora tengo algunas reuniones importantes. Me parece que debo irme”.

Tomé otro trago. “Vaya. Lamento escuchar eso”, respondí, sonriendo.

“¿Algo más que pueda hacer por ustedes?”, dijo una camarera que se acercó a nuestra mesa. Era muy hermosa y sensual. Sonrió y llevó su mano a su cadera.

“Sí. Podrías hacerme sexo oral”, le dije, viendo su cara.

“Con una condición: tienes que llevar mi pene al fondo”. Sus mejillas se ruborizaron rápidamente.

Rubén estrechó mi mano y luego vio a la camarera.

“Tu forma de conquistar chicas es extraña”, dijo. Se puso de pie, tomó lo que quedaba de su bebida.

“Espero que llegues puntualmente mañana. Lo lamentarás si no lo haces”.

Soy muy puntual”, dije.

“Quien llega tarde es Bruno”, le dije, aunque solo podía ver a la chica. Rubén ya se alejaba.

“Supongo que empezaste a trabajar en este club hoy”, dije. Abrió ligeramente sus ojos y se fijó en mi cara.

“Solo quiero que me complazcas”, dije, y comencé a reír.

Una chica estaba detrás de ella y captaba su atención.

Supe de quién se trataba. Era Martina Gómez.

La malparida que me había jodido.

“Así es”, dijo, y rápidamente volteó para ver a la chica.

Sus ojos no se despegaron de la camarera.

“Cariño, están pidiendo a una camarera en la barra. Supongo que podrías ir para ayudar a tu jefe”, dijo, mostrando una sonrisa amplia pero falsa.

Noté que su rostro se llenaba de vergüenza. Incluso me pareció que se sentía humillada. Muy humillada.

“Vaya. No lo escuché. Iré enseguida”, respondió la camarera.

En mi interior sentía un enorme deseo de tomarla y hacerle el amor en la barra, sin pensar en el resto de la gente.

Sabía que era muy hábil para hacer el amor, pero su comportamiento fuera de la cama era terrible.

Actuaba como lo que era: una desquiciada.

“Vaya, vaya. Parece que la corriente trajo a los peces más grandes y lindos hoy”, dijo. Le guiñé mi ojo, pero me concentré en mi trago.

“No tienes que responder. Sé que te alegra que haya venido. Y también sé que te complaces a solas mientras piensas en mí sobre tu pene”, dijo, sonriendo ampliamente.

Tomó asiento muy cerca de mí y de inmediato tocó mi ingle. En unos segundos presionó mi pene y se detuvo al bajar a mis pelotas.

“Ya que tu mano está por ahí, me gustaría que me dieras un masaje en las piernas”, dije. “Y una cosa más: ya no pienso en ti. Eres parte de mi pasado”, aseguré.

Bajé mi cara para ver cómo su mano subía a mi tronco.

Estaba empezando a erguirse.

“¿Bailamos esta canción?”, preguntó, luego de reír con fuerza. Tocó mi pecho y se puso de pie.

Volteé para ver las caras de las chicas del bar, y recordé que había estado en ese sitio en muchas ocasiones. “Eso jamás pasará”, dije, viéndola firmemente. Giré para ver mi cerveza y tomé otro trago.

Pude sentir sus senos juguetones con mi antebrazo. “Entiendo. Tienes miedo de lo que pueda suceder después”, dijo, dando un paso hacia mí. Su cabellera tocaba mis mejillas.

“Hundiría mi tronco en tu vagina cerrada, hasta que llegue al fondo”, dije.

“Sé que es lo que pasará después, pero no tengo miedo”, respondí. Me moví un poco y mis labios quedaron a solo unos milímetros de los suyos.

Cualquier hombre desearía estar con ella... si no estuviera loco, claro. Noté que jadeaba con mis palabras. Le costaba respirar. Sentí su ansiedad y el aroma a fresas de su piel, que se unía con el olor dulce de su vagina.

Entonces lo recordé. La primera vez que habíamos estado juntos. Y las incontables veces que vinieron después. De hecho, Martina había sido la primera en mi vida. Habíamos estado juntos durante varios años.

“Sabes lo mucho que te deseo”, dijo, moviéndose ligeramente. Con su mano derecha tocó mi sien y luego llegó a mi cabellera.

“¿Por qué no buscas a otro tipo? No quisiera estar cerca de ti”, dije. “Sé que deseas muchas

cosas, pero no puedo complacerte”, dije. Retrocedí y retiré su mano de mi cabeza.

“Cristian, hemos estado separados por cinco meses”.

Mierda. Habíamos estado juntos casi una década.

Cuando comenzamos, era apenas un chico, inmaduro e inexperto, pero con su experiencia pude aprender y madurar en poco tiempo. “De hecho, han sido diez”, contesté.

Tomé lo que quedaba de mi cerveza. Exhalé y me levanté.

Tenía una gran erección, pero decidí pensar en otras cosas. Sabía que Martina despertaba esos instintos en mi cuerpo. Era capaz de llevarme a ese punto porque era muy atrevida en la cama...

Aunque no quería dejarme llevar, sabía que estaba a punto de convencerme. Su cuerpo chocó con mi pecho y de nuevo sentí su mano en mi tronco.

Lamió mi sien con su lengua caliente y me di cuenta de que mi cuerpo estaba caliente. Empecé a sentir vibraciones a lo largo de mi espalda.

“Al fondo hay un depósito en el que podrías complacerme”.

“Basta de charla. Si no sales ahora, voy a hacer lo que me pides”, dije.

“No tienes que recordarme ese depósito”, le dije con molestia. La tomé por el cuello y acerqué rápidamente su cara.

Acercó su boca y me dio un beso. “Te lo recuerdo porque quiero que me complazcas. Voy a quedarme aquí”, aseguró.

Sentí que podía volver a estar con ella, recrear una vez más esa unión, ese amor que teníamos, si es que alguna vez existió. Y decidí tenerla.

Mi cuerpo comenzó a agitarse. Era la única chica con la que me había sentido satisfecho. Incluso me había sentido feliz con ella.

Martina se aferraba a mi cuerpo con sus muslos y llevaba su lengua a mi garganta. Tomé su cuerpo con mis brazos para llevarla al depósito.

“Cristian, por favor. Dime que no...”, dijo Ignacio al verme rumbo al depósito.

“Apártate”, dijo Martina, quitando sus labios de los míos.

Seguimos avanzando mientras la voz de Ignacio en un rincón de mi mente me decía que no lo hiciera.

Sentí lástima por él. Por sus intentos permanentes de convencerme de hacer lo correcto. Jamás lo había logrado.

Ella, en tanto, reclinó ligeramente su espalda para que tomara su seno derecho. Bajé mi cara para llevar su pezón al fondo de mi boca.

Lamí con desespero su teta mientras llevaba mis dedos a sus muslos. Entré con ellos en su falda y descubrí lo húmeda que estaba. “Por Dios, David”, susurró Martina, girándose.

Llevó sus manos a mi columna mientras apoyaba su seno en mis labios.

Separé mi boca y la vi fijamente. “No me llames de ese modo. Soy Cristian para ti”.

“De acuerdo”, dijo.

“Te diré como me pidas, pero no pares”.

Apoyó de nuevo su boca en la mía, reclinó su pecho y apretó mis dedos con sus muslos. Llegamos al depósito y toqué el pomo de la puerta.

Sentí los latidos de mi pene, necesitado por entrar en ella. Martina tenía la experiencia suficiente como para sacar todo lo que tenía en mis bolas. O las de cualquier tipo del club.

“Solo pararé cuando haya acabado dentro de ti”, dije.

Entonces pasamos. Apretó más mi mano y mordí su labio inferior. Su vagina estaba caliente. Lo supe cuando se movió un poco más.

Podía salir de ese lugar en ese momento. Me pregunté qué carajo pasaba por mi mente.

Sentía un deseo feroz, así que no saldría hasta complacerla.

Llegó a los pantalones y rápidamente los bajó. Con la misma velocidad puso su boca en mi tronco. Fue tan rápido que apenas pude apoyarme en la pared.

Tomé su cabellera oscura con la otra mano, invitándola a ir lentamente. Entonces aseguré la puerta. Retiré mis dedos y ella continuó tocando mi pecho.

Si no bajaba el ritmo, tendría un orgasmo rápidamente.

Eso no tenía sentido. Tenía que postergar el clímax.

Sabía que tenía que apoderarme del momento si quería lograrlo. Moví la parte baja de mi cuerpo. Lo hice con calma, para que me tomara con menor velocidad.

Comenzó a gemir mientras succionaba mi tronco con deseo. Subió su cara y descubrí la expresión de necesidad en su rostro.

Sabía que podía llevarla más allá, pero debía ser cauteloso, pues de lo contrario liberaría mi semen antes de lo previsto.

“Así quería verte, bajo mi poder, y con mi pene en tu boca”, dije. Me empujé para llegar al fondo de su boca.

Su rostro se llenó de asombro, pero se controló al respirar por sus fosas nasales. Rápidamente se calmó.

Sabía que no le importaría llevarme al extremo y hacerme caer en su red de nuevo. Era una puta que me había tenido durante toda mi adolescencia.

Deseaba a Martina. Tenía que estar con ella. Recordé a mis compañeros. Sabía que les molestaría que le hubiera permitido convencerme de estar con ella. Pero podían irse a la mierda.

Seguía succionando mi tronco y comenzó a lamer mi glande. Se aferró a mis caderas para llevar su pene más adentro.

Esperaba que Martina dijera mi nombre, que me pidiera alargar el placer o le exigiera parar de inmediato.

Esperaba que se volviera loca conmigo. Pero no fue así.

Liberé un gruñido salvaje a medida que lo hacía. Mi cuerpo se derretía con sus lamidos.

Subí mis pantalones con prisa y me senté en un par de cajas que había cerca. Me encantó oír ese gemido de molestia y sorpresa.

Antes habría seguido a su lado y le habría obedecido.

Ahora ya no me importaba su reacción. Oí un eco que vino de su garganta. El ruido de sus labios frustrados. Lo escuché al sacar mi pene de su boca.

“Quería continuar”, dijo.

Volteé mientras me apoyaba en las cajas. Comencé a tocar mi pene. Se levantó, decepcionada, mientras me veía con ira.

Volteé para extraer un condón de mis pantalones. Su mirada de estupefacción contempló mi pene. Sabía que estaba recordando el tamaño de mi órgano.

“Puedes hacerlo. Acércate. Termina lo que tienes en mente”, le dije.

“Mierda. No me había dado cuenta de lo excitado que estás”, dijo, zafándose de su blusa y comenzando a quitarse su sujetador.

“Hablas demasiado. Te pedí que te acercaras. Aún no sé si amarrar tus brazos, quitarte el resto de tu ropa e irme de aquí”, le dije. Subí mi cara para verla fijamente.

Comenzó a bajar su falda.

Me di cuenta de que no llevaba ropa interior.

Me causaba extrañeza, aunque no entendía por qué. El motivo de su visita estaba claro. Y también tenía claro que insistiría hasta conseguirlo.



“Si lo haces, mi hermano se vengaría”, dijo, lanzando su sujetador al piso.

Tomé sus caderas con fuerza para girar su cuerpo.

“Ponte sobre mi pene. Quiero sentir la humedad de esa vagina deliciosa que ningún hombre ha tocado en un buen tiempo, Martina”, dije.

“Y no me importa tu hermano. De todos modos, va a vengarse de mí”, respondí.

Su vagina comenzó a descender sobre mi tronco. “Eres el único que me excita”, dijo. Entonces tomó mis piernas para bajar lentamente.

Quería evitar mostrarle lo mucho que disfrutaba volver a estar con ella. Suspiré mientras cerraba mis ojos y contenía el aliento.

Me pregunté cuándo había sido la última vez que había hecho el amor.

No recordaba si habían sido solo unas semanas o muchos meses. Y tampoco podía recordar por qué si Martina era una hija de perra me importaba tanto, a pesar de todo. “Será mejor que nos apuremos”, dijo.

Azoté su culo y abrí mis ojos. Luego volví a cerrarlos.

Sentí que solo estábamos ella y yo en el planeta.

Sentí que se relajaba ligeramente, aunque el calor de su vagina me producía el efecto contrario: estaba cada vez más caliente. Entonces subió un poco a medida que reclinaba su cuerpo. Se abalanzó de nuevo sobre mi pene.

Me di cuenta de que había acabado, pero seguí moviéndome, exigiéndole que no parara, que se mantuviera sobre mí, que recordara el motivo de su llegada al club.

Subí mi mano para tomar algunos de sus cabellos. Bajaba y subía sobre mi pene, y cada movimiento era más placentero que el anterior.

“Cristian, ¿puedes venirte? Siento un horrible dolor en todo mi cuerpo”, dijo. Me pareció que quería seguir satisfaciéndome. Y yo estaba dispuesto a dejarme llevar.

“Lo haré si tú te esfuerzas. Eres tú quien debe hacer que me venga. Tienes que hacerlo mejor, Martina”, dije, y reí con fuerza.

“Puedes ser un pendejo si te lo propones”, dijo. Su ceño se frunció y me percaté de que estaba molesta.

“Tú puedes ser una puta sin proponértelo”, le dije, al tiempo que halaba sus cabellos. Así, su espalda se inclinó y pude llevar mi boca cerca de su oído derecho.

“¿Sabes? Creo que no podrás complacerme. Acabo de darme cuenta de que cambiaste. Ya no eres la chica salvaje con la que estuve. Creo que esto es inútil”.

Arrojó sus caderas con fuerza sobre mi pene. Lo hizo con tanta fuerza, sin parar, que en unos minutos acabé, liberando todo lo que estaba en mis bolas. Escuché cómo gruñía salvajemente.

Martina seguía moviéndose a mi compás, y yo llegaba al fondo de su vagina, liberándome. Unos alaridos salieron de mi boca. Me moví con fuerza, sacando todo mi semen.

Tomó el condón y lo dejó en la basura. Las cajas cayeron a mis costados. Pude suspirar mientras ella se calmaba.

“Sigamos”.

El calor que salía de su cuerpo me invitaba a continuar, pero no lo hice. “No lo haremos”, le dije.

Puse su mano en su hombro para que no se acercara otra vez a mí, aunque ella se movió para tomar mi pene.

“Oh, sí lo haremos”, dijo. El tono de su voz me convenció.

Me puse detrás de ella. Me quité mi camisa, me puse de pie y apoyé su cuerpo en una pared.

Le hice el amor en todas las posiciones posibles. Llené sus agujeros con mi pene y acabé

dentro de ella. Tenía que usar preservativos, pero no lo hice. Sabía que era imprudente.

Habíamos estado juntos, sin protección, durante años, y no nos habíamos convertido en padres. Eso tampoco sucedería ahora.

Cuando terminamos, peiné mi cabellera con mi mano y vi la cara de Martina.

Sabía que se había portado mal, pero yo también estaba haciéndolo ahora. Después de hacerlo en múltiples ocasiones, nos acostamos en el piso. Se puso a mi lado, pero la detuve con mi brazo

“Basta. Solo fue sexo. Será mejor que te vistas y te vayas”, dije.

¿Me merecía una mujer como Martina por ser un malnacido como ella? Mierda.

Le costaba moverse. “¿Entonces ahora me tratas así?”, me preguntó. Al ponerse de pie, tomó su ropa y comenzó a vestirse.

“Así es. Espero que al menos actúes como una mujer madura y no le digas nada a tu hermano. No me ha molestado en las últimas semanas. Espero que no lo haga ahora”.

“Puedes estar tranquilo. Guardaré el secreto”, dijo. Suspiró cuando terminó de vestirse.

Sentí el cansancio de mis músculos y la tristeza en mi pecho.

Era la única chica por la que había sentido amor de verdad. De hecho, sentía que parte de ese amor aún estaba dentro de mí.

“Fingiré que te creo, aunque sé que probablemente abrirás la boca”, le dije.

Entonces salió del depósito y me senté de nuevo en las cajas luego de acomodarlas, mientras pensaba en lo que había sucedido.

## CAPÍTULO 2: JENIFER

“Espero no tener que usar eso”, dijo Mario, mi compañero, al ver cómo terminaba de vestirme.

“Lo dices solo porque no tienes que ponerte medias altas y negras. Creo que nunca en mi vida me había puesto ropa de ese estilo. Imagino que sabes que un hombre las diseñó, ¿o no?”, pregunté, y exhalé profundamente.

“Jenifer, sabes que digo la verdad”, dijo.

Se asomó por la ventana del auto y negó con su cara. Se veía muy serio.

“Sabes cuántas veces hemos estado en operaciones como esta. No es el momento para sentirse débil”, respondí.

“Por eso sé lo que dices. Y debes parar ahora”.

Tomé la manija de su puerta.

“Lo sé. Es solo que no quisiera usar eso”, dijo.

“Se ve terrible”. Volteó para ver mi rostro y tocó mi antebrazo.

Lo hizo con tanta delicadeza que me sentí incómoda. No obstante, no dije nada.

Retiré mi brazo, salí de la patrulla policial y tomé rumbo a la calle. Era oscura, estrecha y estaba llena de agua.

La lluvia había terminado hacía poco. Sentí cómo mi cuerpo se colmaba de adrenalina. Sí, había nacido para hacerlo.

Mi misión en la vida era proteger a la gente y asegurar que la ciudad estuviera libre de matones.

“Así es, sobre todo cuando eres una jovencita. Y prostituta. Creo que llegó el momento. Entraré. Cuando diga la palabra clave, será tu turno de pasar y patear algunos culos”, le recordé.

Me dije que debía decir algunas palabras de forma incorrecta y guiñar mi ojo para convencer al portero.

Recordé lo que iba a hacer mientras tocaba la falda de prostituta que estaba usando. Sabía que bajo ninguna circunstancia me dejaría pasar. Mi apariencia era la de una chica con menos edad de la que tenía realmente.

“¿Qué tal, guapo?”, dije al llegar a la entrada.

“¿Crees que pueda esperar a que termines tu turno?”. Bajé un poco mi blusa para que viera parte de mi escote.

“No será necesario. Podríamos irnos ahora si me lo pides”. Era un sujeto de gran estatura y anatomía gigantesca. Sonrió mientras me miraba.

“Alguien me dijo que hoy darán tragos gratis a las chicas como yo”, dije. Sonreí ampliamente mientras me acercaba a su cuerpo.

“Es cierto. Puedes entrar, cariño. Pásala bien”. Di unos pasos y el tipo me dio una nalgada.

“Baja y cruza a la derecha. Luego encontrarás otra escalera que te llevará al lugar. Disfruta. Más tarde iré por ti”.

Todos en la línea de la entrada comenzaron a gruñir.

Sentí algo de alegría al ver sus caras, pero luego recordé el motivo de mi llegada.

Al enterarse de lo que sucedía en el club, tal vez no se molestarían tanto. Al contrario, comenzarían a correr.

“Te esperaré”, le dije al pasar a su lado. Seguí sus indicaciones para llegar al club.

La imagen de temor de Mario se insertó en mi mente. Entendía perfectamente el origen de sus miedos.

“Eso no va a pasar”, dije para mis adentros.

La investigación que había iniciado hacía meses me había indicado que el Club Nocturno Las Perlas de la Noche era la sede clandestina de la principal organización de tráfico sexual de Río Claro. Quería creer que no era cierto.

Muchos de mis compañeros rodeaban el club y las calles aledañas, pero yo era la única que me dirigía al interior del monstruo. Estaba entrando sola.

Había sido el plan desde el principio.

Recordé a mi hermana. Estaba llena de dulzura y pureza, pero su vida había acabado abruptamente. Su rebeldía la había llevado a juntarse con chicos malos. Y su último novio había sido peor que los anteriores, pues la había ofrecido como parte de un trato por droga.

Tomé la puerta mientras su cara, sonriente, llegaba a mi mente.

Tenía diecisiete años entonces. Sonreía mientras giraba y su cabellera se agitaba sobre sus ojos.

Unos días después la encontraron en un callejón oscuro.

Era un lugar muy parecido a la entrada del club.

Cuando llegué al final de las escaleras, crucé mis dedos. “Hermana, sabes que hago esto por ti”, dije, con los ojos cerrados.

“Cariño, ¿qué decías?”, me preguntó un sujeto moreno mientras sonreía con malicia.

“No dije nada”, respondí. Le mostré una sonrisa tímida mientras me esforzaba por mantener el personaje.

“Soy la novia de Enrique. Sé que ustedes vienen aquí en algunas ocasiones a tomar algunos tragos”.

“Es verdad”, dijo, abriendo la puerta.

“Pero el señor Gómez no se encuentra en Las Perlas ahora. De todos modos, puede pasar. Seguramente encontrará a un hombre que la complazca mientras él no está”. Entonces volvió adentro.

“¿‘Complazca?’”, pregunté. Intenté sonreír mientras veía sus ojos.

Entré y traté de liberarme del frío que sentía en mis piernas.

Había mujeres. Muchas mujeres. Y jovencitas. Morenas, blancas, rubias. Pequeñas. Grandes. Pero tenían algo en común: el vestuario. Estaban vestidas como prostitutas.

Además, estaban rodeadas de muchos hombres.

Caminé, a pesar de la cantidad de gente que había. Iba a llegar a la barra, pero sentí que tomaban mi brazo con fuerza.

“Jenifer, ¿qué carajo haces en un lugar como este?”.

Estaba en ese club de pacotilla como agente encubierto. No debería escuchar mi nombre. Estaba simulando que era otra persona por la misión en la que estaba involucrada.

“Disculpa, me confundiste”.

Volteé y vi de quién se trataba. Era una de las chicas que había liberado y sacado del bar en una redada que habíamos llevado a cabo semanas antes. Qué mierda.

“Esta noche soy Isabel”. Tomé sus manos con fuerza para abrazarla.

“¿Por qué viniste?”.

Al ver su rostro, me di cuenta de que tenía miedo.

Comprendí que estaba asustada. Tenía temor porque sabía que podían hacerle algo, como en otras ocasiones había sucedido.

“Quiero tomar unos tragos. Isabel, creo que deberías irte. Descubrirán que trabajas en la Policía. Será mejor que salgas ahora”, dijo, cerca de mi oreja.

“Acompáñame. Cuando salgamos, regresaré”.

“Eso no va a pasar. Si intentas irte ahora, descubrirán todo. Deberás esperar”, dijo, y negó con su cara. Abrió sus ojos ampliamente.

“Él lo haría. Enrique”, dijo. Giró y se perdió entre la multitud mientras mi cuerpo se comprimía.

Era el peor criminal del estado.

Todas las pandillas parecían bebés al compararse con él.

Ella se refería a Enrique Gómez. Aunque yo no lo conocía, muchos detalles sobre su vida habían llegado a mis oídos. Era el jefe de la pandilla Los Monstruos del Sur.

Los que tenían más asesinatos en su lista.

“Vaya. Una chica nueva”, escuché. Era un hombre. Hablaba con calma e intensidad. Como si te invitara a sumergirte en sus pensamientos.

Al voltear, puse mis manos sugestivamente en mis caderas y mis pechos.

Había sido policía por muchos años, por lo que ya había lidiado con malditos como Enrique, aunque ninguno se semejaba a él. Era mucho más malvado.

“Oh...”, dije, y suspiré con calma. “Qué gusto”.

Sonrió con ligereza.

“Luces como una mujer adulta. No creo que califiques para mi club. De todos modos, me gustaría que me contaras en qué lugar nos conocimos, Jenifer”.

“De hecho, soy Rocío”, dije, acercándome con sensualidad. “Y no soy tan mayor”. Noté cómo su mirada profunda se paseaba por mi piel. Estiró su brazo y tomó mi muñeca, justo donde sentía más frío.

“¿Es la primera vez que vienes?”, me preguntó, antes de acercarse más para poner su cara cerca de mis mejillas.

“Vaya. Qué rico aroma tienes. ¿Tu sabor es tan agradable como tu olor?”.

Me sentía molesta, porque sabía cómo actuaba él. Y también sabía que teníamos que sacarlo de las calles.

Mi cuerpo se había entumecido con sus palabras. A pesar de mis años como policía, aún no había podido adaptarme al modo en que me hablaban los sujetos violentos como él.

Me llené de valor y besé su boca. “¿Por qué no lo descubres?”, le susurré, acercando mi cuerpo.

Era evidente que para él era normal tratar a las chicas como objetos, aun cuando en el club hubiera centenas de personas. Con sus dedos me rodeó para llevarme a su pecho. Su lengua llegó a mi boca.

Sabía en qué andaba el tipo, pero igualmente entendía lo que pasaría por la mente de cualquier mujer en un momento como ese: que Enrique era muy atractivo, sabía besar, era sensual y seguramente sería estupendo en la cama.

Dejé de pensar y usé mi otra mano para activar el botón de alerta que llevaba bajo mi vestido, en mi cadera izquierda, justo encima de la falda.

Sus labios tenían un sabor muy agradable. Además, me había besado de tal modo que había despertado el deseo en mí.

“jefe, se activó la alarma!”, exclamó uno de sus empleados.

“Jenifer, te complaceré después”, dijo después de alejar su boca y mostrarme una sonrisa.

“Olvidalo, maldito”, le dije, retrocediendo dos pasos para sacar mi pistola.

“No lo olvidaré. Voy a buscarte. Y antes de lo que imaginas, te encontraré”, dijo, sumergiéndose en la oscuridad.

Solo pude ver que huía usando una puerta ubicada detrás de unas cajas.

Apunté, pero cuando llegué, la puerta estaba cerrada desde adentro.

Mi cuerpo se llenó de terror.

Mis compañeros de la comisaría llegaron y pronto sacaron a las jóvenes por las entradas. Luego bloquearon la entrada principal. En poco tiempo estuve rodeada de decenas de oficiales.

Se encargaron de arrestar a todos los sujetos. Incluso golpearon a algunos que intentaban sacar sus armas para dispararles.

Por mi mente pasó la imagen de mi hermana. Seguramente había llenado su cara de llanto y se había resfriado cuando la vendieron como trabajadora sexual.

Su cara en mis pensamientos me dio el coraje que necesitaba para hablar con las jóvenes, obtener sus datos y llevarlas en las patrullas a la comisaría.

Después de tener toda su información, las llevaríamos a un refugio en el que ningún sádico podría encontrarlas. Algunas policías llegaron después. Nos unimos para dar el paso siguiente. Había que reunir a todas las jovencitas. Solo podía oír cómo lloraban y tosían con fuerza.

Mis compañeros asentían, pero no se daban cuenta de que lo hacía no solo porque era mi trabajo. También los llevaba a la cárcel porque eran los bastardos que habían tomado a mi hermana.

La única hermana que había tenido. Desde entonces, se había convertido en algo personal. Y estaba decidida a dismantelar todas las redes de trata por ella.

“Márquez, te felicito”, dijo un hombre detrás de mí. Se trataba de uno de mis compañeros. Luego, otro repitió la frase y tocó mi hombro. Y otro. Y otro.

“Jenifer”, dijo Mario al llegar al lugar en el que me encontraba. “¿Cómo estás?”.

“Bien”, dije, asintiendo, aunque me costaba mantener el equilibrio.

“Quería felicitarte y decirte que nuestro capitán quiere conversar contigo”.

“¿Quieres decir ahora?”, le pregunté, indicándole mi atuendo con mi mano.

“Ahora. Te espera en la entrada, cerca de los avisos de la calle”.

Estaba concentrada en el hecho de que el jefe se nos había escapado.

Tenía que encontrarlo.

Mientras no lo hiciera no me sentiría tranquila. Todos tenían que caer. Especialmente él.

“De acuerdo”, dije suspirando. Toqué su hombro y salí.

Con calma subí las escaleras para llegar a la entrada del club. Los matones de Enrique, así como las chicas, me veían con recelo, pero le resté importancia a sus reacciones.

“Jenifer, ¿cómo se encuentra?”, dijo el capitán Barrios.

Asintió y me dio su mano. Noté gotas de sangre en su mano y cómo su cara tenía una cortada y una mejilla inflamada.

Bajé mi cara, pero en unos segundos la subí. Tenía que ser valiente, aunque me resultaba difícil.

Debía lograr que me respetaran y valoraran mi trabajo, si bien era complicado en muchos casos, por lo que tuve que defender mis labores.

“Muy bien. Espero que sepa disculparme por lo que pasó con Gómez”, dije.

Mis compañeros ignoraban el cansancio que eso me producía.

Volteó su cara y vi que llegaba otro agente. Entonces me di cuenta de que el caso estaba tomando un rumbo distinto. “En cuanto a Gómez...”, dijo el capitán.

“José Luis, sabes que no pasó nada grave allá adentro. Aquí estoy. Y estoy bien. Este es mi trabajo. He investigado delitos sexuales por muchos años”.

“¿Qué sucedió?”, le dije. Tomé su hombro, como había hecho en tantas ocasiones.

“Comprendo todo lo que dices”, dijo, tocando mi muñeca y alejando mi mano de su hombro.

“Por si no lo recuerdas, conozco a tu padre. Somos amigos hace tiempo”.

“Esto no es necesario”, dije.

“Además, ¿qué es eso de amigos? En realidad, es el pastor de la iglesia a la que vas. Eso no lo convierte en tu amigo”, le dije, con tono serio.

“Jennifer, esto es necesario. Enrique ya sabe quién eres. Dijo tu nombre, de hecho”.

“Eso no es verdad. Él no sabe nada sobre mí, José Luis. Solo supo mi nombre porque una de las jovencitas lo dijo”.

“Jennifer”, dijo, con tono autoritario.

“Debes descansar. Serán solo unos días, mientras las aguas vuelven a su cauce. Relájate. En unas semanas regresarás y te pondré en otra unidad. Podremos ponerte en el programa de protección de testigos si esto se pone feo”.

“¿Cómo? Eso no va a pasar”, le dije, negando con mi cara.

“Es una locura. Sé que eres tan consciente de eso como yo”.

“Sabe quién eres”, reiteró. Tomó mi mano y la llevó a mi mejilla. “Ese bastardo obtuvo tus datos. Podría ponerte en el programa ahora mismo, si no me obedeces. Pero si no te proteges y obedeces mi orden, voy a meterte en un hotel del que no podrás salir en un año. ¿Está claro?”.

Apreté mis labios mientras tragaba grueso para trabar mi llanto.

Exhalé y supe que todos tenían miradas de mierda en su cara, pero no las vi. Algunos policías intentaron decirme cosas al ir a mi patrulla, pero no los oí. Alguien más debería llevar a Mario a su casa.

“Muy claro”, dije, suspirando con fuerza.

Me encantaba llevar a esos delincuentes de las calles y poner a buen resguardo a las jovencitas que ellos secuestraban. Chicas como mi hermana. Chicas que habían vivido horas terribles antes de morir. Ahora, ya no podría hacerlo.

Ya no estaba en la división de delitos sexuales. Tal vez era por Mario.

Él quería cuidarme siempre. De hecho, siempre estaba preocupado por mí. Ahora, sentía que no podía perdonarlo. Sabía que solo tenía un motivo para actuar así.

Era la única mujer de la división.

## CAPÍTULO 3: CRISTIAN

“David, por fin te veo. Pensé que no habías llegado”, dijo Miriam, mi hermana, al verme. Se acercó a los bancos de la iglesia y tocó mi espalda.

“¿Sucedió algo? Te ves muy agotado”.

“La mañana fue pesada, especialmente después de la larga noche que tuve”, dije.

“Pero estoy bien”, dije, girando para tomar su mano.

Al ver su cara recordé a mi padre. Era idéntica a él. En cambio, Agraciada, nuestra otra hermana, era idéntica a nuestra madre. Fueron mi compañía y mis ejemplos cuando nuestros padres se fueron.

“Solo me reuní temprano con Rubén. Estábamos en la tienda y luego vine a la iglesia”.

“¿Tan larga como para venir a confesarte?”, preguntó. Me vio con extrañeza. Francisco, su esposo, llega un rato después.

“Creo que David siempre necesita venir a confesarse”, dijo Francisco, y luego rió.

“Creo que todos tenemos pecados, Francisco. Y eso te incluye”, dije. Me puse de pie y lo vi fijamente.

Mi hermana comenzó a reír con fuerza. Luego tocó mi hombro y observó mi cara.

“Iré a casa de nuestra madre. Y tal vez más tarde pase por la tuya. Espero que almorcemos juntos”.

“Estupendo”, dije. Giré para ver el altar. Al fondo estaba el sacerdote Martínez. Pude ver a lo lejos la incertidumbre en su semblante.

“Llegaré en unos minutos. Hablaré con el padre y luego iré”.

Todos mis familiares, recién llegados, me saludaban efusivamente. “De acuerdo. Nos vemos luego”, dijo. Tomó la mano de Francisco y salieron.

“Tío David, ¿cómo estás?”, exclamaron mis sobrinos.

“Luces como una mierda”, dijo mi hermano.

“Igual que tú”, le dije. Los saludé y luego me dirigí al sacerdote. “Hola, padre. Bendígame”.

“La bendición de Dios esté contigo, David”. Dijo. Tomó mis antebrazos y luego me abrazó con fuerza. “Temí que estuvieras en problemas”.

Mi padre había sido su amigo por años. Ahora lo consideraba un gran amigo, pues era la única persona del mundo a la que le contaba mis secretos. “¿Lo dice por mi demora?”, le pregunté. Palmeé su hombro mientras su cálido abrazo me animaba.

“Así es”, dijo. Dio un paso atrás para verme. “Eres puntual”.

“Lo sé, pero estuve más temprano en una junta de negocios”, dije, y lo vi fijamente.

“¿Quieres confesarte?”, preguntó. Abrió sus ojos con sorpresa.

“No. Solo hablaba con Rubén sobre una motocicleta. Fin”, dije, y reí suavemente. “Se lo agradezco igualmente. No cometí ningún delito”.

“¿Es lo que te ha mantenido ocupado por estos días o hay algo más?”.

“Espero que pase una feliz tarde. Si lo desea, oré por mí”, le dije. Asentí, sin darle mayor información.



“Lo haré. Sé que necesitas la ayuda de Dios. Solo te pido que vayas siempre por el camino del bien, David”.

Él conocía a papá, y sabía tan bien como yo que había sido correcto toda su vida. Un infarto lo había llevado a la tumba. No había muerto cometiendo un delito. Había muerto porque su cuerpo había fallado. Sus palabras se mantuvieron en mi mente. Me pregunté si ese “camino del bien” existía.

Otro infarto le había quitado la vida a mamá. Ella era perfecta. Había llenado mi vida de amor y dulzura.

¿Podía entonces ir por ese supuesto “camino del bien” si sabía que igualmente un infarto me sacaría del mundo?

Algunos ancianos me veían, pero no me fijé en ellos. Dar una vuelta a primera hora de los domingos en mi moto era parte de mi rutina, luego de salir de la misa.

“Si eso llegara a pasar, tendré que pensar cómo disfrutar la vida hasta ese momento”, me dije, antes de subir a mi motocicleta.

Cuando volví a casa, había decenas de personas allí.

Algunos de mis hermanos jugaban cartas en la sala de estar, mientras que Miriam cocinaba nuestro almuerzo en la cocina.

“David, acércate. Puedes jugar con nosotros”.

“Lo haré, pero denme unos minutos”, dije, subiendo mi mano. Luego llegué a la cocina. “¿Por qué no le pides a esos pendejos que te den una mano?”.

Sonrió y besó mi mejilla. Aunque me parecía un poco gorda, el amor que me daba y la belleza de su rostro me impedían pensar en algo más.

“No hace falta. Prefiero cocinar a solas. Sé que mi madre amaba preparar la comida de ese modo”, dijo.

“¿Has vuelto a hablar con nuestra hermana para pedirle que se mude de Providencia?”, pregunté. Di unos pasos para tocar sus hombros y besar su mejilla también.

“Sabes que ama esa ciudad. Además, tiene su tienda allá”, dije. “Le he insistido, pero no lo hará”, dijo. Luego cortó algunos trozos de carne.

“Puedo cocinar estos bistecs por ti”, dije. “En cuanto a ella, podríamos abrir una similar en nuestra ciudad”, le dije. Toqué su hombro una vez más y luego fui a la estufa.

Extendió un trozo de pollo para que lo probara. Había heredado esa costumbre de mi madre.

“Era trabajo para Manuel, pero parece que las cartas lo hipnotizaron”, dijo, encogiéndose sus hombros.

“Oh, te lo agradezco”, dije. Luego de comerlo, me puse un delantal para comenzar a cocinar la carne.

“¿Y Antonieta? ¿Qué tal le va? ¿Cómo va su relación con ese pendejo que dice ser su novio?”.

No entiendo por qué hablas como si aún se tratara de un romance pasajero”, dijo Miriam, y rió con fuerza. “Ya es su prometido”.

Aún me cuesta entender por qué permitimos que se enamorara de un mafioso como él”, dije.

“Eso sigue siendo un romance pasajero todavía... en mis sueños”. Tomé los bistecs y los serví en platos. Luego hice lo mismo con el arroz. “

“¿Me llamaron?”, preguntó nuestro hermano Alejandro, subiendo su cara y sonriendo como un niño.

“Lo hice. A Miriam le hace falta mucha ayuda para terminar”, dije, y les guiñé mi ojo. “Todos, levántense y vayan a ayudar”.

Mi casa estaba en una zona terrible. Nuestros padres no se habían interesado en arreglar la

casa ni comprar una nueva. Como la recibí tras sus muertes, esperaba seguir ocupándola. Me gustaba. Además, era acogedora.

Era el espacio que albergaba todos los recuerdos de mi infancia. Pensé en eso mientras escuchaba las quejas de mi hermano, pero no me importó.

Abrí la puerta para comer afuera y el viento frío entró a la casa.

En casa me sentía cómodo. Además, podía mostrar mi verdadera personalidad.

Simular que era rudo o mostrar una imagen que no era real no era necesario frente a mis hermanos y hermanas.

Sabían casi todo sobre mí, y estaban cómodos conmigo.

Además, siempre que podían, me mostraban el amor que sentían por mí.

Me sentí afortunado por eso.

Un ruido llegó a mis oídos. Era el motor de una motocicleta. Dejé de pensar en mi casa al escucharlo. Puse mi plato en una mesa cercana y di unos pasos adelante.

Quería llegar a la motocicleta. Entonces vi que no se trataba de una. Eran varias.

“¿Por qué vinieron? Saben que comparto el domingo con mi familia, dije. “Mierda”, susurré. Rubén iba al frente.

Estacionó la máquina y se despojó de su casco protector.

“Oye, puta, no olvides que *nosotros* Somos tu única familia”, dijo Bruno. Rió y apagó su máquina también.

“Bueno, eso también es cierto”, dije, saludándolo. Empecé a abrazarlos, uno por uno.

“Pero no me dijeron que venían. Creo que no habrá carne para ustedes. Si me hubieran informado que...”.

“Oh, supe que vendrían. Ignacio me llamó. Quería saber si estaba de acuerdo”, dijo Miriam.

Salió y no pude hablar más. En sus manos traía varios platos con comida.

“Qué hijo de puta”. Giré para ver a Ignacio. Abrí mis ojos de par en par.

“Un hijo de puta familiar”, dijo, y guiñó su ojo. Pasó a mi lado para llegar a la entrada. “¿Es cierto que están jugando cartas?”.

Bruno incluso comenzó a bailar al entrar. “Quiero jugar”, dijo Osvaldo, detrás de él.

Rubén esperó afuera, y salí para ver qué sucedía. En su rostro solo había temor. Cuando se percató de que todos estaban en la sala de estar, comenzó a hablar conmigo.

“¿Les he dicho lo locos que están?”, les pregunté antes de que entraran.

“Amigo, Parece que quieres iniciar un incendio. Un incendio que sabes que no podremos apagar”, me dijo.

“Anoche estuviste con Martina Gómez, David. ¿Por qué carajo lo hiciste? ¿Qué mierda tienes en la cabeza? Sabes que puedes acostarte con la mujer que deseas, pero decides tirarte a la hermana menor del principal enemigo que tenemos”.

Volteé para comprobar que nadie nos escuchara. Como líder de nuestro club de motorizados, tenía poder, aunque lo usaba de modo inusual. Había fortalecido nuestros lazos, aunque también me permitía tratar con mujeres como Martina. “Eso no es cierto”, le dije con fuerza.

“En ese caso, cuéntame la verdad”.

No tengo que explicarte nada. Soy el líder, por si lo olvidaste”, dije.

“Solo diré que estaba complaciendo a una chica con deseos, Rubén”, le dije. Crucé mis brazos sobre mi pecho. Ninguno de los dos dijo nada por unos segundos.

“No lo he olvidado. Y sí tienes que explicarme. Sabes que Enrique Gómez quiere ahorcarte porque dejaste su pandilla. Y no solo eso: abandonaste a su hermana menor, quien por poco no supera la tristeza que le causaste”.

“Martina es una malnacida”, dije.

“Fue ella quien se aprovechó de mí”, le digo, con tono soberbio.

“Ya te lo he dicho. Cuando lograron lo que querían, Martina me dejó. Fui yo quien tuve problemas para superarlo. Estuve preso por casi seis años. Ella, en cambio, estaba comiendo con mi dinero, comprando bolsos y viajando. En ese momento no le hice falta ni lloró por mí”.

“Lo sé. Lo sé muy bien, David”, dijo. Se sentó en uno de los escalones de la entrada.

“Lo que no sé es qué te llevaría a hacerle el amor, si sabes lo que te hizo”.

Entonces volví a probar mi comida. “No hicimos el amor. Me la tiré y después le exigí que se fuera”, le conté, encogiéndome mis hombros.

“Eso no explica tu comportamiento”, dijo Rubén. Exhaló profundamente mientras me veía comer.

“Bueno, hay una razón que lo explica. Aún amo a Martina”, le dije. Lo vi y fruncí mi ceño. “Y si no haces silencio, voy a convertirte en otra putita”.

Agitó sus brazos mientras negaba con su cara.

“De acuerdo. Fin de la discusión. Solo espero que Enrique no te joda. Y si eso llegara a pasar, no te preocupes. Voy a apoyarte. Lo haremos, como siempre, juntos. Todos”.

Si algo no quería, era que otra persona me dijera que mis actos eran imprudentes, especialmente Rubén.

Suspiré y volví a tragar. Ansié que pasara y olvidara el tema. Ya tenía la edad suficiente para saber lo que hacía.

Rubén había resurgido de sus cenizas, pero sabía que nunca se libraría de su pasado. Y sabía que tarde o temprano, ese pasado volvería por él, para ajustar cuentas.

Era cuestión de tiempo.

Tenía en mi mente los recuerdos de todo lo que le había sucedido. Su pasado había sido terrible. Mucho peor que el mío o que el de cualquiera de los integrantes del club.

“David”, dijo Rubén, con un tono totalmente distinto.

“Dime”. Giré y noté el temor en su rostro. Miré hacia atrás para ver la preocupación en su cara.

“Es Néstor. Parece que se drogó... otra vez”, dijo, indicando con su mano el garaje.

Ví a Néstor salir de su auto. Sonreía mientras trataba de subir sus pantalones. “Carajo”, dije. Tapé mi plato para ir al garaje. Rubén iba delante.

La cara de mi sobrino era idéntica a la de mi hermano Ángel. Sus restos estaban al lado derecho de los de nuestros padres, en el cementerio.

“¡Hola! ¡Hola!” le dije con fuerza mientras lo tomaba con fuerza por su camiseta.

“¿Y ahora qué carajo te sucede?”.

Comenzó a reír con fuerza otra vez y miró al cielo.

“Hola, tío”, dijo, riendo con fuerza.

Tomó mis brazos para no caer, pero igualmente cayó de rodillas. Su pecho estaba impregnado de olor a droga barata.

“No sabía que habías llegado. ¿Llegado? ¿Llegaron?”, se preguntó.

No paraba de cantar e intentar quitarse los pantalones.

“Qué idiota eres”, dije. Lo tomé con fuerza para llevarlo a la sala de estar. Me costó, porque no podía sostenerse.

“¿Qué...?”, trató de preguntar Miriam al ver lo que sucedía. Comenzó a llorar y cubrió su boca con sus manos. “David, por favor, no vayas a...”.

“Sé lo que haré, Miriam. No tienes que decirme si está bien o no”, le dije con fuerza. Tomé a

mi sobrino para subirlo a su dormitorio. Cuando llegamos, lo lancé a su cama. “¿Por qué lo haces? Te pedí que dejaras esa mierda”.

“Quise hacerlo, pero... lo siento, tío. Esas pastillitas y yo... tenemos que estar juntos”, dijo, y me mostró una gran sonrisa.

Llevó sus brazos a su pecho.

“Pero no tienes que molestarte. Supongo que me parezco a mi papá. Sí, el que murió por tu culpa”.

Lo tomé por el cuello. “Qué hijo de...”, empecé a decir.

Entonces comenzó a llorar.

“Hazlo. Golpéame hasta que me mates. Ya no quiero sufrir más, tío. Dame una paliza. Lo merezco”, dijo.

Era el único sobrino que había dejado nuestro hermano. Tras su muerte, se había convertido en mi hijo.

Pero al parecer estaba fracasando como padre, pues los resultados de mi crianza eran tan terribles como el que había hecho con Ángelo después de la muerte de nuestros padres.

“No lo haré. Solo espero que te quedes en tu habitación. Saldrás cuando te dé permiso. ¿Está claro?”, le pregunté.

Lo acomodé de nuevo en su cama y me puse de pie.

Cerré su puerta con fuerza.

En cualquiera de los escenarios en mi mente, yo sería el responsable. Néstor iría a prisión. O peor aún: se convertiría en el esclavo de alguien por drogas. O peor aún... moriría pronto.

## CAPÍTULO 4: JENIFER

### Dos semanas después

Pensé que podría unirme a una asociación que ayudara a las víctimas de delitos sexuales.

Conocía a muchas por mis años de labor en la Policía. Tal vez alguna de ellas querría contratarme.

Como no tenía temor a nada y podía adentrarme en los callejones más sórdidos de la ciudad, podría ayudarlas a liberar a todas las chicas que estaban atrapadas en las redes de la mafia.

Cuando desperté, no tenía ningún ánimo para hacerlo.

Tras quince días sin trabajar, ya solo deseaba renunciar y buscar otro modo de ayudar a la gente.

Recordé que más tarde podría volver a trabajar. Tomé café mientras me acomodaba en mi bata. Esperé que se enfriara un poco para tomar otro sorbo.

No había usado mi pistola de reglamento en mucho tiempo, pero si me encontraba otra vez con ese bastardo, lo haría. Se merecía unos cuantos disparos por acabar con la vida de tantas personas y destruir la juventud de tantas chicas inocentes.

“Qué bien”, dije entonces en voz baja al ver mi bebida. Suspiré y puse mis manos en el gabinete.

Inhalé el aroma de mi café.

Sentía que tenía que sacar la imagen de Enrique Gómez de mi mente, aunque la sensación de felicidad que imaginaba que sentiría en mi pecho no salía de mis pensamientos.

Mi capitán había sido muy gentil, pues me había permitido trabajar desde casa mientras me adaptaba a la idea de estar en otra división de la Policía. Tal vez era la mejor decisión que había podido tomar.

A fin de cuentas, estaba dejándome llevar por la idea de matar a Enrique cuanto antes.

Sorbí otro trago mientras daba unos pasos. Frente a mí estaba mi computadora encendida, así como mis expedientes.

La nueva división no se parecía a nada que hubiera hecho. No tenía nada que ver conmigo.

Nada lo que hacía formaba parte de mi experiencia laboral en absoluto. Me convertía en una especie de niñera de tipos con vidas jodidas por los estupefacientes. Las drogas los habían relegado a los rincones más alejados de Río Claro y de sus familias.

Muchos de los archivos de la computadora se relacionaban con jóvenes que estaban en libertad condicional.

Esperaban cumplir los mandatos del juez, mostrar una buena conducta y alejarse de la cárcel.

“Necesito más café”, susurré. Busqué entre los expedientes. Quería encontrar uno nuevo para ver los detalles.

“Néstor del Piero. Vaya cagada”, dije “¿Será otro pendejito?”, me pregunté. Subí mi dedo y abrí la carpeta.

Me parecía importante saber quién estaba detrás de esos bastardos.

Generalmente eran sus abuelos o abuelas. Parecía irónico, pero eran las personas a quienes menos obedecían, en lugar de verlos como figuras respetables.

Vi los datos de Néstor en un par de ocasiones. Luego me concentré en las notas sobre sus familiares.

Me parecía realmente terrible lo de esas personas mayores, aunque también había visto muchas cosas horribles desde mi llegada a la Policía. Esos abuelos o abuelas tenían que superar la muerte de sus hijos, así como también tenían que hacerse cargo de sus nietos y los problemas que enfrentaban con la justicia.

Escuché el sonido de mi celular y dejé de pensar. “Habla Márquez”.

“Jennifer, soy tu papá”.

“Papá, qué gusto escucharte”, dije. Me sentí aliviada y sonreí, aunque él no podía verme.

“También me alegra escucharte, aunque me gustaría hablar contigo de cerca”, dijo. Luego suspiró.

“Quisiera saber por qué no has venido a la iglesia. Es la segunda vez que faltas este mes”.

“Lo sé. Estoy esquivando a un sujeto que quiere hacerme daño. ¿Te imaginas cómo se sentiría Jesús si llego a la iglesia y ese tipo y sus matones me buscan allí, con pistolas cargadas con muchas balas?”.

“Sé que Dios te pondría a salvo en cualquier circunstancia”.

Tomé aire mientras me levantaba y daba unos pasos por la cocina. “Es cierto”, dije.

“José pasó por acá temprano. Quería hablar contigo”.

“¿Cómo dices?”, le pregunté.

Vi por la ventana y cuando sentí que me quedaba sin aire decidí abrirla. Su noticia me había dejado abrumada.

“Pudo haber llamado o escrito un mensaje”.

“Debes firmar unos documentos que tiene”, dijo. “Por eso quería sorprenderte, cariño. Deberías ir a verlo pronto”.

“Ese bastardo se aprovecha de la situación porque tiene plata y cree que voy a ceder. Sabes que no quiero darle todo”.

Sabía que le molestaba que hablara de ese modo. “Cariño, por favor”, dijo, con tono de molestia por mis expresiones.

“Debes hacer lo que te pide para acabar con este problema de una vez por todas. Sabes que está esperando que lo hagas. Solo... lee esos documentos y firmalos. Así podrás seguir con tu vida”.

Recordé cuánto había cambiado nuestra relación con el paso de los años. Antes todo estaba muy bien entre nosotros. Nos amábamos. Nuestro vínculo era profundo.

Relajé mis hombros para evitar decir alguna imprecación o gritar.

“De acuerdo. Agradezco tu llamada, papá. Ahora debo irme”, dije, sin esperar que se despidiera de mí.

La distancia había crecido entre nosotros por la muerte de mi hermana. Y desde entonces, ninguno de los dos pudo superar completamente el dolor.

Esperaba olvidar, aunque fuese momentáneamente, a José. Los momentos en los que fuimos felices. Los momentos en los que compartimos una cena. O una cama.

Cuando comimos helados o viajamos a otras ciudades.

Cuando tuvimos una gata. Pero eso había terminado.

Había buscado otras mujeres.

Le pareció que finalmente encontró a una chica que tenía el mismo espíritu aventurero que él. Entonces me dejó, porque creyó que yo ya era muy aburrida. Entonces tomé aire y volví a mi silla. Estaba agitada todavía, pero intenté concentrarme en el expediente de Néstor.

Al parecer, José no podía recordar que una relación se basa en otras cosas más importantes que el dinero.

Ahora quería “comprar” el divorcio con su dinero.

“Cómo te detesto, idiota”, dije en voz baja. Continué viendo los documentos de Néstor.

Mi frase no estaba dirigida al jovencito, sino a mi ex... o quizás a mí. Cuando abrí la carpeta con los datos sobre el tutor del joven, paré.

No se trataba de una abuela. Era un hombre, apuesto, juvenil y muy sensual.

Sentí que mi cuerpo se llenaba de calor y mi aliento se cortaba. Y también me di cuenta de que el deseo estaba acelerando mi corazón. “Vaya”, dije, acercando mi cara a la pantalla.

Me fijé en los rasgos del tutor. Su mirada verde olivo era muy intensa. Parecía que intentaba indagar en mis pensamientos, aunque no me conociera. Sus pestañas completaban la hermosa imagen de sus ojos.

Me acerqué un poco más, atraída por esa imagen tan poderosa. Sus mejillas eran altas, su nariz era suave, su boca era delgada y su barba era pequeña. Además, estaba recortada ligeramente.

Lamentablemente no podía ver bajo su camisa, aunque quería. La forma en la que se ceñía a sus músculos me indicaba que tenía una anatomía muy trabajada. Se notaba a través de la tela. Vi su cabellera oscura. Además, observé la forma gruesa de su sien. Y por si fuese poco, su piel estaba bronceada. Lucía completamente limpia.

“Sí. David Del Piero y yo deberíamos conversar”, dije.

“Vaya...”, continué, apoyando mi espalda en la silla, al tiempo que humedecía mis labios. “Me parece que debería visitar a este caballero”, dije, acercando mi cara una vez más. Quería saber cómo se llamaba.

Pero alguien tocó mi puerta y me agité.

Estaba lista para encarar situaciones como esta tras años de entrenamiento y experiencia en la Policía, aunque igualmente sentía miedo cuando tenía que enfrentarme a tipos malos, como sucedía con cualquier mujer.

Sentí que el pánico aturdiría mis pensamientos. Con prisa, tratando de no hacer ruido, fui a mi habitación.

Tomé mi arma, di unos pasos para llegar a la puerta y oculté la pistola en mi espalda.

Me asomé por la mirilla, pero no vi a nadie.

“¿Quién es?”, dije. Di un paso más. Quería saber de qué persona se trataba.

“Soy José. ¿Crees que podemos conversar?”.

“Habla. Y sé breve, por favor”, dije. Solté un suspiro de molestia. Entonces quité el seguro de la puerta para abrir.

Su ropa casual me recordó que era domingo. Cuando vi su bolígrafo, me di cuenta de que no hacía falta que dijera algo más. Supe exactamente lo que quería.

“De hecho, me gustaría pasar”, dijo. Vi el atuendo que tenía.

“Pasa si quieres hacerlo. A fin de cuentas, siempre haces lo que quieres sin pensar en los demás”, dije. Exhalé de nuevo, giré y caminé hacia el comedor.

Me di cuenta de que ahora lo único que era realmente mío, lo único por lo que valía la pena luchar, era mi trabajo.

No tenía esposo, hijos ni familiares. Tampoco tenía una mansión en los suburbios. Y José se había llevado a nuestra gata.

Mi cuerpo empezaba a quebrarse por la tristeza. En mi mente pasaban las pocas imágenes que conservaba de los momentos que habíamos vivido.

“Lo lamento. Debí haber llamado antes de venir”.

“¿Por qué no me dejas esos papeles y sales de mi casa? Les daré un vistazo en unos días. Si estoy de acuerdo, firmaré todo y te los devolveré”, dije. Sus palabras me habían dado la fuerza para girar y verlo.

“Sé que eso no va a suceder. Te conozco tan bien que sé que no leerás ni la primera página. Firma ahora y ahorrémonos lo demás”, dijo. Suspiró mientras miraba por la ventana.

“¿María Elisa? ¿Ana María? ¿María Gabriela? Como sea que se llame, ¿está asustada porque no he firmado?”, le pregunté, quitándole con brusquedad la carpeta.

La puse sobre el mostrador.

“Sabes que se llama Mariana”, dijo, caminando detrás de mí.

José había sido mi única pareja. De hecho, aún quería estar con él. Eso, sin embargo, no bastaba para mí. No había sido fiel.

Se había acostado con una chica a la que había conocido en su trabajo. Esa zorra ahora ocupaba el lugar que había sido mi hogar por años.

Se bañaba en mi ducha y regaba mis plantas. Y seguramente le había cambiado el nombre a la gata. El olor de su perfume impregnó mi nariz. Pensé en contenerme, para no dejarme llevar por el deseo.

Levanté mi cara para ver de nuevo a David.

¿Qué habría detrás de esa cara? No sabía si era un sujeto agradable, o solía dejar a las mujeres, como sucedía con mi ex.

Sabía que muchos hombres buscaban a las chicas para tenerlas solo por una noche. Y también sabía que no debía ilusionarme con sujetos que podrían causarme más dolor.

“¿Ese es su nombre? Pues me importa un carajo”, dije, y tomé asiento.

“Jenifer, firma, por favor”.

“De acuerdo”, dije. Levanté mi cara y le mostré una expresión de falsa apatía. Luego crucé mis brazos sobre mi pecho. “Estarán listos el miércoles. O el jueves”.

“¿Seguro?”, me preguntó, con mucha calma.

No sabía si José creía que había valido la pena, si se había sentido feliz mientras habíamos estado juntos, si continuaba siendo la persona que me había conquistado en la secundaria, el que había asegurado que quería estar conmigo por el resto de su vida.

Esa avalancha de incertidumbre caía sobre mi mente.

Mis músculos estaban tensos, y yo no dejaba de pensar en lo que había pasado.

Desconocía si él seguía siendo la misma persona y había sido yo la que había cambiado por completo tras el asesinato de mi hermana, y si por esa razón José se había alejado de mí. No sabía dónde estaba la vieja versión de José.

Y tampoco dejaba de preguntarme si yo era la culpable del fracaso de nuestra relación.

Comencé a llorar mientras veía la carpeta con los documentos de la separación. “Seguro”, dije, y asentí.

“Jenifer, no tienes que...”.

“Solo vete ahora”, grité.

“Sal. Ahora”, le pedí, cortando su frase. Con mi brazo levantado le indiqué que no se acercara más.

Comencé a hablar con mi voz quebrada, y no me importó si se daba cuenta de mi reacción.

“Me disculpo por...”.



Me dije que debía hacer lo posible para sacar a José de mi vida. “¡Mierda! ¡Que te vayas, dije!”, le solté, con palabras altisonantes que demostraban lo que sentía.

Mi pecho se comprimía de dolor. La tristeza era horrible, pero sabía que haría lo posible para sacarla de mí pronto.

Me concentré de nuevo en la imagen de David Del Piero y luego sequé mi llanto.

Si tenía que ilusionarme con otro patán, lo haría.

Sabía que siempre era de ese modo en la vida real, a diferencia del mundo de fantasía en el que había vivido: todo se trataba de ilusiones y desilusiones. Por eso, estaría con él solo por un tiempo.

## CAPÍTULO 5: CRISTIAN

Rubén bajó su cara para volver a ver la motocicleta que habíamos estado reparando. “Un poco más y estarías demorado”, dijo, indicando su reloj.

“Llegué puntual, como siempre”, le dije, y fui a mi oficina.

“Tomaré agua. Espero que cuando regrese te alejes de la motocicleta. Ya hiciste todo lo que tenías que hacer. Ahora debo ultimar los detalles y pulirla”.

“Es cierto”.

Vi a Laura y le sonreí. Era una de las empleadas de la tienda. Su cuerpo siempre me había parecido espectacular. Rubén también se sentía atraído por ella, al punto de tener una erección cada vez que la veía.

Como estaba ahí, me contuve de invitarla a una habitación de algún hotel del centro para cogerla sin parar por unas cuantas horas.

“Todo lo que estoy diciéndote lo es”, dije, peinando mi cabello con mi mano.

“¿Qué carajo haces, Del Piero?”, me preguntó, dejando de ver los documentos en la mesa de Rubén.

“Le recuerdo a todo el mundo aquí quién es el jefe”, le dije. Revisé nuestra pizarra para comprobar los autos pendientes. “¿Alguien vendrá a buscar el auto negro?”.

“Sí. A las diez pasará Viviana Lares”, dijo, y sonrió tímidamente.

“¿Sucede algo?”, le pregunté con extrañeza. “Si quieres decir algo, solo dilo”.

“Tengo algo que decir, aunque quizás necesite ser más firme para que me entiendas”, dijo. Comenzó a reír, se levantó y salió de la oficina.

“Solo quiero recordarte que Rubén no está de acuerdo con el hecho de que tengas relaciones sexuales con nuestros clientes”.

Giré para salir. No me gustaba para nada la forma en la que presumía su dinero ni su falsedad, pero era una experta en el sexo oral. No me importaba nada mientras tuviera mi pene en su boca. “¿En serio?”, le pregunté.

Voltéé para ver por la puerta. “Solo dile a la señorita Lares que la esperaré acá para darle las llaves de su auto”, dije, y tomé las llaves de su auto.

“Mierda”, dijo Rubén, dando unos pasos por un auto que habíamos suspendido para revisar su chasis.

Puse las llaves en mi bolsillo y lo vi. “Amigo, ¿ocurrió algo?”, le pregunté.

“Sí. Es Laura. Deja las herramientas regadas en el taller. Si no hubiera visto su llave inglesa en el piso, habría caído. Hay aceite de motor en el suelo, carajo”.

“¿Sabías que ahora las chicas te demuestran su interés de ese modo? Antes sonreían, se acercaban un poco o ten invitaban a bailar. Esos tiempos han quedado atrás”, dijo.

“Creo que quiere intentar asesinarte para que te acerques a ella, amigo”, dije, y sonreí.

“Vete al carajo”, dijo, asombrado. Se acercó a mí para hablar en voz baja. “No le atraigo, y aunque ese fuese el caso, no siento nada por ella. Ni siquiera quiero cogerla”.

“Entiendo”, dije, con la intención de continuar la conversación. Quería disfrutar un poco.

“SI lo que dices es cierto, será mejor que te apartes. A mí sí me parece sexy. De hecho, quisiera abrir sus piernas jugosas y lamer...”.

“David, no digas nada más sobre Laura. Cállate ahora mismo”, dijo. Me golpeó con tanta fuerza que no pude hablar más. Sus golpes en mi cuello y mi estómago me dejaron sin aire.

“Entiendo. Mierda, creo que exageraste”, dije. Subí mis brazos como señal de rendición. Intenté recuperar el aliento.

“Lo sé. Te pido disculpas”, dijo, tocando mi hombro mientras exhalaba.

“Honestamente, es la única mujer en la que pienso. De hecho, anoche conocí a una chica en un bar. Cuando la llevé a la habitación, me puse un condón, pero dije ‘Laura’ varias veces”.

Era más fuerte que yo. Además, estaba defendiendo a la chica que le gustaba. Respiré con fuerza y sobé mi vientre. No quería que me golpeará de nuevo. Si lo hacía, me derrumbaría con facilidad.

“Entonces habla con ella en lugar de buscar a otras chicas”, le respondí, y golpeé ligeramente su pecho. “Oh, y no vuelvas a golpearme así. Acabaría contigo”.

“Sé que no podrías hacerlo, anciano”.

“¿Anci...?”, empecé a decir, dije, y apreté mis puños. Escuché que una chica aclaraba su garganta al fondo. “Una empleada me dijo que tenías las llaves de mi auto, David”, dijo, y sentí que el tono suave de su voz me relajaba.

“Así es”, dije mientras veía a Rubén y le sonreía. “Demonios, señorita Lares. Su auto es muy lindo, pero usted lo es aún más”.

Rió y luego humedeció sus labios. Entonces la invité a mi oficina. Al llegar allí me vio con malicia.

“Estaré libre unos momentos. Luego regresaré a mi oficina. ¿Te gustaría enseñarme un poco el auto? Acabo de recibirlo y no sé mucho sobre él”.

Asentí, sin dejar de verla. “Supongo que es un obsequio de tu padre”.

“Digamos que sí”, dijo, en voz baja. Dio un paso para tocar mi abdomen.

“¿Por qué te ves tan sexy con tu uniforme? ¿Y por qué siempre lo olvido?”.

“No lo sé, pero sí sé que me veo aún más sexy sin él”, dije.

Puse sus manos en sus muslos y luego las subí para tomar fuertemente su culo. Me acerqué un poco más a su cuerpo. Guardé silencio y luego besé su boca.

“¿Y Rubén?”.

“Ya no está”, aseguró, llevando sus senos de silicona sobre mi pecho. “¿Adónde te gustaría llevarme?”.

“Al paraíso, nena. Quiero complacerte”, dije. Mordí su labio inferior y luego tomé su muñeca.

Mi plan era pasarla bien y olvidar mis problemas por un rato. Gimió y le mostré una ligera sonrisa.

Sabía que era demasiado rica como para buscar a un tipo como ya para casarse con él, pero solo quería cogerla y disfrutar un poco.

Sus dedos bajaron hasta llegar a mi trasero y luego tocar delicadamente mis bolas, que comenzaban a inflamarse.

“Eres sexy cuando estás lleno de grasa, pero igualmente creo que lucirías perfecto si usas un traje elegante. Así podrías asistir a una de nuestras fiestas, David”, afirmó.

Tomó mis hombros mientras buscaba las llaves para abrir el anexo en el que guardábamos las herramientas.

Entonces entramos. La halé con fuerza y la abracé.

Sabía que la tela de su blusa color avellana se teñiría de grasa, aunque la expresión de su cara

me indicaba que le parecía poco importante.

“No me gustan esas fiestas. Además, no acostumbro vestirme así”, respondí.

“Tu sinceridad me agrada”, dijo, y luego besó ardientemente mis labios.

“Quiero que me hagas sexo oral”, confesé.

Puse mis dedos en su cabellera amarilla y la llevé sobre mi abdomen. Me acomodé en una silla y supuse que Rubén la había puesto allí para contar las herramientas.

Ella quería complacerme.

Era sumisa, pero también lujuriosa. Conmigo quería actuar de modo salvaje, no como la chica que siempre se mostraba reservada para conservar la apariencia.

“No sabes cuánto deseaba escuchar eso”, dijo.

Volvió a envolver mis labios con los suyos antes de inclinarse. Se puso frente a mí, se quitó su falda y luego hizo lo mismo con mis pantalones. Martina era una puta a la que no me importaba arrodillar, pero con Viviana Lares era una experiencia totalmente diferente.

“Viviana, siempre has sido delicada, pero hoy quiero que te atrevas a más. Quiero sentir tu boca en mis pelotas. ¿Qué opinas?”, dije. Toqué su mejilla y le sonreí con lujuria.

Quería tomarla y deleitarme con su vagina por un rato, pero me contuve. Gimió y bajó su cara.

Con sus lamidos en mi tronco agitó mis sentidos. Su saliva impregnó todo mi órgano en poco tiempo. Sus dedos se afincaron con fuerza en mis muslos y luego apretaron mis bolas.

Comencé a gruñir instantáneamente.

Debía controlarme, porque si avanzábamos en cuanto a las emociones, seguro querría... que fuese su novio.

Eso jamás sucedería. Ya había vivido cosas terribles con Martina. Y mi trabajo y mi sobrino ocupaban el resto de mi tiempo.

Sabía que poner mi pene en su boca era lo mejor que podía hacer con alguien como Viviana. Si íbamos más allá, querría tenerme solo para ella.

A Viviana comenzó a faltarle el aire. Su ahogo me devolvió al momento en el que estaba.

Retiré mi pene y luego lo metí de lleno en su garganta.

Gruñí mientras me empujaba una y otra vez, hasta que me liberé. Mis líquidos salieron velozmente, con la misma rapidez de mi orgasmo.

Chupó mi glande con ansiedad para sacar todo mi semen, mientras yo pensaba en la posibilidad de ponerla bajo mi cuerpo y hacerle el amor.

“Qué rico sabe tu cuerpo”, dijo, tocando sus labios y llevándolos a su boca.

“Ahora quiero que me hagas el amor”.

“Oye, aunque intentáramos hacerlo, sé que tu vagina no podría recibir un pene de mi tamaño. No estarías preparada”, dije.

“Así que eso no va a pasar. Ya terminamos con tu auto y debes llevarlo a casa”. Tomé sus muñecas con suavidad para ayudarla a ponerse de pie.

“He estado con unos cuantos hombres”, respondió, con tono seductor.

“Lo sé, pero ninguno lo tiene tan grande como yo”, dije.

Me puse los pantalones. Intenté subir la cremallera antes de que Viviana me convenciera de no hacerlo. Saqué las llaves de su auto y la puse en su mano.

“Puedes sacarlo del garaje. Ya lo limpiamos. Podremos vernos cuando vuelvas a traerlo”.

“Un momento. ¿Estás diciéndome que hasta aquí llegamos?”, preguntó, con tono de dolor.

Mierda. ¿Por qué estaba complicando todo si sabía que se trataba solo de sexo? ¿Buen sexo oral?

“Hola. Quisiera hablar con el señor... David Del Piero”, dijo alguien. Supe que era una mujer.

Aunque no podía ver su rostro, la forma en la que habló me indicó que se trataba de algo serio.

“¡David!”, exclamó Viviana a mi espalda.

Noté que Rubén regresaba y alguien lo acompañaba.

Era una chica, pero la estatura inmensa de mi compañero me impedía verla. Giré y vi el rostro de Viviana.

“No tienes que decir nada más. Sé que entiendes lo que sucede. No hay nada más aquí, Viviana. Concéntrate en tu vida. Si tu auto necesita otra reparación, tráelo. Fin del asunto”, dije, y le guiñé mi ojo derecho.

Caminé sin prestarle atención. Sabía que volvería en un tiempo por más. Todas actuaban de ese modo. “¡Pero no hicimos el amor, David!”, exclamó con voz quebrada.

“¿Me contarás lo que pasó?”, preguntó Rubén.

“¿Qué es eso de ‘no hicimos el amor’?”, dijo cuando pasé a su lado.

Yo quería ver a la chica que lo acompañaba.

“Soy agente de la Policía de Río Claro. Me llamo Jenifer Márquez”, me contó. “¿Es usted el señor Del Piero?”, me preguntó. Era pequeña, con nariz delicada, boca gruesa y ojos negros. Estiró su brazo para saludarme con su mano.

Llevaba una blusa azul y un pantalón ajustado que me invitaban a descubrir las curvas de su cuerpo. Aunque se había presentado, pero no pude oír sus palabras.

Su belleza me había impactado. Era más bella que cualquier otra chica que hubiera visto en toda mi vida. Y no había ningún rasgo de cirugías estéticas en su cuerpo. Su belleza era totalmente natural. Cualquier hombre se fijaría en ella al verla.

¿Sería su pequeño tamaño? Tal vez era eso. A fin de cuentas, solo alcanzaba mis hombros. Mierda.

Viviana sabía cómo hacerme sexo oral, lo que me calentaba, pero la agente estaba acelerando mi corazón como ella no había logrado hacerlo. Ni ella ni ninguna otra mujer.

“Vaya. Policía de Río Claro...”, dije, y asentí. Di un paso para acercarme.

“¿Por qué vino? Espero que sea concreta. Hay mucho trabajo”.

Rubén empezó a caminar detrás de mí. “Cuando dice ‘trabajo’, ¿se refiere a las mujeres que vienen a ‘visitarlo’?”, me preguntó, antes de empezar a caminar también detrás de mí.

“¡Estupenda frase! Esta agente ya me cae muy bien. ¿Dijo que su apellido es Márquez? Bienvenida. Siéntase como en su casa, detective”.

“No quiero perder tiempo valioso, agente”, dije. Giré para verla. “Y lo que yo haga no es su problema. Hable”.

“Guao. Ya entiendo por qué Néstor se comporta como lo hace”, dijo, encogiendo sus hombros. “No debí haber venido. Lamento haberle hecho ‘perder tiempo valioso. Buscaré a su sobrino. No hará falta su ayuda”.

“¿Dónde? Dígamelo. Y le agradezco que sea breve”, le pedí. “¿Dónde buscará a mi sobrino?”, le dije, tomando su antebrazo. Me di cuenta de que no haría falta usar mis dos brazos para abrazarla.

Tuve una erección al imaginar cómo sería llevarla a un hotel y poner mi pecho sobre el suyo. Me pregunté si lo soportaría, si se sentiría nerviosa... o se excitaría.

Noté que su cara se ruborizaba lo que me hizo pensar en algo: tal vez ella también esta imaginándose cómo sería estar conmigo. “No lo sé. Lo cierto es que estuve en su casa y no lo encontré”. Vio mi mano en su brazo, aunque no dijo nada al respecto.

“Bueno, ni siquiera tiene veinte años. Tal vez está teniendo relaciones o conversando con sus vecinos en una calle cercana”.

“Me da igual que lo haga. Lo que me preocupa es que está violando su libertad condicional. Tienes dos opciones: buscarlo juntos o dejar que yo lo haga por mi cuenta. Si opta por la segunda, podré ponerle las esposas y llevarlo preso”, dijo, retirando su brazo. Entonces guardó silencio y salió de la oficina.

Sonreí y caminé para ponerme a su lado. Vi su espalda, desde sus hombros hasta su firme culo. Sus vaqueros se ajustaban bastante.

“Podemos ir en mi motocicleta”.

“Podré seguirte en mi auto”.

Tomé mi navaja y la introduje en uno de los neumáticos delanteros de su vehículo. “No podrás hacerlo. Tienes una llanta pinchada”, dije, indicando su auto.

Vi la irritación en su cara. “¿Qué mierda hiciste?”, preguntó con fuerza.

Tomé mi casco y le cedí otro. “Usemos la moto o tendrás que ir sola. Sé que no lo encontrarías. De todos modos, es tu decisión, agente Márquez”.

Subió, detrás de mi espalda. “De acuerdo. Hagámoslo”, dijo, poniéndose el casco.

Por sus movimientos torpes supuse que una pregunta pasaba por su mente: ¿dónde dejo mis manos?

Aunque tenía claro que no iba a pasar, quise que llevara sus manos a la parte más baja, para que comprobara con su tacto lo grande que era mi órgano.

Esperaba que llegara a su mente lo mismo que había llegado a la mía: la posibilidad de que su vagina sí pudiera recibir toda mi erección.

## CAPÍTULO 6: JENIFER

Recordé el daño que le había hecho a la llanta de mi patrulla. Estaba poniendo trabas en mi camino. Y cada uno de mis órganos me dolía.

Sentía cómo mis músculos se tensaban mientras estaba detrás de su cuerpo. Mi imaginación comenzó a contemplar escenarios ante su compañía.

Me pregunté cómo sería estar durante una noche con alguien con una personalidad como la suya. Me pregunté si sería salvaje o, por el contrario, sería muy tierno y romántico. Bajé mi cara mientras sonreía. Apreté mis puños y me aferré a su abdomen.

Pero lo entendía. Yo habría actuado del mismo modo si estuviera tras los pasos de Karina. Karina... su nombre en mi mente hizo que me entristeciera.

Recordarla como mi hermana me ayudaba a sobrellevar el dolor.

Era lo mismo que hacían todos: evitaban decir su nombre para evitar abrir esa herida, que se negaba a cerrarse.

Cuando David apagó su motocicleta, estábamos llegando a su casa. La dejó cerca de la entrada y dejé de pensar en Karina.

Recordar su nombre había encendido esas imágenes del pasado en mi mente. Esas ilusiones que se apagaron, esos sueños rotos. Pero ya debía enfocarme en otras cosas.

“Esto es inútil”, dije. Suspiré mientras me desprendía el casco. Toqué su hombro para evitar que continuara caminando.

“¿No me escuchaste antes? Aquí no está”, le recordé mientras buscaba mi celular.

Caminé detrás de él. Pasó por alto mis palabras. Entró a su casa y vi el casco en mi mano. Lo puse en la escalera.

“David, hablo en serio. Sabes que tu sobrino ha violado su libertad...”.

Tal vez David Del Piero era uno de esos sujetos difíciles con los que había lidiado durante años. “Lo sé, agente”, soltó, impidiéndome hablar.

El tono airado de su voz cortó mi deseo de conversar. Estaba molesto. No había ni una chispa de gentileza en sus palabras.

Me obligué a recordar que muchos de estos jóvenes con expedientes judiciales tenían una historia familiar difícil, por lo que a sus allegados no les gustaba revolver esos asuntos. Incluso algunos de ellos también habían estado involucrados en problemas.

Al tener todos los datos que había recopilado, especialmente el último, me percaté de que David no podía ser ningún angelito. Era el líder de un club de motorizados.

También sabía que había trabajado como sicario para la mafia. Y no solo eso, sino que estaba vinculado con alguien que en algún momento había sido líder la mafia del otro lado del país, cuyo líder era César Montes de Oca, también conocido como “Rubén”.

“¿Miriam?”, dijo David al pasar a la vivienda.

Quise saber si era su novia... o su esposa. Con mi mano evité que la puerta se cerrara antes de entrar. Me pregunté otra vez quién era ella y cómo se relacionaba con él.

Lo pensé mientras me aferraba a la esperanza de que, a pesar de su estilo de vida delictivo,

tuviera nobles sentimientos. Y también sentí ganas de saber todo. Quise enterarme de su pasado, de los motivos que lo habían llevado a unirse a la mafia.

Noté que era un lugar pequeño, y el aroma a carne se mezclaba con el olor a muebles viejos. “Oye, para”, le pedí en voz baja cuando llegó a la cocina.

“Mierda”, dijo David, caminando alrededor del comedor. Me vio fijamente.

“Miriam es mi hermana. Vive aquí, pero salió. Tal vez está buscando al jovencito”.

“Supongo que cuando dices ‘jovencito’ te refieres a tu sobrino”.

Me vio una vez más antes de abandonar la vivienda. Sonrió ampliamente. “Y yo supongo que ese es el jovencito que viniste a buscar, ¿no? Es obvio que hablo de él. Parece que no eres muy inteligente, carajo”, dijo.

“David, iremos juntos a buscarlo”, dije.

“Espera”, continué, girando para ir a su encuentro.

Quería mostrar de nuevo que podía defenderme, pero no lo hice. David estaba actuando como lo que era: un pendejo. Entonces me di cuenta de que no tenía que mostrarle mis argumentos. Fin de la historia.

“Sí, pero con tu casco”, exigió. Cubrió su cabeza y subió a la motocicleta. “Contaré hasta tres”, dijo. “Uno”, dijo, inclinando su cabeza. “Dos”.

Entonces me puse el casco para subir a la máquina. “Lo que haces me desagrada. Bastante, de hecho”, dije con firmeza.

“Será mejor que te sujetes. Violaremos la ley de tránsito en unos segundos, agente”, dijo. Subió la pestaña protectora para verme antes de arrancar.

“No te preocupes por mí”, le dije, tomando el manubrio detrás de mi trasero.

Puso la máquina en reversa y luego aceleró, llevando la motocicleta a cien kilómetros por hora.

Comencé a gritar.

En unos segundos creí que caería al piso. Lo sujeté con tanta fuerza que sentí que estaba tocando a mi novio.

“Qué idiota eres”, bramé.

Al bajar mi cara, vi que tenía una erección. Eso hizo que mi odio por él creciera... o eso creí. Luego pude sentir la rigidez de su abdomen y me di cuenta de que su corazón latía a toda velocidad.

Lo que en otras circunstancias habría sido peligroso o embarazoso, en ese momento me pareció una agradable aventura. Recorrimos el norte, hacia las afueras.

Al llegar a una autopista, David pasó rápidamente para incorporarse. Supe que iríamos a la zona rural del estado.

La brisa se introducía por mi casco y sentí el frío en mi cuerpo.

Sentí su columna vertebral, y me pareció que mi movimiento lo había asombrado. Tal vez lo estaba. Si fuese así, lo entendería. Pero luego me di cuenta de que no sentía nada parecido a eso.

Decidí relajarme mientras respiraba. Entonces presioné su espalda con mis senos.

Sentí que deseaba convertirme en la chica que llevaba por el norte del estado porque se había enamorado de ella. Es decir, de mí. Una emoción poderosa que no había experimentado en años latía en mi cuerpo.

Me parecía que era algo parecido a... la alegría. Algo similar a la felicidad. Y no solo eso. Esperaba sentirme libre.

Esperaba volver a desear a un hombre. A enamorarme. A vivir riesgos.

Entendí que seguramente no se trataba de David. Apenas lo conocía. Sí, era muy sexy, pero



había muchos hombres que eran muy sensuales. Lo que sentía se debía a otra razón. Esperaba que un hombre sensual me convenciera de estar con él para volver a sentir algo.

José era el responsable de eso. ¿O había sido papá?

Me sentí muy mal al reconocer mi realidad. O tal vez nadie lo era. O tal vez sí: yo.

No me daba cuenta, pero luego de pensarlo me di cuenta de que deseaba que un hombre me prestara atención.

Que me diera amor y me consintiera. Nunca había sentido tanta necesidad de recibir eso.

Y cada vez que lo recordaba me sentía peor.

Extendió su brazo para que tomara su mano. Escuché que la motocicleta de David se apagaba. Llegábamos a un parque cercano a una escuela. Cuando giré, un grupo de chicos ocupaban las gradas de una cancha de básquetbol.

Al descender, saqué el casco de mi cabeza para dárselo.

Frunció su ceño, con mucha molestia. Moví mi cara, pasando por alto su gesto.

“Supongo que eres una de esas mujeres a las que no les gusta que un hombre las ayude a bajar del auto. Eres una *feminazi*... perdón, una feminista”.

Comencé a caminar para encontrarme con los adolescentes.

“Te equivocas. De todos modos, espero que sepas que no voy a hacerte sexo oral una vez que me des otra llanta, si es lo que estás pensando”, dije, sonriendo.

Podría hablar con Néstor sin que David me escuchara, porque mi frase le había arrancado una sonrisa, aunque no quiso moverse. Entonces agradecí a Dios.

“Imagino que trajiste algo para nosotros, conejita”, dijo uno de los amigos de Néstor al verme.

“Creo que somos muy afortunados” Sonríó con alegría mientras me veía de arriba abajo.

“De hecho, vengo a buscar a alguien”, dije, y puse mi mano en el bolsillo de mi chaqueta. Tomé mi identificación y se las mostré. “Agente Márquez. Detective, Policía de Río Claro”.

Otro de los amigos de Néstor corrió con todas sus fuerzas para llegar a la puerta principal de la escuela. “Carajo”, soltó.

“Exacto. Carajo”, dije, y sonreí. Me fijé en Néstor.

“Seré tu agente de libertad condicional a partir de ahora. Y estás en un lugar en el que no deberías estar. Creo que vas a pasar una noche muy agradable en una celda de la prisión del sur”.

El resto de los chicos comenzó a correr ante mis palabras. “¿Cómo dices?”, preguntó, con voz quebrada.

“¿Crees que puedes burlarte de la Policía y te darán más y más oportunidades?”, le preguntó David.

“Ya oíste a la agente, pendejo”, dijo.

Llegó sin que me diera cuenta y tomó al chico por la cabellera. Parecía que levantaba una pluma.

Néstor intentaba golpearlo y zafarse.

“Mierda, eso duele. ¿Por qué no te vas a la mierda, tío? Tienes la culpa de todo. Has sido un pendejo, como mi padre”, soltó.

Pensé en separarlos, pero quizás Néstor merecía ese tipo de llamado de atención.

“Eso no es verdad, idiota. Tu padre no tiene nada que ver con esto”, dijo, lanzando al joven al suelo. Se puso sobre su pecho y lo tomó con fuerza por las mejillas. “Eres el responsable de tu vida. Y si no te evitas los problemas, amanecerás lleno de balas en un bote de basura. No te metas con esos tipos, Néstor. Son capaces de joder a cualquiera. No tienen escrúpulos”.

“Cállate, tío David”.

David lo levantó con fuerza y caminó para alejarse de mí. Luego golpeó su frente.

“Oye”, dije, pero solo logré que girara y me mostrara la inclemencia de sus ojos.

“Silencio”, me exigió. “¿Sabes todo lo que hemos pasado? No, ¿verdad? Quédate aquí y no digas nada más”.

Una idea llegó a mi mente y me pareció interesante, aunque el estrés que estaba viviendo me impedía pensar en otra cosa que no fuese lo que planeaba hacerle a Néstor.

Retrocedí mientras mi pecho se aceleraba. No había sentido un temor como ese hacía muchos años.

Estaba dándome cuenta de que sumar a David Del Piero me serviría para derrotar a Enrique Gómez y su pandilla.

Dio unos pasos más. Caminó con Néstor por todo el campo de fútbol.

Tomé mi celular para pedir ayuda. Les indiqué dónde estaba. También les pedí que enviaran otra patrulla.

Cuando colgué, un auto de la comisaría llegó de inmediato. Encendieron la sirena y me sorprendió la rapidez con la que habían llegado.

Mario conducía. El agente Jerónimo Linares lo acompañaba. Su presencia tensó mis músculos. Solo con verlo me sentía irritada.

Caminó a mi lado y sonrió con soberbia. “¿Quiere que la ayude con un chiquillo, detective Márquez?”, preguntó con ironía.

“Así es. Necesito ayuda”, dije, exhalando. Caminé para hablar con Mario. “Qué tal ¿Cómo va la tarde?”.

“He tenido días mejores. Oye, nos has hecho mucha falta en la división. Hay una agente nueva, aunque no se parece a ti. No tiene tacto ni quiere arriesgarse”, dijo. Exhaló y luego sonrió.

“De hecho, este puesto tampoco se parece a mí. Creo que no podré ayudar tanto como quisiera. No me siento cómoda con estos casos”, dije. Reí y toqué su hombro.

David estaba a punto de golpear una vez más la frente de su sobrino.

“Entiendo, pero igualmente creo que sí puedes ayudar bastante”, dijo. Luego cerró la patrulla para ir adonde se encontraba David.

Creí que Néstor debía entrar cuanto antes en un correccional. Por su bien y el de los demás. Además, era obvio que no debía irritar a un sujeto tan fornido como su tío, si bien sabía que no pensaba mucho en eso.

Tenía un expediente judicial bastante largo. Su lista de fechorías era bastante larga.

“Tu trabajo está hecho, agente. Haremos el resto”, dijo Jerónimo, acercándose a David.

“Quítate, pendejo”, le soltó David. Jerónimo obedeció de inmediato, aunque su cara mostraba que no le gustaba el tono de David.

“Mételo en la patrulla para que recuerde lo que es pasar una noche en prisión, agente Márquez”.

“Por eso estamos aquí”, le recordé. Caminé hacia el auto para abrir una de las puertas traseras mientras veía a Néstor. “¿Sabes por qué nos acompañarás?”.

Bajó su cara. David quitó sus manos de la camisa de Néstor y lo lanzó para que yo lo introdujera en la camioneta. Se acercó a mis hombros, intentando no caer, aunque por poco hizo que los dos perdiéramos el equilibrio.

“Lo sé. Cometí un error. Comprendo la situación. De todos modos, he cometido muchos errores. Y seguiré cometiéndolos”, dijo, evitando verme.

Jerónimo y Mario conversaban y esperaban afuera del auto. Leí los derechos antes de meterlo en la camioneta.

Escuché una motocicleta a toda velocidad y recorrí el horizonte con mis ojos para saber dónde

estaba. Cuando encontré la máquina, estaba sumergida en una densa neblina y tenía las luces encendidas.

Mario estaba entrando en la patrulla. “Por cierto, dime quién te trajo”, indicó.

“Mejor llévame a la comisaría. Buscaré mi auto allí. Lo de mi llegada a este lugar es una historia muy larga”.

La mirada de Jerónimo me mostró la curiosidad que sentía.

“Será mejor que no preguntes nada. De verdad. Solo vámonos”.

Subió sus manos como si estuviera rindiéndose.

“Aun no comprendo cómo te involucras en tantas aventuras. Creo que, si fueses tan arriesgada, ya serías la capitana de la comisaría”.

Tomé asiento en la parte delantera, Abroché el cinturón de seguridad y suspiré.

¿Por qué David no me había llevado de vuelta? Eso me había molestado.

También me había enojado que pinchara mi llanta. Y que no pensara en mí cuando Mario y Jerónimo llegaron. Me había hecho quedar como una estúpida.

“Vete a la mierda”, le dije, bajando la ventana

A pesar de mis palabras, sabía que Jerónimo decía la verdad. Mis aventuras habían puesto en riesgo mi carrera. Y eso me enfadaba aún más.

Mi fijación con la necesidad de hacer justicia había tenido un costo. Y seguía teniéndolo. Y ese costo cada día era más alto

## CAPÍTULO 7: CRISTIAN

Vi las burbujas de mi cerveza y mi mente no paraba de pensar en miles de cosas. Todas tenían que ver con la chica que había ido a buscar a Néstor.

Verla me había alegrado, aunque también me inquietaba tenerla en mis pensamientos. Si algo no me hacía falta era tener una relación, y menos con una chica tan hermosa y bondadosa.

Sabía que siempre había tenido problemas con las mujeres amistosas y honradas como ella. Que, al verme como un monstruo, huían.

Bruno tomó asiento frente a mí. “Si no paras de pensar, vas a morir”, aseguró.

Sostuvo su mirada sobre la mía. “¿A qué se debe esa certeza, genio?”, le pregunté.

“¿Olvidas lo que somos? ¿Lo que hemos hecho? Apenas nos quedan neuronas, amigo. Usas una para captar el oxígeno exterior y otro para levantar tu cerveza. No tienes más, así que no las malgastes con pensamientos tontos”.

“A ver, ¿dices que no tenemos neuronas porque llenamos nuestros cerebros con drogas cuando éramos adolescentes?”, le pregunté. Reí y negué con mi cara.

“Esa es mi teoría. Y sé qué tengo razón” dijo, mientras Rubén se acercaba.

“La agente estuvo de nuevo en la tienda para llevarse el auto”, dijo. Tomó asiento al lado de Bruno, pero solo vio mi cara.

El resto de los motorizados estaba llegando.

“Me alegra escucharlo. Ahora no volveremos a verla”, dije, tomando otro trago de mi bebida.

Andrés tomó una silla para ubicarse cerca de mí.

Lucía un atuendo de cuero que no me gustaba. Me recordaba el estereotipo sobre los motorizados que reforzaba: si tiene una moto, debe ser un delincuente.

“¿No volveremos a verla? ¿De quién hablan? ¿Y por qué debemos alegrarnos por ello?”, preguntó.

Rubén buscó una cerveza y me la dio.

“Ten. Esta el pagaré yo”, dijo.

“Hablamos de una agente de Policía por la que David se siente muy atraído. Es una chica muy linda, por cierto”, dijo.

Vi a Andrés. “¿Por qué vistes así? No me gusta para nada. Lo sabes”, dije mientras sonreía.

Isaías lo vio con una sonrisa cómplice.

Recordé lo joven que era. Además, era el hermano menor de alguien que había sido mi amigo por muchos años.

Había sido una especie de protector de Isaías desde que empezó a usar su motocicleta con nosotros.

Las actividades más recientes de su hermano mayor me preocupaban, por lo que siempre estaba atento, para que Isaías no tomara también ese camino.

“No se ganó el apodo de rockero gratuitamente, jefe”, dijo.

“Aunque no les gusta mi atuendo, sé que les encanta la billetera que llevo en el bolsillo”, dijo. Andrés. Vi su amplia sonrisa.

Rubén subió su cerveza para que brindáramos. “Así es. Toma, hombre con billetera abultada”, dijo.

Bruno comenzó a sonreír y abrió sus ojos con alegría.

“Este es el duende del arcoíris”, dijo.

Mi sobrino había ido a prisión unas horas antes. Aunque deseaba que permaneciera allí por un tiempo, también quería que se reformara pronto.

Entendía que su juventud había sido un desastre. Estar pendiente de sus actos, sabiendo lo mal que se portaba, se me hacía muy cuesta arriba.

Suspiré mientras brindamos y luego bebí lo que quedaba de mi trago. Lucían como lo que eran: unos jóvenes alegres y llenos de vida. Yo, en tanto, no era tan joven ni estaba tan animado.

“Creo que en unos días me haré millonario”, dijo Bruno en voz baja. “El próximo viernes robaré un banco. Lo haré en la madrugada”.

¿Crees que nos gusta que robes bancos o le quites dinero a las personas?”, le preguntó Rubén.

“Supongo que quieres que todos en este bar se enteren”, continuó diciendo, con molestia.

“No entiendo por qué hablas con ese tono tan presumido.

“Creo que sí”, dijo Andrés, alzando su vaso. “No puedes ser rico si no le quitas dinero a un rico”.

“¿Qué pasó con esos ancianos que te vendieron sus acciones cuando no valían un centavo?”, le preguntó Rubén.

“Fue una etapa que me gustó, pero la dejé atrás”, dijo Andrés, guiñando su ojo. Eructó y lo vio fijamente.

“Sé que estás hablando de ese modo porque estás molesto. Quieres cogerte a la zorrilla de la tienda y no lo has hecho”.

“Oye”, dijo Rubén con seriedad. “Cuida tu boca. Ella es una linda chica. Trabaja duro y tiene muchas virtudes”.

“Como lo rica que está”, aseguró Isaías. Subió sus brazos al ver que Rubén se ponía de pie.

“Oye, simplemente digo lo que veo. No te lo tomes tan en serio, carajo”.

Me di cuenta de que debíamos hablar de otra cosa.

“¿E Ignacio?”, pregunté, ojeando el lugar.

“Salió con la novia que tiene ahora”, dijo Isaías, abriendo ampliamente sus ojos.

“No entiendo cómo hace para llevar dos vidas. Con nosotros es un bastardo, pero cuando está con la chica compra flores para celebrar su cumpleaños. ¿Qué hace para lograrlo?”.

“Lo mismo que hacemos todos. Ambos tenemos dos vidas, amigo”, dijo Andrés, viendo su ropa mientras se levantaba.

“Así podemos atraer a más chicas”.

Me puse de pie para ir a la barra. Quería estar a solas por un momento, aunque los chicos amenizaban la tarde.

“Tal vez no sea muy atractivo, aunque sí creo que a muchas les gusta nuestro estilo de vida”, dije antes de irme.

Mary, la camarera, sonrió mientras me miraba y se ponía frente a mí. “¿Qué tal, cariño?”, preguntó.

Apoyé mis brazos en la barra. “Creí que ya habías renunciado a esta ratonera”, dije, frunciendo mi ceño.

Escuché algunos golpes y volteé. Isaías y Rubén estaban peleando.

“No lo he hecho”, dijo Mary, captando mi atención nuevamente. “Tus amigos no dejan de pelear. No entiendo”.

Le mostré mi botella. Ya estaba vacía. “Isaías está hechizado por Carmen. Ella es la hermana menor de Andrés”, le conté, sonriendo.

“Creo que el único motivo por el que pelean los hombres son las mujeres”.

“Cualquier hombre estaría dispuesto a pelear por una”, dije.

“¿Y tú cómo vas? Hace unos días estabas con Martina Gómez”, me recordó. Giró y me dio otra cerveza.

Andrés tomó asiento a mi lado. Mary giró y desapareció en silencio. “Mujeres, mujeres, mujeres”, dijo.

Vi a Andrés sin decir nada tampoco. En cambio, sonreí.

“Parece que tienes la capacidad para alejar a las chicas, especialmente si son lindas. ¿Te consideras talentoso para eso?”, pregunté después.

“Solo se siente apenada”, dijo. Bajó su cara mientras sonreía. Luego vio a Mary mientras iba al depósito.

“¿Apenada?”, le pregunté.

Giré para ver su trasero. Era una mujer atractiva, sí, aunque su cuerpo no me parecía tan sensual como para hacerla mía. A menos que el licor inundara mi cuerpo antes...

“Cuando estuve con ella por última vez, tuvo nueve orgasmos”, dijo. Al girar, descubrí que sonreía con satisfacción.

Quería saber si era un chiste, pero al parecer decía la verdad, o al menos estaba convencido de hacerlo.

Tomé otro trago y miré la barra. “No entiendo. No debería sentir vergüenza”, le dije.

“Tampoco lo entiendo. Solo sé que dejaré de buscarme. En cualquier caso, no éramos novios. Solo nos unía una larga amistad”.

Volví a beber mi cerveza. “Ya veo. Ahora todo me queda claro”, dije.

“Por cierto, ya que hablamos de amistad...”.

“¿Hablarás de Martina? No lo hagas. Solo estuvimos juntos y ya. No hicimos otra cosa. Fin”.

“David. Tú nos preocupas. Y mucho. Esto no es el fin, como dices. Ella no lo ve de esa manera. Y sabes que queremos que estés bien”.

“No tienes que hacerlo”, dije. Entonces me puse de pie.

Lo vi fijamente.

“Solo deben preocuparse por el momento en el que nos crucemos con Enrique Gómez. Entonces todos tendrán que tomar sus cosas y largarse lo más pronto posible. Ese maldito hijo de puta no debe llegar hasta acá, pero si se atreve a hacerlo, le daré su merecido para que no vuelva a hacerlo jamás”.

“Podríamos llevarlo al jardín de tu casa, justo donde te has cogido a tantas mujeres”, mencionó Andrés. Luego rió con alegría. Lo vi con molestia.

“Tranquilo, amigo. Era una broma. Sé que él no debería vivir. Mierdas como él ya deberían haber muerto, por el bien de la humanidad”.

Recordé que mi relación con Martina había sido dañina casi siempre. “Lo sé. También sé que su hermana menor estaría de acuerdo conmigo”, dije.

Volté mientras su imagen llegaba a mi mente. La imaginé bajo mi cuerpo.

Me recreé pensando en ella mientras la cogía con brusquedad y rapidez. Sabía que no lo haría por amor.

Sería por puro enfado. Y nada más. Se había comportado como una zorra y se lo merecía.

Me había causado un profundo dolor.

Aunque yo también le había causado mucho dolor en varias ocasiones, más de las que podía

contar. Sabía que no debíamos estar juntos.

“¿Y la chica que mencionaron en la mesa? ¿La agente? ¿Te cae bien?”.

“Para nada”, dije. Bebí el resto de mi trago y di unos pasos para salir.

“Me voy. Tomaré una siesta. Nos vemos después”.

“Cristian”, dijo, pero no me detuve.

Ambos lo sabíamos. Yo no hablaba sobre mis sentimientos. De hecho, parecía que ya no los tenía. Nadie conversaba conmigo sobre ese asunto.

Todos nos habíamos curtido en ese tema, porque teníamos solamente sexo sin compromiso.

Estábamos tomando cerveza en un bar, en la tarde, a mitad de semana. Eso demostraba lo libres que éramos.

Sin embargo, muchos hombres no tenían la fortuna que yo tenía.

## CAPÍTULO 8: JENIFER

Tenía un nuevo archivo frente a mí. “Jenifer”, dijo Julia. Me agité un poco y me acomodé en mi silla.

“Lo siento. Creo que me distraje un poco”.

“Me gustaría saber cómo lo lograste”, dijo con tono alegre mientras veía a los costados. “En este lugar todos gritan”.

Todos estaban muy ocupados, pero yo intentaba quedarme en silencio y sumergirme en mis pensamientos para concentrarme en mis expedientes.

Ví a los lados me di cuenta de lo que hablaba. Había mucho ruido y desorden.

Recordé que se trataba de Julia, y su forma de actuar siempre había sido rara.

“¿Querías decirme algo?”, le pregunté, viendo sus ojos.

Noté que su maquillaje se había derramado un poco sobre su pómulo. Tal vez tenía la intención de hacerlo.

“Un sujeto vino a buscar al joven que violó su libertad condicional”.

Me emocioné al pensar que me encontraría de nuevo con David, si bien sabía que tal vez eso no sucedería. “Entiendo”, dije. Me puse de pie y puse mi bolso sobre mi hombro.

Retrocedí, suspiré y caminé para ubicar a David. Un delincuente que se negaba a entrar a una celda obstaculizó mi camino. Algunos agentes forcejearon para obligarlo a entrar.

Había soñado con él mientras dormía. Cuando desperté, me sentí confundida. Volvimos a su tienda, y allí no había nadie más, salvo nosotros.

El modo en el que me veía, tan sensual, tan hambriento, encendió mi vagina.

“¿Qué quieres hacer, Jenifer?”, me preguntó mientras daba una vuelta por un antiguo auto de su concesionario. Yo corría delante de él para que no me atrapara. Me calentaba tenerlo cerca de mí.

“Estar contigo”, susurré, llevando mis manos al maletero del auto. “Haré todo lo que se te ocurra”.

Anticipaba lo que pasaría. Él iba a acariciarme.

Esperaba sentir el roce de sus manos en mis muslos, el paso de su lengua por mi sien, y que separara mis muslos para que comprobara lo caliente que me ponía.

“Dime qué es lo que primero que quieres hacer”, dijo, dando un paso lento hacia mí. Mi piel se erizó y mis músculos se tensaron.

Me controlaba. Y yo sabía el riesgo que corría al estar con él. Pero no me importaba.

Tenía una blusa y una falda corta que no se parecían en nada al estilo de mi ropa, pero igualmente me sentía atractiva y seductora.

“Me gustaría que probaras mi cuerpo”, dije, bajando mi espalda para acostarme en el maletero. Mis senos tocaron el auto.

“¿Jenifer? ¿Estás en otro planeta de nuevo?”, me preguntó Julia. Tocó mis hombros y noté la expresión de miedo en su cara.

“Tu cara se ve muy blanca. ¿Por qué no tomas asiento un momento?”.

“No es necesario. Tranquila”. Caminé por el pasillo para ir a hablar con la agente de la



recepción.

“¿Alguien vino a buscar a Néstor Del Piero?”.

Noté que había un sujeto descomunal a mis espaldas.

Volteé y empezó a caminar hacia nosotras. “Estoy aquí por esa razón”, dijo.

“¿Quién es usted?”, pregunté. Abrí mis ojos con sorpresa.

Levanté el archivo de Néstor que estaba en la mesa de la recepcionista.

“Soy un gran amigo de Néstor. Me llamo Franco”, dijo, y luego sonrió y estiró su mano para saludarme.

“Franco, supongo que entiende que Néstor no tiene la mayoría de edad aún”, dije, y puse de nuevo la carpeta en la mesa después de ver los datos personales.

“Como no eres su tutor legal, tendrás que usar otra excusa”.

“Cristian me pidió que lo hiciera. Tiene un serio problema en este momento. Por eso no vendrá a recoger a su sobrino”, dijo Franco, extendiéndome una nota.

El autor de la nota sabía mi nombre y apellido. Me pregunté por qué no me había contactado por teléfono si ya sabía quién era yo.

“¿Cristian?”, pregunté con extrañeza. Era raro. No sabía de quién se trataba.

“Es el tío de Néstor, David”, dijo, sonriente.

“Oiga, Néstor vendrá conmigo. Todo estará bien, se lo aseguro”, dijo.

Volteé para pedirle a una de las agentes que buscara al chico. Negué con mi cara inicialmente, pero luego leí la nota de David. “De acuerdo”, dije.

“Seguro, agente Márquez. Iré por él”, dijo una de las agentes más jóvenes, que comía un emparedado con otros colegas en la sala de personal.

“¿Y tú me dijiste que eras...?”., le pregunté de nuevo al tipo alto.

Lo que haríamos no me agradaba para nada, pero sabía que el chico estaba a punto de cumplir la mayoría de edad. Sería legalmente un adulto dentro de poco.

“Soy un gran amigo de los Del Piero. Los conozco hace mucho tiempo”. Buscó su celular en su chaqueta.

“Puedes llamar a Cristian para que te convenzas. O escríbele un mensaje”.

“Voy a llamarlo”, dije. Tomé su celular para marcar, pero ya el sujeto lo había hecho.

Entendí que apenas sabía algunas cosas de David.

Solo lo había visto una vez, y eso era a todas luces insuficiente para saber más sobre su personalidad o la forma de tratar a la gente.

“Hola. Habla Cristian”, dijo con aspereza.

“Hola. Soy la agente Jenifer Márquez, de la Policía de Río Claro”.

“Hola, Jenifer. Me gustaría que le entregue a Néstor a mi amigo Franco”.

Asentí, aunque no podía verme.

“De acuerdo. Lo haré. ¿Tienes algún problema?”.

Me quedé sorprendida por su trato. “Ninguno. Te lo agradezco”, dijo, y colgó.

“¿Sucedió algo, agente?”, me preguntó Franco. Néstor llegaba a la recepción.

“Nada. Todo está bien”, dije, y volteé. Quería ver a Néstor.

Lo encontré parecido a David. Sentí que solo con eso debía inquietarme.

“Espero que no vuelvas a cometer otro error. ¿Está claro? Tu crédito está acabándose. Supongo que tienes un plan distinto a estar diez años en prisión, ¿o me equivoco?”.

“No te equivocas”, dijo, con expresión de sorpresa, y salió de la estación. “Y agradezco tus consejos, agente Márquez”.

“Mi nombre es Jenifer, aunque prefiero que me diga *detective* Márquez”, dije en voz alta,

aunque no pudo escucharme.

Estaba ya afuera y seguramente cometería más fechorías. Sentía un poco de miedo por los jovencitos como él, aunque sabía que tenía que hacerse cargo de sus actos.

Recordé a las jovencitas que habían sido vendidas para que trabajaran como prostitutas, y me dije que debía darles oportunidades a todos los chicos o chicas como ella que pudieran salir de ese mundo. Pero tenía muchos asuntos que resolver en mi vida.

Entonces dejé de pensar en ellos.

Fui al centro de la ciudad para hacer una visita familiar a otro joven con expediente criminal y sus padres. Regresé a la comisaría y fui por un café. Jerónimo me vio y comenzó a caminar a mi lado.

“Parece que vas a comer algo”.

Me di cuenta de que José me había causado un profundo dolor.

Habíamos ido de la felicidad a la tristeza en unos años.

Por eso no quería comenzar una relación con un colega que amaba las armas y en ocasiones usaba métodos poco gentiles para llevar a los criminales a la cárcel.

Era su manera de actuar, y no me gustaba.

“También parece que eres muy inteligente”, dije, sonriendo.

Vi su cara. Me parecía atractivo, aunque no podía imaginarlo como mi novio o esposo

Además, no sentía atracción física por él.

Lo que esperaba era estar con alguien que quien pudiera tomar riesgos. Salir de mi zona de confort. Pero yo era una agente de la ley.

No podría hacer algo tan atrevido como eso. Solo sucedería si renunciaba. De ese modo podría arriesgarme a hacer lo que quisiera, aunque eso implicara empezar a ser una persona tan distinta que dejaría de ser la Jenifer de siempre.

Podría hacerlo. No tenía nada que perder de todos modos.

Jerónimo apoyó su hombro en la puerta y me vio. “Oye, ¿te pasa algo?”, me preguntó.

Una silueta oscura estaba al fondo y puse mis ojos sobre ella. Era David. Tenía una chaqueta negra ajustada y lentes de sol, también negros, que se ajustaban a su cara. Su ropa se presionaba contra sus músculos.

A medida que avanzaba me fijé en sus pectorales esculpidos. Luego bajé mis ojos y vi sus pantalones. Eran también muy apretados.

Noté el paquete enorme bajo su cinturón, y comencé a imaginar las fantasías más poderosas mientras lo veía.

Fantasías que sabía que no debía tener en mi mente. “No pasa nada. Estoy un poco agotada, es todo”, dije.

“Quítate, pendejo”, le dijo a Jerónimo. Él intentó frenarlo con sus manos, pero David lo apartó con su brazo derecho.

“Oye, agente, ¿y mi sobrino? Estoy aquí por él, pero no está”, dijo con fuerza sobre mi rostro.

Se acercó a Jerónimo y levantó su mano para golpearlo. “Detente”, le pidió mi compañero.

“Disculpalo, Jerónimo. Todo está bien. Reacciona así porque está un poco enfadado”, dije.

“Oye, David, haz lo que te pide mi compañero. ¿Por qué no conversamos para resolver este asunto? Si golpeas a un oficial, te meteremos en una celda”, le dije, y luego a vi a mi compañero.

“¿Un poco? Yo diría que estoy muy enfadado”, soltó, dando un paso hacia mí.

No entendía lo que me sucedía.

Era una agente del orden, y él siempre producía desórdenes en las calles... o tal vez yo solo creía que lo hacía.

Lo cierto era que sus palabras iniciaron un fuego en mi vientre.

La necesidad que sentía de acostarme con David era tan fuerte que me preocupaba.

“Salgamos de aquí”, le dije, y salí de la sala. Supuse que empezaría a caminar detrás de mí.

“Jenifer, quiero saber de mi sobrino. Cuando pregunté en recepción, la agente me informó que ya estaba en la calle”, dijo, tomándome por mi antebrazo con fuerza, por lo que tuve que voltear.

“¿Paso algo, Márquez?”, me preguntó otro de los colegas.

Nos vio y observé su expresión de preocupación.

“¿Necesitas apoyo?”, preguntó, pero negué con mi cara.

“No. No pasa nada. Él es... mi amigo”.

Fruncí mi ceño y golpeé su pecho. *Amigo*. No entendí la razón por la cual lo llamaría de esa manera.

“Será mejor que retrocedas, idiota”, le dije con molestia. Giré para ir al estacionamiento. Abrí la puerta y suspiré. Había poca luz.

“Franco lo recogió. Leí la nota que le entregaste para que viniera. Incluso te llamé, ¿lo olvidaste?”.

“No sé de qué hablas. Jenifer, dime dónde está”, dijo. Todo su cuerpo se puso rígido. La expresión de su cara era de profunda preocupación.

“Preferiría que me llamara detective Márquez”.

Estaba agitada. Tenía que calmarme y ordenar mis pensamientos. Era evidente que no debía haberle dado a Néstor a Franco. Mierda.

“Te llamaré Jenifer hasta que decida hacer lo contrario. Deberías sentirte afortunada”, dijo, tomándome por los brazos para voltearme. Mi espalda llegó a una pared.

Estaba entre el muro y su pecho. Sentí que mi cerebro se nublaba por la fuerza de su abdomen.

“Vamos a ubicarlo pronto, ¿está bien?”, pregunté.

“Tu sobrino tiene un dispositivo de rastreo”, le dije.

Su cara me decía que era un hombre totalmente diferente al que había conocido poco antes. Ahora estaba dejándose llevar por la rabia. Saberlo me hizo sentir un pánico que no había experimentado en casi toda mi vida.

Cerré mis ojos y contuve el aire. Sentí que estaba perdiendo el control.

“Está bien. Vas a acompañarme, Jenifer Ariana”, dijo, cerca de mi oído.

Sentirlo tan cerca de mí me hacía sentir muy vulnerable. Alejé su pecho con mis manos. Quería mantener la distancia.

“¿Quién te dijo cómo me llamo?”, dije en voz baja.

Entonces gemí. “Cualquier persona me lo diría”, dijo, dejando caer su respiración sobre mí.

“No lo hagas”.

“De nuevo, eres afortunada. Eres policía”, dijo.

“Pero igualmente haré lo que quiera porque sé lo mucho que me deseas”, dijo, y su boca acarició mi lóbulo. A la mierda. Mi piel se erizó.

Pensé que tendría que pedirle al capitán que asignara el caso de Néstor a otro agente. Si seguía trabajando en él, me enamoraría de David. Me sentiría hechizada por él, tal como mi piel ya lo estaba.

“¿Afortunada?”, pregunté, con mis sentidos agitados. Mi vagina ya estaba muy húmeda, lo que me sorprendía.

“Sí. Si no lo fueses, te quitaría el uniforme para hacerte el amor sin pensar en nada más”, aseguró, y lamió mi oreja. Su pecho volvió a apretar mis senos.

“Ahora, busquemos a mi sobrino. Si algo le pasa, serás responsable”.

“Si te quitas, podré hacerlo”, le dije, llevando mis manos otra vez a su pecho para alejarlo. Dejé escapar el aliento que había guardado.

Entonces se quitó, y me apoyé en la pared para recuperarme. Sentí que me tambaleaba, pero igualmente me moví. Busqué mi patrulla y tomé las llaves. “Manejaré yo esta vez”.

“Te equivocas. No subiré ahí. Fin del cuento”, dijo, y encendió su motocicleta. Entonces me vio fijamente.

“Tampoco vas a subir en esa mierda. Ven y sube a mi motocicleta. Apúrate”.

“Esto no es algo que debería hacer, David”, dije, y vi a todos lados. Me pregunté qué rayos estaba pasando por mi mente. Decidí quitarme la camisa y quedarme solo con la blanca.

Sus ojos no dejaban de ver mis senos.

“Lo sé. Quizás tienes muchas cosas en mente, pero no te has atrevido a llevarlas a cabo. Espero que esta te dé el valor para hacer las demás”, dijo, estirando su mano para ayudarme a subir.

No había permitido que un hombre me viera así en mucho tiempo. En otro momento hubiera preferido ocultar mi pecho, pero no fue así. Dejé que me viera. De hecho, deseaba quedar totalmente desnuda frente a él para que descubriera todo mi cuerpo. Todo.

Pero no podía. Simplemente no podía. “Mejor tomo mi patrulla. Iré adelante y conectaré mi celular con el rastreador”.

“Espero que sepas lo que hace”, dijo, sin esperar mi respuesta. La sonrisa que me mostró hizo que mi corazón latiera con fuerza

Entonces subí a mi auto. “Mierda”, dije en voz baja al ver cómo se alejaba.

Me puse delante de su motocicleta mientras mi mente paseaba por un par de enunciados que se repetían una y otra vez.

No debería hacerlo. Pero me sentía feliz al saber que lo quería.

## CAPÍTULO 9: CRISTIAN

No entendía por qué carajo se habían llevado a Néstor. No entendía sus intenciones.

Mis pensamientos eran frenéticos. Iba a los sitios que Néstor visitaba frecuentemente, pero no dejaba de pensar en lo que podía pensar. Ya le había reclamado a Jenifer, pero mi sobrino estaba con Franco.

Era una realidad totalmente diferente.

Sentía náuseas al recordarlo. Ese bastardo era el tipo en el que Enrique Gómez confiaba más. Además, era un desgraciado. Sabía que obedecía las órdenes de Enrique sin cuestionar nada.

Tal vez Enrique y Franco sabían muy bien lo que hacían y convencieron a Jenifer de entregarle a David. Me preguntaba si ella desconocía tantas cosas, al punto de entregarlo a un completo extraño.

Era una combinación de ambas posibilidades. Lo supe rápidamente.

Jenifer no tenía habilidades para los chicos. Por lo que había visto de ella, le gustaba más la acción.

No había estado en la unidad de jóvenes con libertad condicional.

No le gustaba ese trabajo.

Los policías que se unían a esa división tenían historias familiares difíciles, por lo que querían ayudar a chicos que aún tenían posibilidades de recuperarse.

Había que tener algo de simpatía por la psicología, así como para tratar con jovencitos.

Me pregunté por qué se había convertido en policía. Tal vez se debía a que su padre lo había sido, o que lo habían asesinado en alguna redada.

Apagué la motocicleta cuando llegamos. Era un parque.

Sabía que Néstor pasaba algunas tardes de la semana allí.

¿Puedes dejar de ser tan pendejo y dejarme hacer mi trabajo?”, preguntó Jenifer. Detuvo su patrulla y bajó su ventana.

“Habríamos llegado antes si hubieras permitido que manejara delante de ti”.

“Qué linda y sexy te ves cuando te enojas”, dije, guiñándole mi ojo. Entonces vi el parque otra vez.

“¿Ya lo ubicaste? Ve por él entonces, preciosa”.

Podría estar en cualquier bar, tomando cervezas y comiendo hamburguesas, y luego podría ir a casa para tocarme mientras pensaba en su rico culo. Pero no estaba haciéndolo. Estaba en otro lugar, buscando al idiota de Néstor, de nuevo. Además, una detective me acompañaba. De nuevo.

“¿‘Preciosa’?”, dijo, con una sonrisa de molestia. Encendió su patrulla y se fue. Una estela de polvo y humo llegó a mi cara.

“Qué estúpida”, grité mientras subía de nuevo a mi motocicleta. Gracias a ella estaba en medio de la nada.

Jenifer estaba rastreándolo con el dispositivo. El sujeto que le aportaba información a Andrés no nos había dicho nada relevante. Yo no tenía opción.

Los miembros de mi grupo de motorizados no se alegrarían al saber que andaba de nuevo con

una policía.

Pero tenía que hacerlo, porque Néstor se había metido en la red de nuestro mayor enemigo.

Llegamos poco después a una tienda en las afueras de Río Claro. Apagué mi máquina.

Cuando me quité mi casco, descendí de la moto y busqué mi pistola. La tenía en la parte de atrás de mi pantalón.

“David, no tienes que...”.

“Déjame decirte que no necesito que actúes como heroína. Puedes irte y regresar en media hora. Dios olvidó este lugar hace años. Soy el único que puede hacer algo bueno aquí”, dije.

“Y llámame Cristian, agente”, le pedí, y asentí.

Pensé que tal vez la gente buena como Jenifer quería llegar al fondo de la tierra para saber qué se sentía ser malo, y que algunas veces les gustaba tanto ese fondo que luego no querían salir de ahí. Lo supuse por su expresión. Por poco me arranca una sonrisa.

Me pareció que ella había llegado a la frontera entre lo superficial, la vida agradable como ella la conocía, y lo subterráneo, ese mundo oscuro de drogas y muerte. Eso me pareció bastante surreal.

Creí que ella entraría ahí y no podría salir.

Al parecer no había escuchado mis palabras ni quería hablar más conmigo. Tomó su pistola y avanzó hacia la tienda.

Esa valentía encendía mi cuerpo. Su valor incrementaba más y más mi deseo.

Sentía que se haría cargo de mi sobrino, de la situación, y que haría que todo saliera bien, aun cuando yo no la acompañara o no llegaran más agentes.

Mi erección creció, aunque intenté concentrarme en lo que sucedía.

Aunque no me gustara lo que había hecho, por las venas de mi sobrino corría la misma sangre que corría por las mías. Sabía que él podría morir si no hacíamos algo pronto.

Entramos, haciendo el menor ruido posible, para encontrarlo.

“Sabes que vendrán por mí, bastardo”, dijo Néstor.

Su voz apenas se oía, pero igualmente llegó a mis oídos.

“Iré primero”, dijo, girando para verme.

“Olvidalo”, dije. Alcancé su espalda y caminé rápidamente delante de ella. Subí mi pistola y abrí la puerta.

“Hola, maldito. Esta mierda se acabó”.

Franco me vio y se levantó.

“Oye, Cristian...”, dijo Néstor.

“Cállate”, le exigí. “Y levántate”.

“De acuerdo. No te molestes, carajo. Estaba pasándole bien”, dijo, riendo. Intentó levantarse, pero se derrumbó.

“Soy amigo de Franco. Supongo que sabes quién es”, dijo, con una sonrisa. Era obvio: estaba mofándose de mí.

“Sé quién es. Y también sé quién es su madre. Estuvo en mi cama en muchas ocasiones. La convertí en mujer”, dije, mostrándole una sonrisa a Franco.

“Cállate, pendejo. Y pídemme disculpas por lo que acabas de decir”, me pidió, dando un paso hacia mí.

Apunté a su pierna y le metí una bala en la rodilla. La herida fue superficial, como había planeado. Comenzó a gritar de dolor y cayó al suelo.

“Carajo. Pagarás por lo que estás haciendo. Algún día te encontraré, hijo de...”.

Apunté a mi sobrino, en el pecho.

“Será mejor que subas ya a mi motocicleta. Tendremos una larga conversación en casa. No volverás a ver a estos bastardos. No te imaginas el daño que son capaces de hacerte”, dije. Luego vi a Franco.

“¿Crees que voy a esconderme? Te equivocas. Voy a esperarte”, le dije.

Néstor caminó para salir, quejándose sin parar. En unos segundos el llanto inundó su cara.

Me alegré de ver esa imagen. Cuando lo alcancé, Jenifer lo ayudaba a caminar para llegar afuera.

Franco rió con fuerza. Como pudo se levantó, pero rápidamente se fue al piso de nuevo. “David, Enrique va a encontrarte”, dijo.

Enrique había sido una especie de cáncer maligno que se había esparcido por toda la anatomía de Río Claro.

Habían pasado décadas desde que había comenzado su imperio del mal.

Era el jefe de los sicarios, el principal cartel de droga y cuanto delincuente rondara nuestras calles.

No dejaba espacio para nadie más en cuanto a delitos se trataba. Entonces vi a Franco sin responderle.

Puse mi pie en su pecho. Lo apunté en la frente. Mis hombros se paralizaron. Todo mi cuerpo estaba lleno de ira.

Si alguna de las actividades de Enrique me parecía especialmente detestable era que vendiera jovencitas para prostituirlas.

“No. Dile que yo lo encontraré. Advértele que ya es hora de que deje de meterse con quien no debe. Que ya sé cómo encontrarlo y que sus crímenes van a terminar pronto”.

“¿Por qué no se lo dices tú?”, me preguntó entre risas antes de escupirme.

Quitó unas gotas de sangre que habían caído sobre mi rostro y tomó su celular.

Busqué el número de celular de Enrique y marqué.

Retrocedí, aunque quería matarlo. Le di un golpe con mi arma. Fue tan fuerte que perdió la consciencia. Cayó como una mosca sobre el piso.

“¿Y el jovencito?”, preguntó Enrique al otro lado de la línea.

“Es solo un niño, maldito. Y está conmigo”.

Rió con calma.

“Vaya, Cristian. Debí suponerlo. Imaginé que no tardarías en asomar tu cabeza. Y me alegra que lo hayas hecho. Este mundo no es el mismo si tú no juegas con nosotros”.

“No estoy jugando. Le di un escarmiento a tu payaso. Y acabaré contigo, bazofia. Te encontraré más pronto de lo que imaginas. Te lo digo como amigo”.

“Ya no somos amigos, aunque tuvimos una grata amistad. De hecho, te consideraba mi hermano menor”.

“Tu vida acabará pronto, Enrique, así que pásala bien. Mi misión ahora es matarte”, dije. Me quejé antes de ponerme recto.

“Claro”, dijo, y tomó aire.

“Espero que vengas pronto por mí. Ya quiero acabar contigo y con ese sobrino de mierda que tienes. Y no solo eso, Cristian. Sé que andas con una chica que está buenísima. Hablo de la agente”, dijo, y comenzó a reír con fuerza. Mi corazón latió con fuerza.

“Jenifer Ariana Márquez. Así es. Sé muy bien quién es la chica. Tengo todos sus datos. Tuve que esforzarme y gastar mucho dinero, pero los conseguí. Y cuando vaya por ella, me vengaré de ti. Quiero probar un culo que no haya estado en mi boca”.

Me di cuenta en ese momento. El bastardo nos vigilaba. Y seguramente quería incorporar a

Néstor en su grupo de sicarios.

“Nos vemos luego, Enrique”, dije, y colgué. Entonces salí de la tienda.

“Lo siento. Lo neutralicé porque estaba actuando como un maniático”, dijo Jenifer. Noté que veía a todos lados.

Néstor estaba en el piso. Sus mejillas sangraban.

Exhalé y avancé para ver de cerca su cara y comprobar que no le había hecho daño. “No me digas que te golpeó”, dije, sintiendo que la ira apretaba mi cara.

Reclinó su cara y tomé sus mejillas. Quería cerciorarme de que no hubiera daño, pero lo que vi me hipnotizó.

Su rostro, visto de cerca, era precioso. Su nariz era fina. Y sus ojos eran profundos. Sentí la necesidad de tomar sus cabellos y halarlos mientras la poseía.

Su cabellera extensa y rojiza me encantó. La había recogido en una trenza. “Lo hizo, pero no me lastimó”, respondió.

“Lo lamento, agente”. Tomé a Néstor para levantarlo.

“Será mejor que lo subas a tu auto. Entonces podrás seguirme a casa para que lo subamos a su habitación”.

“¿Tengo que hacerlo?”, preguntó. Y frunció su ceño.

Si no planeas hacerlo, entonces apártate”, dije.

“Oye, sé que no estás de acuerdo, pero no olvides que trabajas en la división de libertad condicional. Tienes que ayudar a chicos como Néstor, que suelen equivocarse. Hazlo y demuestra que deseas hacer algo útil por la sociedad”.

Sabía que le gustaba ayudar a las personas, pero también sabía que quería estar en otra unidad. ¿Por qué su jefe lo había hecho? No lo tenía claro, pero esperaba saberlo pronto.

La expresión de confusión que me mostraba me alivió bastante. Entendí la ironía del asunto. Ayudaba, aunque no le gustaba su trabajo.

“De acuerdo, de acuerdo. Iremos a tu casa”, dijo, abriendo la puerta trasera.

Senté a Néstor y me di cuenta de que estaba inconsciente. Me quejé mientras salía de la patrulla.

“Por lo que veo, fue un buen golpe”.

“Golpeo como lo que soy: una policía. No lo olvides, David, Cristian. No me importa tu nombre”.

“Mi rey”, dije, tocando la cabina del auto. Ella se dirigió a su puerta para manejar.

“Seré tu rey, así que podrás pedirme lo que quieras”.

“No sabes cuánto detesto esos comentarios”, dijo, y rió con alegría. El eco alegró mis oídos rápidamente.

Las luces de la patrulla iluminaban el camino.

“Eso no es cierto, y la verdad es que me gustaría hacer más cosas que te agraden”, dije. Entonces caminé hacia mi motocicleta, la encendí y la vi alejarse en su auto.

Vi la tienda de nuevo y luego salí del lugar. Me acerqué al auto de Jenifer. Llegamos a la casa una hora después. No había nadie que me recibiera.

Aparqué la máquina y fui a la patrulla. Jenifer se esforzaba por sacar a mi sobrino de allí, pero no podía.

“Voy por él”, le dije.

Mierda. Ya me sentía dispuesto a estar con ella.

Dejarme llevar por sus encantos. No sabía nada sobre ella, y ella tampoco sabía nada sobre mí o mi pasado, pero tenía claro que sería un desastre. Un completo desastre.



“Me alegra que lo hagas”, dijo.

Retrocedió y pude percibir el intenso pero agradable aroma de su colonia... ¿o quizás era su cuello el que olía así? Mi pecho vibró con ese olor tan agradable.

Tenía que mantenerla a salvo. Y lo mismo tenía que hacer con mi sobrino.

Jenifer se apuró para dejar la entrada abierta.

“¿Podrías abrir la de su habitación?”, le pedí.

“Es la que está al fondo, la del centro”.

“Por Dios. ¿Qué te metiste en el cuerpo, Néstor?”, le pregunté. Como pude lo subí por los escalones.

Acomodé a Néstor en su cama, y recordé la cantidad de veces que había hecho lo mismo con chicas muy embriagadas.

Con ellas nunca quise el amor, para no tener problemas. Jenifer asintió y siguió caminando. Estaba en silencio.

Mis pulmones recibieron el dulce aroma a néctar que provenía de su cuerpo.

Comprobé que Néstor estuviera dormido y salí de la habitación.

Ella entró para cubrirlo, por lo que me quedé en la puerta y contemplé su delicioso trasero.

“Entiendo lo que haces, y te lo agradezco, pero no es necesario. Me las arreglaré solo, como de costumbre”, dije.

Con suavidad toqué su cintura. Quise llegar abajo, pero frené mis deseos.

“¿Me dices que debo irme, aunque tenga que ayudarte con Néstor?”. Frunció su ceño y retrocedió, aunque no quería hacerlo. Entonces vio mi cara.

“Ya me ayudaste suficiente”, dije, y asentí.

Salió y dio algunos por el pasillo. Luego giró para agregar un consejo. “Debes asegurar todas las ventanas. Si no lo haces, huirá de nuevo”.

“Sí, lo tengo muy claro. No te preocupes. Voy a hacerlo mañana”. Avancé después de cerrar la puerta, cerca de ella. “¿Puedes decirme qué sabes sobre Enrique? ¿Eres cercana a él?”.

Me pregunté qué le había sucedido, si algún hombre en su vida le había prestado la atención que se merecía y le había hecho preguntas sobre su vida.

La pregunta surgió en mi mente porque su cuerpo se paralizó enseguida. Giró mientras jadeaba. Parecía que esperaba que le preguntara por él.

“¿Exactamente de quién hablas?”, preguntó, retrocediendo un par de pasos.

Noté que se quedaba sin aire, y como pudo levantó su brazo para detener mi avance. “De Enrique Gómez”, dije, tocando su muñeca y halando su cuerpo hacia mi pecho, aunque ella trataba de alejarme.

Me pregunté qué rayos le sucedía a Jenifer. Por una parte, demostraba mucho valor. Era capaz de protegerse sin buscar a un hombre.

Había cosas en ella que me hacían recordar que no me gustaban las chicas como ella. Pero, por otro lado, deseaba con todas mis fuerzas saborear todo su cuerpo, conocer toda su piel y mostrarle mi verdadera personalidad, algo que no había hecho hacía años.

Quise acercarme más, pero no pude. Mi pene ya latía en mis pantalones, que casi rozaban su vagina. Quería quitarle la ropa cuanto antes.

“Aléjate”, me pidió. “Además, ¿qué rayos dices? No conozco a nadie que se llame así”, aseguró, y golpeó suavemente mi abdomen.

“No importa. Necesito tu lengua. Dámela. No tienes que reprimirte”, dije.

“No lo haré. Tampoco tienes que pedírmelo. Solo quiero que me permitas hacerte el amor. Una chica como tú necesita un hombre que sepa cogerla”, dije, y apreté su cintura.

Fue el paso previo al intenso beso que le di en sus labios. Su cuerpo apenas se movía y no quería corresponderme.

Separé mi boca y la vi fijamente.

## CAPÍTULO 10: JENIFER

“Una chica como tú necesita un hombre que sepa cogerla”.

Los besos de José apenas me habían excitado y hecho pensar que no era tan atractiva como para aumentar su deseo.

Con sus años de poco interés sexual me había hecho convencerme de que no tenía nada que aportar en la intimidad. Pero ahora, el beso de David y la cercanía de su cuerpo me arrancaban un gemido.

Abrí mi boca para que llevara su lengua a mi garganta.

Movió mi cuello ligeramente, solo lo suficiente, y la intensidad de su toque me dejó sin aire ni palabras. Su lengua húmeda y robusta tocaba la mía y sentí que no podría soportar mucho tiempo.

Solo deseaba que me satisficiera. Que me tomara, me pusiera bajo su cuerpo y cavara en mi vagina con su pene. Subí sus manos por sus bíceps y me encontré con su garganta.

Lo bajé un poco y su lengua continuó jugando con mis labios.

Chupó ambos con lujuria. Sabía que no debía hacer algo así. Podría poner en riesgo mi carrera, mi hogar, todo lo que había en mi vida, pero no me importó.

“Déjate llevar. Te haré mía, Jenifer Ariana”, dijo, y luego lamió mis labios.

Su mirada se fijó en la mía. Me hundí en ello, indagando en esa intensidad para tratar de descubrir lo que no había visto de él.

Anhelaba conocer todo lo que aún no me había mostrado. Mis pensamientos seguían recordándome a Enrique Gómez. Tuve que esforzarme bastante para sacarlo de allí, hasta que finalmente pude lograrlo.

El roce de mis dedos con su cara me producía fuertes hormigueos. “Es imposible. Detente, por lo que más quieras”, dije, llevando mi mano a su cara.

Tomó mis muslos para subirlos. Me aferré a él con ellos e izó mi cuerpo. Quedé sobre él y comenzó a caminar. Imaginé que iríamos a su habitación.

“Lo que más quiero es probar tu vagina. Puedo hacerlo frente a ti o detrás. Solo dilo, nena”, dijo.

Mi mente se nublaba cada vez más.

Tuve que cerrar mis ojos para no gemir. No quería que descubriera la reacción de mi cuerpo. Traté de calmar mis temblores. Mis venas se levantaban.

“David, por favor”.

Entonces me lanzó con fuerza en lo que supuse era su colchón. Tomó mi vientre y recorrió el camino hasta mis pezones. Mis senos apenas cabían en sus manos.

Sentí vergüenza y quise cubrirme... pero no lo hice.

Tal vez quería complacerlo.

“Solo dilo. ¿Quieres que te ponga de espaldas o te mantenga así, nena? Si no lo haces, tomaré la decisión por ti”, afirmó.

Con violencia desprendió mi sostén y lamió mis pezones descubiertos, lentamente.

“Qué rica estás”, aseguró con seriedad. Tocó ambos pezones con varios de sus dedos. Escuché

sus gruñidos mientras lo hacía.

Puso mi camisa sobre mi cuello y luego bajó su cara para lamer mis senos, ya levantados por la excitación.

“Cógeme. Tengo que tenerte dentro de mí”, dije.

“Cielos, hazlo”, continué, sin poder evitarlo. Separé mis piernas ampliamente y recliné mi pecho mientras lo esperaba.

Entonces enrolló la lengua sobre mi pezón y paseó en círculos.

“Eso era lo que quería oír”, dijo, mordiendo con mucha cautela mi otro seno.

“No sigas. Por lo que más quieras, no lo hagas”, dije.

Luego no pude dejar de gritar. Mi cuerpo se movió sin que pudiera controlarlo. Quise quitarle su camisa, pero no podía.

¿Cómo era posible que el deseo de ver su piel desnuda, de saborear su abdomen, de descubrir su desnudez, no me permitiera moverme adecuadamente?

“Dices que pare, pero este cuerpo me dice que quieres que continúe”, aseveró, llevando su nariz a mi sostén.

Entonces inhaló sobre él. Bajó mis pantalones y su cara se deslizó sobre mi pecho. Tocó mis piernas calientes.

Besó tiernamente mi cuello y tomó mis senos para unirlos.

Su pene se sentía grueso y colosal sobre mis labios vaginales completamente mojados. Esa sensación bastó para que me acercara al borde del orgasmo.

Mis negaciones habían sido útiles cuando estaba con José. Alguien como David necesitaría algo más contundente para dejarme en paz.

“Sabes que esto es imposible”, dije, pero llevé mi mano a su cabellera.

No me gustaba para nada el tono de mis palabras. Sabía que mis frases falsas me dejaban en evidencia. Decía que quería salir de ahí, pero no lo haría.

Se alejó un rato después, llevando su pecho más arriba para desnudar su pecho.

Su abdomen tenía un tono y una figura muy trabajada.

Había un tatuaje bajo su pezón derecho. Estaba formado por un par de motocicletas y un águila sobre ellas.

“Oh, es muy posible. Ya está ocurriendo”, dijo. Entonces llevó su cara sobre la mía para besar mi boca. Luego tocó mis senos con fuerza nuevamente.

Me encantaba la imagen. Subí mis dedos para tocar su pecho. Recorrí las máquinas con ellos, y suspiré ante lo que veía.

Tomó su pene y lo masajeó. Sentí que mi pecho iba a colapsar.

“¿Te gusta mi cuerpo, nena?”, me preguntó, pero no esperó mi respuesta.

Bajó la cremallera de sus pantalones y los tiró al piso.

Entonces supe que no había nada más que cubriera su pene.

“Oye”, le dije. Me moví para buscar mi sostén. Luego me cubrí con mi camiseta. “Esto no va a pasar. No debemos...”.

“Y puedes disfrutar todo lo que deseas. Tómatelo ahora, Jenifer. Tengo esta erección por tí”, dijo.

“Es toda tuya”, continuó, dejándome sin palabras. Con su mano llegó a mi garganta. Usó la izquierda para tomar mi muñeca.

Cuando pude reaccionar, me di cuenta de que estaba en cuatro patas en el centro de su cama.

¿Cuándo había sido la última vez que había tenido sexo en esa posición con alguien?

Por un momento me pareció que el tiempo había vuelto atrás y volvía a ser una jovencita. Una

chica ingenua.

Solo me había acostado con José. Tal vez había sido durante la secundaria. Habría pasado una década desde ese momento.

Tuve que moverme para facilitar sus movimientos.

Sus dedos tomaron mi cabellera y dejé de pensar en el pasado. Mis cabellos rebeldes se dispersaron por mi espalda. Levantó mi camiseta con fuerza y la sacó de mi cuerpo. Hizo lo mismo con mi sujetador.

Lo quieres tanto que ya no lo soportas, ¿verdad?”, preguntó.

“No tienes que hacer nada más”, me dijo.

Enrolló mis cabellos largos y rojos en sus manos. Me acercó para que viera su rostro.

“No hay nadie más aquí. Quiero que metas mi pene en tu boca, nena. Sé que quieres hacerlo. Tu cara me lo dice”.

“Así es. Quiero hacerlo”, dije. Asentí mientras jadeaba.

Entonces bajó mi cara. Usó su mano para tomar su tronco y me vio.

“Exacto. Ahora tómallo. Te pertenece. Haz lo que quieras. Aquí nadie podrá juzgarte por tus acciones”, dijo.

Me parecía insólito que me sintiera como me sentía.

Tragué grueso ante mi ansiedad. Mi ropa interior se empapó más. Tenía que ocultárselo. Me daba mucha vergüenza.

Tal vez sabía algunas cosas de mí. Me pregunté por qué había dicho que nadie iba a juzgarme.

Entonces lo llevé a las profundidades de mi garganta mientras pensaba en el placer que él sentiría. Cerré mis ojos y moví un poco mi cuello.

Me aferré a una manta bajo mi pecho. Primero, su glande entró en mi boca y sentí una suave presión. Las gotas calientes de su tronco me indicaban que ya estaba listo.

Estaba dándome la oportunidad de hacer cosas que nunca me había atrevido a hacer con un hombre. “Eso es, cariño. Chupa todo mi pene. Sé que es lo que quieres”.

Tocó mi columna y pudo darse cuenta de la tensión de mis hombros. Unos gemidos escaparon de mi garganta y llegaron a su tronco. Tomé aire y lo introduje más y más. Quería satisfacerlo, pero no se trataba solo de eso.

Se trataba de darle placer porque estaba permitiéndome mostrarme sin tapujos en la cama.

“Voy a complacerte”, dijo. “Mierda, nena, tengo que hacerlo. No te imaginas lo húmeda que estás”, dijo, llevando un par de dedos a mi vagina. Los dejó justo en la entrada y la acarició.

“¿Te habías dado cuenta de lo atrevida que eres? Quieres simular que eres muy reservada, pero la verdad es que tu vagina demuestra que te excitas muchísimo conmigo. Sé que quieres que te tome. Ese rico clítoris inflamado me lo demuestra”. Empujó sus caderas y apretó su mandíbula.

Usó tres dedos para penetrarme. No pude evitar gritar.

Tuve que separar mis muslos para complacerlo.

Mi vientre se llenó con una sensación de éxtasis que nunca en mi vida había sentido.

Gemí varias veces mientras mi cuerpo se adaptaba a su penetración. Estaba viniéndome.

“Creo que no has tenido sexo en años, preciosa. Esta rica vagina está muy cerrada. Solo déjate llevar. Inhala con fuerza. Voy a hacerte mía hasta que no puedas más”, dijo.

“Muévete”, ordenó luego. Retiró su pene y caí de bruces sobre el colchón. Jadeé y abrí mis ojos.

Esperaba recuperar el aliento. Me sentía sofocada. Bajó su cuerpo y su mano apretó mi hombro. Sus dedos se hincaban en mi interior.

Entonces deseé estar totalmente desnuda.

“Hazlo...”, le pedí. Mordí la sábana y en solo segundos un segundo clímax atravesó mi cuerpo.

“Mierda”, exclamé, alcanzando su mano.

“Silencio”, exigió. Retiró sus dedos y luego usó ambas manos para halar me con fuerza.

Me puso a un lado y tuve que voltearme. Dio unos pasos cerca de mí. En su rostro solo había deseo. Un deseo que parecía infinito. Su mirada era profunda y descarada.

“Dime dónde está el tipo que te cogía, Jenifer”.

Sentí pena, pero no quise que parara. “Me dejó”, respondí. Iba a quitarme los pantalones, pero no lo hice.

Con rapidez me los quitó y los lanzó a un costado. Bajó su cabeza y su lengua se movió entre mis muslos. Mi ropa interior mojada quedó ante su cara.

“Tienes que quitártela. Hazlo. ¡Ahora!” dijo. Separé mis muslos mientras gemía. Estaba ansiosa.

No me dio tiempo de hacerlo. Reclinó su espalda y humedeció su boca.

Entonces me quitó la ropa interior con su mano derecha.

“Sube a mi boca. Quiero que acabes sobre ella”.

“David, crees que soy muy atrevida, pero no lo soy”, dije.

“No puedo creer lo que me pides. No voy a hacer eso”, dije, intentando bajar de la cama. Tampoco pude hacerlo. Tomó mis antebrazos, por lo que tuve que sentarme ante él.

Se movió para lanzarse en la cama. Cayó rápidamente sobre ella. Vi cuando su gran pene latió sobre su vientre. Me acercó bruscamente para que quedara sobre él.

“No lo creo. Estoy convencido de que eres muy atrevida”, dijo.

Separó mis caderas y las apretó. Mi vagina quedó sobre su rostro. Lo vi de cerca y comprobé que era perfecto.

Apenas pude respirar: movió su cara para besar mis labios vaginales. Luego chupó todo el camino hasta llegar a mi clítoris empapado.

“Por favor, no sigas”.

“Lo haré”, dijo. Retrocedí, pero con su mano volvió a subir mis piernas.

“Quiero salir de aquí”, exclamé, sacando sus manos de mis caderas.

Mis senos alcanzaron su pecho. “Solo te dejaré venir a mi boca”, dijo. Tomó mis muslos otra vez y no pude girar.

Enterró sus manos poderosas en mi trasero y comenzó a batir su lengua contra mi vagina.

La sensación que me proporcionaba era terriblemente intensa. David saboreaba mi vagina. Por primera vez un hombre lo hacía.

Pude voltear finalmente, y los alaridos que escaparon de mi boca me indicaron que debía hacer algo para saciar mi deseo incontrolable.

Me di cuenta de que debía buscar su pene. Tenía que evitar gritar y gritar mientras

Su aliento llegó a mi clítoris y anticipó la succión que hizo sobre él. “Entraré en este rico trasero”, me informó en voz baja.

¿Una erección de ese tamaño podría entrar en mi vagina? “Eso no va a pasar”, aseguré.

Retrocedí y tomé su tronco con mi mano. Sentí el grosor de su pene y temí que algo me pasara.

Sin embargo, moví mi cuerpo para recibir su penetración.

“Nena, no estoy pidiéndotelo”, dijo. Volvió a palpar mi vagina empapada con su boca.

Tomó mi culo y separó mis nalgas. Su dedo índice tocó la entrada. Se dio cuenta de que también deseaba que me tomara de ese modo. Con cada empuje de su dedo iba más allá.

Con su lengua llegó a mi vagina. Sentí el roce de su barba en mis labios vaginales y gemí con

el cosquilleo.

Las gotas calientes continuaban saliendo de su glande. Impulsó su trasero mientras gruñía. Los sonidos eran cada vez más intensos.

Tomé su pene hasta el fondo. Empujé mi boca con fuerza. Quería sacar todo de su cuerpo. Se liberó y su semen se desparramó en mi garganta.

Yo quería que continuara. El éxtasis abrió una grieta en mi cuerpo con lo que David hizo después.

Llevó otro dedo a mi culo y metió uno en mi vagina.

Varios gritos salieron de mi garganta y llegaron a su pene. Lamí su glande para recibir lo que salía de él. Todo mi cuerpo sucumbía ante el placer que sentía.

Estaba teniendo un tercer orgasmo. Y nunca había experimentado uno con la lengua de un hombre en mi vagina. Además, no se trataba de un sujeto cualquiera.

Ya me había demostrado cuánto placer podía darme. Y quería seguir dándome.

Como nada ni nadie en el mundo me lo había dado.

“Tío, ¿eres tú?”, dijo alguien. Rápidamente supe que era Néstor. Y me asusté.

“Oye, cierra esa puerta y sal”, dijo David. Luego se movió para sentarse, por lo que también tuve que moverme.

Tomé una almohada para cubrir mi cara.

“Carajo, jovencito. Qué modales tienes. Ni siquiera tocas la puerta. Vete. Ahora”.

El hechizo había sido interrumpido.

“De acuerdo. Me voy. Vine solo porque tenía ganas de conversar contigo. Mil disculpas, tío”, dijo, y cerró la puerta.

“Continuemos”, dijo David, tomando mi brazo, pero yo ya no quería seguir. Comencé a buscar mi pantalón.

“Jenifer, no te irás. Tenemos un asunto pendiente”. “Basta. Voy a salir ahora”, dije, y me puse de pie.

“Por supuesto que me iré”, dije. Tomé mi bolso y mi ropa.

Con prisa me puse la camiseta y luego cubrí la parte inferior de mi cuerpo. Luego abrí la puerta.

Con cuidado me asomé para asegurarme de que no había nadie. Néstor aparentemente estaba en su cuarto.

Su puerta estaba asegurada con llave. Una luz en la habitación estaba encendida.

“Mierda. Obviamente vio la patrulla afuera. No sé qué mierda creí que sucedería”.

“No estabas pensando en nada”, dijo. “Acércate. Sabes que me deseas, nena”.

“Sí, es cierto”, dije, viendo a los lados. No quería que alguien más nos viera.

“Te agradezco lo que hiciste”, dije, con mi voz ahogada.

“Fue como una especie de terapia. Una terapia que me hacía falta. La verdad es que *tú* me hacías falta”.

Yo era consciente de lo mucho que lo deseaba, de cuánto quería tener todo su pene en mi interior. Pero también sabía que no era correcto estar con él.

Estaba del lado equivocado de la ley. Yo, en tanto, anhelaba seguir del lado correcto y continuar ayudando a las personas sin manchar mis manos ni mi reputación.

Asintió y bajó su cara. Se dio cuenta de que no me convencería con nada.

Tenía que renunciar a él.

Me esforzaría, pero no lo lograría. Sabía que sería imposible.

## CAPÍTULO 11: CRISTIAN

Ahora estaba pensando en otra persona. Cuando abrí los ojos a primera hora, el aroma de Jenifer continuaba en mi garganta.

Desperté y bajé mi mano. Mientras suspiraba, toqué mi tronco. Ella se había ido y yo había decidido quedarme desnudo.

Parecía que había pasado un año desde su partida repentina. Y aunque me costaba creerlo, ahora no solo pensaba en mí o las cagadas de mi sobrino.

Pensaba en ella.

Su imagen estaba en todos los rincones de mis pensamientos. Tenía que salir de ese desorden. Y tenía que hacerlo pronto.

Estaba empezando a extrañar su piel blanca, su cabellera rojiza, la dulzura de su personalidad que brotaba como un manantial.

Pensé que tenía que haberle demostrado lo que era el sexo verdadero. Lo que sentiría cuando un hombre la llevara a la cima del placer. Todos mis músculos se pusieron rígidos.

Tomé mi glande y me sobresalté. Tenía que haberla poseído mientras había estado en casa. Tenía que haberla puesto bajo mi cuerpo.

Aunque no sabía de quién se trataba, al estar con Jenifer supe que un hombre la había lastimado. El tono de sus palabras y sus reacciones me lo demostraban claramente.

Tampoco sabía si había estado relacionada de algún modo con mi enemigo número uno, Enrique Gómez.

Seguramente había algún vínculo entre ellos. Sin embargo, no entendía qué lo llevaría a buscarla. Qué le interesaría de una chica como ella.

Me sentí furioso mientras pensaba en ese pendejo. Giré y solo el silencio y la soledad me acompañaron en mi habitación. Tomé mi pene con más fuerza.

Moví mis caderas y recordé el sabor y los gemidos de mi chica. Me masturbé en tres ocasiones y luego me puse de pie para asearme y darme una larga ducha.

Enrique estaba detrás de mí, por lo que Jenifer también estaría en peligro. Sabía que, si alguien estaba en aprietos, era ella. Eso me hacía convencerme de que debía protegerla.

Seguramente el resto de motorizados del grupo estarían en desacuerdo. Y también implicaría que yo tendría que correr muchos riesgos.

Pero aceptaría las circunstancias para mantenerla a salvo.

En cuanto a Enrique, sabía que mis amigos estarían dispuestos a darme una mano. Lo habían hecho antes. Y seguirían haciéndolo. Por eso los consideraba mis amigos.

Tras la ducha, tomé la manta y las lavé.

Me di cuenta de que debía empezar a trabajar para olvidar todo. Arreglaría una motocicleta o un auto del siglo pasado, lo que sería suficiente para distraerme.

“Tío, ¿podemos hablar?”.

“¿Le diste un puñetazo a la agente mientras intentaba introducirte en la patrulla?”, le pregunté.

Luego voltéé y me encontré con la cara de mi sobrino.



Lucía como una diarrea de perro.

Bajó su cara con vergüenza y vio sus nudillos.

“Sí, pero no era mi intención, tío. Solo me dejé llevar por la ira y el temor. Creí que me lastimaría o alguien más lo haría. Entonces actué de ese modo”.

Di unos pasos y tomé el cuello de su camiseta. Ya se había convertido en una costumbre.

“¿Te das cuenta de que le diste un puñetazo a una policía? ¡Estamos hablando de una mujer, mal nacido! No sé quién te dijo que podías hacerlo, pero en nuestra familia no actuamos de esa manera. Si alguien más quería lastimarte o matarte, me sabe a mierda. Solo puedes golpear a una chica si quiere matarte, lo cual, obviamente, no era el caso de la detective”.

La expresión de su mirada era la misma que yo mostraba en muchas ocasiones. Sentía vergüenza. Y saberlo me calmó.

“Lo sé. Te pido disculpas”, dijo, alzando su cara.

Mi pecho estaba temblando por la rabia que sentía.

“¿Por qué te fuiste con Franco? No entiendo. Son unos bastardos. Sé que lo entiendes muy bien. ¿Quieres convertirte en uno de ellos? ¿Te convertirás en un sicario o venderás a menores de edad para que las esclavicen sexualmente? ¿Eres consciente de lo que esos malditos hacen con esas pobres niñas? No, ¿verdad? Eres un pendejo”, le dije, apretando su cuello con fuerza.

“¿Cómo dices, tío? Claro que no. Solo quería ser parte del grupo de motorizados, pero no quiero ser un criminal”, contestó, y subió sus brazos.

Su afirmación me hizo recordar los motivos por los que chicos como él querían formar parte de un grupo de motorizados. Solo Franco le abriría las puertas de su grupo. Nosotros no estaríamos dispuestos a hacerlo.

No aceptábamos a chicos tan jóvenes e inmaduros.

“Te matarán”, le dije.

“Por eso espero que no te unas a esos bastardos. Solo continuarás llenando tu cuerpo de drogas y licor. Cuando tengas más experiencia, harán que busques chicas, las rapses, robes sus documentos, lesiones sus pies para que no huyan y recibas diez pesos como pago mientras tu líder gana millones”, dije, y palmeé su hombro.

“Lo sé. Es lo que sucedió con papá, ¿o me equivoco?”, dijo, sollozante.

“No tienes que recordar eso. Ahora soy tu única familia”, dije. Lo vi fijamente.

“Así como llegaste a ser la única familia de Enrique, ¿no? Llegaste a ser la única persona que consideraba su hermano”.

“Sí, pero luego cometió terribles errores. Se involucró en esos negocios oscuros. Cuando éramos amigos, recorriamos las calles en moto y fumaba marihuana. Todos en el grupo lo hacíamos”, dije, y guardé silencio para no decir nada más.

“David...”, dijo. Su voz hizo que dejara de caminar. Se oía muy familiar. Era similar a la de Ángel, por lo que volteé. Por primera vez me llamaba de ese modo.

Se arrodilló y escuché su llanto. “¿Tú... me quieres?”, me preguntó, y ocultó su cara entre las palmas de sus manos.

Puse su cara en mi hombro y apreté con fuerza su espalda mientras sus lágrimas empapaban mi camiseta.

“Mierda”, dije, aunque no pudo oírme. Fui con prisa a su encuentro y lo abracé.

“Néstor, tienes que tomar distancia de Enrique Gómez. Si no lo haces, irás directo a tu tumba”, dije.

“Y para responder a tu pregunta... claro que sí, Néstor. Te quiero. Y tengo miedo. Sé que puede pasarte algo terrible. Cometes los mismos errores. Vas por esa ruta del mal, y aunque

intento frenarte, no puedo. Ya no sé qué carajo hacer. Hemos hablado, te he golpeado, te he gritado. Solo me falta escupirte”, dije, y retrocedí un poco. Toqué sus mejillas. La tristeza de su cara comprimió mi pecho. “Pero no tengo hijos. Tú no lo eres. Aunque me esfuerzo, no sé cómo tratarte. De todos modos, me mantendré a tu lado y continuaré ayudándote”.

“Voy a tratar de alejarme de él. Ten mi palabra. Voy a tratar, tío”, dijo.

Seguí abrazándolo mientras se tranquilizaba. Una vez que se recuperó, me levanté, giré y encendí mi moto.

“Me alegra que al menos vayas a intentarlo”, le dije.

Tenía que huir de ese lugar, porque si no lo hacía, empezaría a llorar también.

Todo estaba resultando muy distinto a lo que había pensado. Era parte de mi vida: deseaba realizar algo, pero la vida siempre me llevaba por otro rumbo.

“Por fin llegas. Si hubieras tardado un minuto más, habrías llegado tarde”, dijo Rubén mientras sonreía y veía su reloj.

“Necesito ese destornillador, el más pequeño”.

Fui a la caja de herramientas y tomé el destornillado.

“Como siempre, llego justo a la hora”, dije, y le di la herramienta. Luego crucé mis brazos sobre mi pecho.

“Oh, por cierto, anoche la policía y yo estuvimos juntos”.

“¿Te volviste loco?”, me preguntó. “Mierda”, dijo, subiendo rápidamente y poniéndose de pie.

“Pero es que no logro controlarme cuando estoy cerca de ella”, dijo. “Así que sí, creo que estoy loco”, dije, poniendo mi dedo índice en mi mandíbula.

“Entiendo. Es muy atractiva. Además, sé que ya quieres renunciar al estilo de vida que llevamos para casarte. Es la chica ideal”, dijo, y me vio fijamente.

Luego golpeó con fuerza mi hombro.

“¿Eres pendejo? Estoy hablando con ironía. Los dos tenemos claro que no te casarías con alguien como la policía. Te encanta coger culos. Además, no vas a poder sacar a Martina Gómez de tu cabeza. Jamás”.

“Estoy convencido de que no hubiera tenido sexo con ella si la detective ya hubiera llegado a mi vida”, respondí.

“Claro que la olvidaré”, dije con firmeza.

Luego giré para llegar al capó de una antigua camioneta.

Habíamos hecho varios arreglos en ella desde la semana anterior.

“¿‘Llegado a mi vida’? Hablas como un hombre enamorado”, dijo Laura, desde el otro lado de la camioneta.

Su repentina aparición por poco me produce un infarto.

“Carajo. Me asustaste”, dije, tocando mi pecho y sonriendo. Luego toqué su hombro. Me parecía una chica muy atractiva.

“Es imposible. Apenas conoce a esta chica. Llegó aquí hace unos días. Es todo”, dijo Rubén.

“No creo que se haya enamorado en tan poco tiempo”, continuó. Caminó hacia mí y tocó mi antebrazo.

“Son tres días, para ser exactos”, dije, sonriendo otra vez.

Abrí el capó para revisar el motor de la camioneta. “Pero no habrá nada entre nosotros. Está relacionada con Enrique, igual que mi sobrino”.

“¿Cómo dices?”, me preguntó Rubén. Fue hacia el capó y haló mi brazo. Luego Laura se acercó también.

“¿Estamos hablando de Enrique Gómez? Dime que no, por favor”.

“Pues sí estamos hablando de él”, dije, encogiendo mis hombros. Una voz conocida me hizo subir.

“¿Hola? ¿Pueden oírme? Vine por mi auto”.

“Sergio Rojas”, dije, sonriendo ampliamente. Lo saludé con mi mano y toqué su hombro.

“Cuántos meses sin saber de ti. Supongo que aún pasas tus días sacando a los jovencitos delincuentes de los bares del sur de Las Lagunas y revisando a las prostitutas”.

Rió con fuerza y su cara se llenó de alegría.

“Así es. Sigo haciéndolo. Por cierto, Ignacio, el chico que trabajó contigo, ahora forma parte de la unidad. De todos modos, supongo que ya lo sabías”.

“¿‘El Colorado’?”, preguntó Rubén. Caminó para saludar a Sergio también.

“Qué gusto verte, amigo. Tenía años sin saber de ti”.

“Hasta donde sabía, ‘El Colorado’ estaba trabajando como agente de seguridad en otro estado”, dije, y reí.

“Pero no sabía nada de lo que estaba haciendo ni de que ahora vive en Las Lagunas. Este planeta es un pañuelo, sin duda”.

“Sí, un pañuelo con muchos bares llenos de prostitutas y mucha, mucha droga”, dijo Sergio. Volteó y se fijó en su auto deportivo. ¿Mi auto está listo?”.

“Pero no vi tu nombre en los registros”, dije.

“Pero sí, está listo. El viernes finalizamos con la pintura y los retoques”. Avancé hacia el auto mientras lo veía.

“Le pedí a uno de sus primos que lo trajera, porque la organización de la boda ocupa todo nuestro tiempo. Es de mi prometida”.

El auto lucía estupendo. Perfecto.

“¿Cómo van las cosas en la zona? ¿Cuáles son los nuevos rumores?”, le pregunté, bajando mi cuerpo para tocar las puertas.

“Ricardo golpeó a la hija menor de Leonel Frías. Nadie te lo dijo, ¿de acuerdo?”, me preguntó, y asentí. Tocó sus cabellos y luego se fijó en el auto de su novia.

“Y por acá, ¿cómo van las cosas? ¿Hay noticias?”.

“Nada serio. Solo que Enrique Gómez quiere joderme, como siempre. Eso no es ninguna novedad ya. Supongo que tendré que tomar cartas en el asunto. Tal vez me vea en la necesidad de matarlo. Así podré sentirme tranquilo”.

“Así es”, dijo, buscando algunos billetes en su cartera.

“Lo único que no entiendo es por qué no lo has hecho”.

Rubén le dio las llaves del auto y el recibo por nuestros servicios.

“Sí, me pregunto lo mismo. Debí haberlo matado hace años”, dije. Giré para ver a Rubén, quien se acercaba a nosotros.

“Por cierto, Sergio, ¿sabes algo de Marcelo?”, le preguntó.

“Se casó hace unos meses. Ya no va a bares ni intenta conquistar chicas”, respondió Sergio. Sonrió con alegría y bajó la cara.

“Eso ya lo sabía. Lo que quiero es hablar con algunos de sus empleados. Quisiera iniciar algunas competencias en esta zona. ¿Sabes si esos jovencitos continúan en el negocio de las carreras nocturnas?”, le preguntó Rubén, y luego me vio.

Reí con fuerza.

“Creí que querías humillarme porque conocí a la agente y me gusta, e incluso supusiste que no me casaría jamás”.

Abrió sus ojos de par en par. “Qué equivocado estás. Solo quiero hablar de las carreras”.

Sergio dejó las llaves en su mano y me vio.

“Le pediré a uno de los chicos que venga a la tienda. Creo que muchos de los que iniciaron ese negocio continúan trabajando para él. Es posible que algunos ya no lo hagan, pero consultaré”.

“Perfecto”, dijo Rubén. Lo saludó de nuevo estrechando su mano. “Y no llames mucho la atención con eso”.

“Seré muy discreto”, dijo, y vio mi cara.

“¿Y Bruno? Creo que Máximo quiero hablar con él. Es para una tarea en las afueras de la ciudad. ¿Te gustaría...?”.

Alcé mi brazo para detenerlo.

“No me gustaría. Los asuntos de mierda de Bruno no me gustan. Tampoco quiero saber nada sobre el pendejo de Máximo Margiote. Eso solo me traería problemas. Ya es suficiente con los que tengo”.

“De acuerdo”, dijo. Asintió y estrechó mi mano.

“¿Cómo va el intento de tu jefe de asesinar a Leonel? Imagino que aún trabajar para él. Me preguntó qué pasó con tu integridad, amigo”.

El bar era de Leonel, y allí trabajaban Sergio y ‘El Colorado’, pero Sergio también trabajaba como sicario para Ricardo.

“Me adapté a las circunstancias. Y déjame decirte que son muy difíciles, amigo”, aseguró, peinando su cabello con su mano de nuevo.

“Pero mi lealtad será hacia Ricardo. Eso no cambiará nunca”, dijo, volteando para vernos.

“Es lo mismo que sucede contigo y Jeremías”.

“Bueno, eso cambiaría si la mafia viene por nosotros. Entonces mi lealtad sería hacia Rubén”, dije.

Luego estreché su mano. “Nos vemos, amigo”.

Me dio un abrazo fuerte y fugaz. Entonces se despidió.

“Nos vemos”, dijo también. “Si necesitas algo, no dudes en buscarme. Ahora te debo un favor”, dijo.

“¿Ya se fue?”, le pregunté a Rubén.

“Así es. ¿Cómo te sientes?”.

“Bien. Sabes que se comportan como Enrique. No quiero tener problema con la mafia de esa zona”.

“¿No te parece una locura? No olvides que Enrique quiere cagarnos la vida, y que tu familia ya le cagó la vida a los Castalgandolfo en La Ribera, y que ahora hacen lo mismo con los Margiote, aquí, frente a nosotros, en Río Claro”.

“Sí. Voy a mantenerme de bajo perfil. No quiero que mi apellido aparezca por ahí. Supongo que eso bastará para protegerme. Si mi primo Samuel quiere causar destrozos con su pandilla, no es mi problema. Ojalá todos puedan olvidar que son parte de mi familia, como yo ya estoy haciendo”.

“Lo sé. He pasado por lo mismo con mi familia”, dijo.

Sentía que todo estaba a punto de estallar.

Me concentré en la camioneta en la que había estado trabajando antes de la llegada de Sergio mientras una mezcla de confusión y miedo sacudía mi pecho.

Sabía que ese estallido sería terrible.

Ojalá que nadie cercano a mí, o incluso yo, resultara lastimado cuando eso sucediera.

## CAPÍTULO 12: JENIFER

No dejaba de pensar en el placer que había sentido. Salí de casa. Quería conversar con Sandra, mi mejor amiga. Era temprano y no tenía que trabajar. Era mi día de descanso.

Había estado pensando en David desde que había despertado. Eso me había perturbado, por lo que tuve que caminar afuera. Sus caricias, sus frases firmes y sus besos, seguían estremeciéndome. Y también perturbaba lo que me sucedería si mis jefes se enteraban de lo que había hecho.

David tenía un historial policial igual de extenso, o más, que el de su sobrino. Iba a leerlo, pero había estado muy ocupada.

¿O no quería leerlo porque prefería no saber nada sobre sus actividades?

Cuando oí mi celular, dejé de pensar. Estaba al frente de mi restaurante favorito. Vi la pantalla y me alegré.

“Me preguntaba si te gustaría tomar algo conmigo. Esperaba tu llamada. Quería hablar contigo”.

Aunque criaba a su hija sola, y el sueldo que recibía como empleada en la tintorería de su madre le servía solo para sobrevivir, nunca paraba de reír.

“Hola”, dijo. Su tono era el habitual: estaba lleno de alegría.

El optimismo era parte de su vida

“¿Qué desea tomar hoy?”, me preguntó la jovencita que me atendía.

“Hola, Sandra. Estoy pidiendo café. ¿Pido uno para ti?”.

“Pide un café con crema para mí y uno negro para Mauricio”.

Era el hermano mayor de Sandra. Él no me simpatizaba.

De hecho, me daba algo de miedo. A pesar de ello, lo soportaba porque mi amistad con Sandra me parecía muy importante.

“Mauricio...”, dije, con tono de molestia.

“Sí. Por favor trátalo con cariño al llegar”, me pidió.

El cielo estaba más nublado que de costumbre. Me sentí algo irritada de saber que los rayos solares no podían llegar a mi cuerpo.

“De acuerdo. En unos minutos llegaré”, dije, y terminé la llamada. Pedí los cafés, usé mi tarjeta para pagar y salí de la cafetería.

Había otra cosa que también estaba causándome algo de miedo. Saber lo que podía ocurrirme si se sabía lo que había pasado con David era un problema, pero no el único.

Franco Gómez, el hermano menor de Enrique, había estado en la tienda. David se había quedado a conversar con él después de mi salida, y yo no entendía por qué.

Me preguntaba si ya se conocían o solo quería pedirle que no hablara más con su sobrino.

Tenía una fuerte corazonada, pero me negué a pensar en ello.

¿Qué rayos había pasado con David antes de que nos conociéramos? Me moría de ganas por saberlo.

Sabía que tenía algo que ver con Enrique, aunque no sabía si era fuerte.

Deseaba que no tuviera mucho que ver con Enrique Gómez. De ese modo, seríamos

relativamente libres para comenzar algo, para tener una relación más profunda, y yo podría ilusionarme con la idea de que tuviéramos un futuro juntos.

Pero si realmente tenía una relación más estrecha con Enrique, tenía que renunciar a esa posibilidad.

Sabía que todos los que tenían que ver con él o el resto de su familia perdía su alma, si es que alguna vez la había tenido, y tendría que estar dispuesto a matar para ser aceptado en su pandilla.

Era habitual ver el panorama que observaba ese viernes a las doce del día. Muchos iban o volvían de su trabajo. Salvo, claro está Mauricio, o “mi pequeño Mauricio”, como le decía Sandra a su hermano.

Seguí pensando en esas posibilidades mientras me dirigía a la tintorería de la familia de Sandra. Aunque había pocos autos, los transeúntes eran numerosos.

Apagué mi auto al llegar al estacionamiento de la tienda.

Cuando bajé y quise tomar los cafés, Mauricio estaba en la entrada. Llevaba sus cabellos en trenzas, lo que me agitó un poco. La imagen de chico descuidado me producía ganas de vomitar.

“Te daré una mano con eso”, dijo.

“Jenifer, ¿sabes que ese atuendo deportivo no te favorece?”, me preguntó, y vi su expresión de malicia.

Entonces tomó la bandeja con las bebidas.

No quería pasar mucho tiempo con ese sujeto, que me parecía tan peligroso. “Te lo agradezco”, dije, alcanzando su hombro.

Decidí ignorar sus palabras y entrar en la tienda. Sabía que me iría pronto porque él estaba atendiendo clientes.

Ya me bastaba con el desorden que tenía como para sumar otro problema.

“¡Amiga!, ¡Qué gusto saber de ti después de tanto tiempo!”, dijo Sandra al verme. Me envolvió con sus brazos después de salir del depósito.

“¿Qué tal? ¿Ya te adaptaste a tu nueva división?”.

Me quejé. “No. De hecho, detesto ese lugar. Creo que en un tiempo renunciaré y me uniré a una oficina de detectives privados”.

“Espero que recuerdes que un solo ser humano no puede cambiar el mundo”, comentó.

“¿Sigues con esa idea absurda de hacer del planeta un lugar mejor?”, me preguntó Mauricio. Pasó a mi lado y dejó las bebidas en una mesa.

“Hermanito, déjala tranquila. Si es lo que quiere hacer, que lo haga”, dijo Sandra. Giró para ver a Mauricio, con expresión seria.

“¿Puedes traer los trajes del depósito? Ya están listos y vendrán a buscarlos en cualquier momento”.

“De acuerdo”, dijo, y asintió. Entró al fondo y no pude verlo más.

Él era muy distinto a ella. Solo quería ganar dinero, aunque eso implicara dañar la salud de los chicos de la ciudad.

“¿Sigue traficando cocaína?”, le pregunté a Sandra.

Había hecho varias redadas y Mauricio estuvo a punto de caer, pero lo evitó siempre. Esperaba que no arruinara la vida de mi mejor amiga.

“Ya no. Está trabajando aquí todo el tiempo”, dijo. Puso sus manos en la mesa y me mostró su acostumbrada expresión de alegría.

“Luces... distinta. ¿Cambiaste tu maquillaje? ¿Teñiste tu cabellera?”.

“No. Es solo que... me acosté con un hombre... o algo así”, dije en voz baja. Puse mis dedos en sus anillos y comencé a tocarlos mientras sonreía.

“Ese hombre no fue José”.

¿No fue él? ¿Me dirás de quién se trata?”.

Aunque esperaba que no estuviese involucrado en algún delito grave, seguía sintiendo que yo ya era parte de una red de criminales.

“Sí. Su nombre es Cristian”, dije, aunque me arrepentí de hacerlo. No debí contarle eso a Sandra.

Mauricio tenía unos trajes envueltos en sus manos. “Sé quién es”, dijo.

“¡Oye! ¡Te he dicho que no debes espiar!”, le gritó Sandra mientras lo ayudaba con los trajes.

“Es David Del Piero, ¿verdad?”, preguntó Mauricio.

Luego me vio fijamente.

“¿Qué sabes de él?”, pregunté. Suspiré mientras trataba de no mostrar lo que sentía.

Tomó su café y sacó los otros de la bandeja para nosotros. “¿Qué sabes *tú* de él?”, me preguntó Natalia, repitiendo mi frase.

“No mucho”, dije, y probé mi café mientras encogía mis hombros.

“Pero confesaste que tuvieron relaciones”, me dijo Sandra antes de tomar un sorbo de su bebida. “¿Cristian y David son...?”.

Suspiré profundamente. “Sandra, por favor”, le dije, abriendo mis ojos de par en par.

“Guao. Parece que David sigue acostándose con Martina Gómez y otra mujer. Esto se pone cada vez mejor”, dijo Mauricio en voz alta, y luego probó su bebida.

“¿Quién es esa Martina? No la conozco”. Su frase había despertado una emoción que no debería sentir. Me sentí confundida. Incluso molesta.

“Es la hermana menor de Enrique Gómez”, dijo.

“Además, es la chica con la que estuvo durante años”, dijo. Sopló su café para que se enfriara. Luego sonrió, y supuse que la afirmación que diría lo emocionaba.

“Me dijiste que ya no tenías que ver con esos sicarios”, dijo Sandra. “Es mucha información. ¿Cómo la conseguiste?”, le preguntó. Luego tocó su hombro.

“Cuando comenzaron a secuestrar y prostituir menores de edad, me salí. Fuiste la primera persona a la que se lo dije”, dijo. “Ya no sé nada de ellos”, dijo, con asombro. Retrocedió y la vio fijamente.

Estaba paralizada por la información que recibía. Entonces David era el novio de la hermana menor de Enrique... ¿Estuvieron juntos mucho tiempo?”, le pregunté a Sandra. Una avalancha de sensaciones sacudía mi cuerpo.

“No tengo idea. No sé nada de ninguno de esos sicarios”, dijo, con indiferencia, y luego vio su vaso.

“Estuvieron juntos casi diez años”, dijo Mauricio, poniéndose de pie.

“¡Basta! No eres parte de esta charla, Mauricio. ¡Carajo!”, dijo Sandra. Me pidió que nos moviéramos un poco para que su hermano no nos oyera.

“Ahora, háblame de la intimidad. Cuéntame todo”.

David había sido el novio de Martina, lo que significaba que estaba muy relacionado con Enrique. Y sabía lo que hacía. Sentí náuseas por lo que estaba pasando.

¿Estaba en lo correcto?

Mi celular sonó y dejé de preguntármelo. Era el capitán Barrios.

Sandra caminaba delante de mí. “Habla Márquez”, dije, llevando el celular a mi oído.

“Habla el capitán Barrios. Nos contactaron del juzgado de adolescentes hace unos minutos. La corte decidió negar la petición de libertad condicional del chico que buscaste. Por esa razón, debemos buscarlo y llevarlo a la comisaría. El juez ordenó sacarlo y llevarlo a un correccional.

Deberá estar allí por un plazo de seis meses. Luego el juez volverá a revisar su expediente”.

Sabía que podría tratarse de alguno de los jovencitos que habían violado su libertad condicional recientemente.

La lista era bastante larga.

“¿Me habla de Néstor Del Piero?”, le pregunté.

“El mismo. Soy consciente de que no trabajas hoy, pero supuse que querías buscarlo”

“¿Dónde lo ubicamos, capitán?”.

“Debería estar en su domicilio. ¿Irás por él o le pido a uno de los agentes que...?”.

“Iré yo. Saldré en unos minutos”, dije. Tomé aire mientras pensaba en David.

“De acuerdo. Oh, y ojalá puedas llevarlo. Sabemos que le gusta fugarse”.

“Agradezco sus deseos, jefe”, dije, y terminé la conversación. Junté mis manos para pedirle disculpas a Sandra.

“Lo siento, pero debo irme. Es algo urgente de la comisaría”.

“Vaya. ¿De verdad? Justo cuando ibas a contarme de la parte más rica”, dijo, y se quejó.

Su expresión me arrancó una sonrisa. “Lo sé. ¿Y Sebastián?”.

“Cada día crece más y más”, dijo. “Está perfecto”, dijo, y vi cómo su cara se encendía de alegría. Le encantaba hablar de su bebé.

“Lo sé”, dije.

“Quiero que hablemos otra vez. Me has hecho mucha falta, ¿sabes?”, preguntó. Tomó mi mano y la apretó suavemente.

“También te he extrañado. Antes de irme, me gustaría pedirte que hables con Mauricio. No quiero que le cuente a nadie que tuve algo con Cristian”.

“Lo haré, pero deberás prometerme que me contarás lo que no me dijiste hoy”, dijo, y guiño un ojo.

Abrí la puerta de mi auto y entré.

“Espero añadir otras cosas más atrevidas antes de que nos veamos. Creo que también deberías arriesgarte”, dije la bajar la ventana.

“No tienes que decírmelo. Siento que moriré soltera”.

¿Por qué no estaba al lado de un hombre agradable?

Solo había un motivo para ello. Quería mantenerse lejos del sexo masculino. No quería comenzar una relación.

“Puedes hacer que eso cambie pronto”, dije, y escuché su carcajada. Sandra era muy amistosa y gentil. Además, su belleza flotaba en el aire.

Llamé a David mientras una pregunta surgía en mi mente. ¿Cómo era posible que la vida nos reuniera otra vez?

“Soy Cristian”, dijo con brusquedad.

“Sí, te habla la agente Márquez, de la Policía de Río Claro”, dije, casi automáticamente, aunque luego me pregunté por qué lo hacía. Era estúpido hacerlo después de la sesión de sexo que habíamos tenido.

“Sí, Jenifer”.

“Dime si tu sobrino está en tu casa. El juez anuló su libertad condicional”.

“No está acá. Está pasando el día con su mamá. Vino a buscarlo, algo que no hacía desde... el siglo pasado, más o menos. Si vienes, podremos tomar algunos tragos y luego pasaríamos por él”.

“Sabes que no...”.

Mi mente comenzó a ahogarse entre miles de pensamientos. “¿No es tu día libre?”, preguntó, y la fuerza de sus palabras animó cada célula de mi cuerpo.



“Sí, lo es”, dije, quedándome sin aliento. Mi corazón se aceleró, anticipando su próxima pregunta.

“¿Cuál es el plazo para llevar a...?”.

“Tengo hasta mañana”, confesé, cerrando mis ojos y bajando mi cara.

“Perfecto. Puedes llegar a mi casa. Pasaremos el resto del día juntos. Mañana temprano iremos por él. Tienes mi palabra. Quiero que duerma esta noche con su mamá. Hace muchos años que no comparten un rato”.

“Escríbeme la dirección para no extraviarme”, dije.

Asentí, aunque sabía que no podía verme.

“De acuerdo. Compra unos condones, por favor”.

Su frase me impresionó. “¿Cómo...?”.

“Sabes de lo que hablo. Pasa por la farmacia, por favor”, dijo, y rió. “Nos vemos más tarde, nena”.

Había dejado de ser quién era en poco tiempo, y ahora mi vida tomaba un rumbo totalmente diferente. Lo pensé cuando terminó la charla y colgó.

Estaba pasmada. Iba al ojo del huracán. Contaba con mi arma... y una caja de condones. No entendía qué rayos me sucedía.

Había sido el novio de Martina, pero tampoco sabía qué más había sido. Apenas sabía algunas cosas sobre David, pero no sabía qué tipo de relación tenía con Enrique.

Mis emociones estaban tomando el mando. Creí que tenía que parar, dejar todo como estaba y no ir, pero no lo hice.

Estaba enamorándome de David.

Un hombre que seguramente había violado la ley muchas veces. Estaba empezando a sentir amor real por él.

Era absurdo, pero estaba ocurriendo. Él no se parecía a mí en nada, pero el amor empezaba a florecer.

Ese deseo de volver a estar con él, esa ilusión de amar, aunque estuviera manchada por el pasado de David, me convencía de seguir. Ya mi vida había cambiado. Y yo quería que se produjeran más y más cambios...

## CAPÍTULO 13: CRISTIAN

“Es Néstor. Ahora sí se jodió. El juez anuló su libertad condicional. Lo enviarán a un correccional”, dije. “Mierda”, susurré. Rubén estaba cerca de mí y lo vi fijamente.

“Estupendo”, dijo.

“A ese pendejo le hace falta una temporada en un sitio como ese. Va a aprender mucho allí. Está comportándose como su papá. Y creo que has cometido el error de asumir la culpa por la actitud de ambos”, dijo con fuerza mientras caminaba hacia mí, con seriedad.

Solo a él le permitía hablarme de ese modo sin que yo le clavara un par de buenos puñetazos.

“Será mejor que cuides tus palabras”, le dije en voz baja mientras llamaba a Néstor.

“Habla”, dijo, con tono molesto.

“Esta noche voy a estar con la agente, pero mañana temprano iremos por ti. Debes estar listo”, dije.

“Busca ropa cómoda y zapatos para correr. Se acabó tu cuento de hadas”, continué, y exhalé.

“Guao. ¿Dices que me darías estas horas con mi madre?”, dijo, con un tono más tranquilo.

Era viernes, y muchos salían de su trabajo y querían tomar algunas copas. “Es lo que estoy haciendo”, dije.

Salí del bar mientras todos me veían con curiosidad. No quise mirarlos. Sabía que había mucha gente allí.

“De acuerdo. Te lo agradezco”, dijo, y colgó.

Cuando llegué al estacionamiento, Jenifer estaba llegando.

Me fijé en su antiguo auto verde y me sentí contento. Me pregunté si realmente le haría el amor y ayudaría a mi sobrino. La respuesta era sí. Lo haría.

Podríamos tener buen sexo. Pero debíamos mantenerlo hasta allí.

No me parecía que pudiéramos tener una relación más seria. A fin de cuentas, yo nunca había tenido éxito en ese asunto, si bien una voz en mi mente me decía que con ella debería darme una oportunidad.

“Buenas tardes”, dije, mostrándole una amplia sonrisa a medida que caminaba hacia su auto.

Las uñas de sus manos estaban perfectamente pintadas de un marrón bastante suave. Me fijé en su ropa y también me pareció que lucía muy linda.

Llevaba un vestido sencillo color crema. Recorrí su cuerpo hasta llegar a sus zapatos. Un par de zapatos bajos hacía juego con su atuendo.

“Buenas tardes para ti también”, dijo. Luego sonrió y se fijó en el movimiento de mi cara.

“¿Te das cuenta de que me quedaré sin empleo por tu culpa?”

“Eso es lo que menos me atemoriza”, dije, subiendo mi brazo para tocar sus mejillas. Luego rocé su boca con mi pulgar.

“Lo que temo es que pierdas esa dulzura, esa pureza, que dejes de ser inocente”.

Esperaba la noche para encender una fogata y quedarme frente a ella con Jenifer.

Esperaba que nuestros cuerpos se calentaran de nuevo, y también nuestras almas. Que se unieran en una sola y nuestro encuentro fuese más profundo que el anterior.

“No soy inocente hace años”, y apartó mi mano de su cara.

Sabía que su movimiento estaba impidiendo que volviéramos a hacer lo que ambos queríamos. Sentí que mi pecho se abrumaba. ¿Por qué lo sentía? No lo sabía.

“Pensé que aún lo eras. Acompáñame. Tomaremos algo”, le propuse. Sonreí mientras veía sus ojos.

“A tus compañeros seguramente no les gustará que andes conmigo. Soy policía, ¿recuerdas?”, me preguntó, poniéndose a mi lado.

Suspiré mientras avanzaba. Sus dedos rozaron muy ligeramente mi pene maliciosamente.

“Me sabe a rábano lo que digan. Dirijo mi pandilla y todos saben que no tengo miedo a nadie y soy capaz de hacer lo que sea. Lo que sea. Y si alguno quiere decir algo, sabe que debe solicitarme permiso antes”, dije con seriedad.

Puse la mano en su hombro y nos dirigimos a la barra, con las miradas de la gente sobre su cara. Su cabellera larga y suave rozaba las palmas de mis manos.

Sonrió mientras entramos al bar. Todo el mundo, sin excepción, me vio. Y también a ella. Se fijaban en su cabello.

¿O era en su sonrisa? Carajo. Sabía que se trataba de ella.

De todo lo que tenía que ver con ella.

“Espero que esta noche no me hagas perder la cabeza”, dije. Subí mi mano y llegué a su cuello. Nos sentamos cerca de la barra.

“¿Lo harías si dormimos juntos?”, me preguntó, con una gran sonrisa.

“Quiero saber dónde encontraremos a Néstor”.

“Hablamos con mucha calma temprano. Está en mi casa. No saldrá de ahí. Está bajo el cuidado de mi hermana”.

“¿Los tres o solo Néstor y tú?”, me preguntó. Luego vio a un camarero que llegaba al frente.

“Quiero una cerveza”.

“Seguro. ¿Eres Cristian?”, dijo el sujeto al verme.

“El mismo. También quiero una cerveza”, dije, girando de nuevo para concentrarme en la cara de Jenifer.

“Solo Néstor y yo. Como sabes, es un chiquillo. Es inmaduro y le ha tocado vivir una juventud muy complicada”.

“Podremos conversar temprano. Quizás pueda convencerlo de portarse mejor”, dije. Noté que su cara se calmaba.

“Si lo haces, estaré eternamente agradecido”, dije, viendo su cuerpo una vez más.

Sentí que mi pecho se llenaba de miles de palpitaciones. Y bajo mis pantalones ya tenía una gran erección.

“Luces muy linda”.

Tomó la cerveza que le ofrecía el camarero y sonrió.

“Supongo que quieres decir que me veo... moderna”, respondió, llevando sus cabellos atrás.

“Eres una mujer muy moderna. De hecho, eres más moderna y linda que muchas chicas que he conocido”, dije.

Puse mis manos en su cintura y lentamente los bajé para llegar a sus nalgas. Cuando llegué allí la azoté con mucha suavidad. Usé mi otra mano para alcanzar mi bebida.

Cuando volví a verla, humedecí mis labios.

“Puede decir los cumplidos que quiera, pero no logrará nada, señor Del Piero”, dijo, invitándome con su mano a tomar asiento en las sillas de una mesa cercana.

Rubén notó nuestra llegada y nos vio con una gran sonrisa en sus labios.

“Hola, ¿eres Jenifer?”, preguntó mientras se levantaba.

La saludó con su mano. “Mis amigos me dicen Rubén”.

“Un gusto, Rubén”, dijo Jenifer, tomando su mano.

Luego tomó asiento.

“Imagino que no van a revisarme para saber si estoy armada. Antes de que lo hagan, déjenme decirles que mi pistola está en mi pierna izquierda”.

“Ninguno va a poner sus manos sobre tu cuerpo”, dije.

Tomé asiento en la silla a su lado. Abrí mis piernas y me fijé en su cara. No quería distraerme ni un segundo.

“Eso suena atrevido”, dijo Rubén, y luego sonrió.

“Oye, te recuerdo que debes cuidar tu vocabulario”, le dije, viéndolo con un semblante serio.

“Lo sé, lo sé”, dijo, y se levantó.

“De todos modos me voy. Espero que la pasen muy bien. Recuerda que voy a verme con Marcelo más tarde. Cuando termine, te daré los detalles”.

Rubén salió y Jenifer me vio con curiosidad. “¿Es parte de tu grupo de motorizados?”.

“Así es, pero no preguntes nada más. Te lastimarán si me involucro excesivamente contigo. De todas maneras, mi vida es bastante aburrida, así que no tengo mucho que contar”, dije.

Con mis dedos peiné sus cabellos y me acerqué para besarla. “¿A qué viniste?”, le pregunté, y luego moví mi cara un poco más para unir mis labios a los suyos.

Ante sus gemidos supe lo que sentía: estaba tan ansiosa como yo por tenerme. Entonces enrollé rápidamente su lengua y mi boca se llenó con la dulzura de su sabor.

Sentí también las burbujas del trago de la cerveza que había tomado. Gruñí e incliné mi cuerpo. Quería estar más cerca de su piel.

Con sus caderas presionó mi pene, más erecto, y mi mano sobre su cintura la movió hacia mi cara. Quería que su lengua jugara más con la mía.

“¿Qué rayos intentas hacer?”, dijo, sacando su lengua de mi boca.

“Es la misma pregunta que quiero hacerte”, dije, retomando el aliento y separándome de ella.

“Esto sí me impresiona. ¿Cómo es que estás acompañado de una mujer tan linda?”, me preguntó Bruno mientras caminaba hacia nosotros.

Apoyó sus brazos en nuestra mesa y la vio.

“Este caballero no sabe bailar. Si es lo que quiere, soy el hombre ideal”.

“¿En serio?”, preguntó ella. Jenifer rió tan alegremente que me emocioné.

“Oh, no habla en serio. Y será mejor que no hables más”, le dije, viéndolo.

“Si no te vas, perderás los dos pies o ambas piernas, y no podrás volver a bailar nunca”, continué, con mi mirada fija en su cara.

“De acuerdo. Solo quería saludar”, dijo. Dio unos pasos atrás mientras subía sus brazos.

“Ya lo hiciste. Vete”, dije, y me fijé en Jenifer.

“Sé que iba a ser difícil que vinieras, pero de todos modos te invité porque tenía muchas ganas de volver a verte”.

Ya deseaba llevar mi pene otra vez a su garganta.

Quería que tomara todo mi órgano y se atreviera a hacer cosas que nunca había hecho en la cama. Para complacerme.

“¿Por qué no vamos a tu casa otra vez?”, preguntó, y tragó más alcohol. Su cara se movió atrás, y mi pecho se hundió en un mar de pulsaciones.

“Preferiría que siguiéramos acá”, dije, llevando mis dedos a su cintura otra vez. Sentí la rigidez de sus músculos mientras la tocaba.

“Así podrías hablarme de tu vida, Jenifer Ariana”.

Aunque era precisamente lo que tenía que evitar, le pedí que lo hiciera.

Así como también quería evitar las emociones, que ya sentía, al saber que nos veríamos o compartíamos un trago. ¿Por qué le pregunté? Al saber su historia, me sentiría más conectado a ella. Tal vez era lo que deseaba en el fondo.

Me sentía alegre con su cercanía, si bien sabía que se trataba solo de proximidad física, no emocional. A fin de cuentas, no teníamos nada.

“Tienes que decirme qué quieres saber”, dijo, volteando su cara para verme. Sus piernas se movieron para acercarse un poco.

“Quiero que me cuentes toda la historia”.

Qué te llevó a unirme a la Policía, cómo comenzaste allí, por qué estás en esa división si no te gusta. Además, quiero saber si alguien te lastimó, y quién es el culpable de tu timidez en el sexo”.

“Es mucha información, Cristian. Además, cuando estuvimos juntos, no fui tan tímida”, dijo.

Mi última frase la había alterado un poco. Tomó distancia y giró sus piernas otra vez.

Sabía que podría estar en problemas si le preguntaba más cosas, pero yo esperaba saber más de ella, aunque eso me llevara por un camino peligroso.

“Lo sé. Otra pregunta. ¿De dónde conoces a Enrique Gómez? ¿Qué sabes de él? Puedes llamarme David”, dije, sintiéndome tenso de inmediato. Me obligué a hacer silencio.

“Me uní a la Policía para no entrar sola en clubes con mala reputación y depósitos de jóvenes convertidas en esclavas sexuales. Quería ser policía para ayudar a esas chicas a escapar de ese infierno”, contestó.

Sonrió y tomó todo lo que quedaba de su cerveza. Me quedé impresionado por su acción.

Obviamente sabía de Enrique. Me di cuenta de que mi dolor se convertía en asco. El asco que me producía ese pendejo.

“¿Crees que lo lograste? ¿Hiciste lo que te propusiste?”, pregunté, sintiendo cómo mi pecho se compungía.

Esperaba que no Enrique la hubiera lastimado.

“No del todo. Mi hermana menor cayó en su red. Quise rescatarla, pero no pude. Murió antes de que llegáramos al lugar en el que estaba”, dijo. Puso la botella frente a sus manos y exhaló profundamente.

“El que la metió en ese mundo... fue Enrique Gómez”.

“¿Él te lastimó? ¿Enrique te hizo daño? ¿O alguien más lo hizo?”, pregunté. Asentí y apreté mis puños.

“¿Cómo dices? Claro que no”, dijo, llevando su cuerpo atrás y frunciendo su ceño.

“Apenas he visto su cara una vez. Y ojalá no tuviera que volver a verlo”.

Esperaba controlarme. Sabía que Jenifer tendría que mantenerse al margen para no sufrir más.

“¿Dónde lo viste?”, le pregunté, notando que mis nudillos se inflamaban de dolor.

“En el bar, era... Las Perlas de la Noche Club. Ocurrió hace unas dos, tres semanas. Quería atraparlo”.

“¿De verdad?”, le pregunté, asombrado. Luego probé mi cerveza.

“Me impresionas. Tienes mucho valor. Enrique no tiene alma. Sé que no tiene escrúpulos y disparará si lo considera necesario”.

“¿Sabes quién es?”.

“Debo aconsejarte que no lo busques más. Está detrás de ti y debes cuidarte”, dije.

“Sé muy bien quién es ese sujeto. Créeme lo que te digo: debes alejarte”, aseguré, y bebí lo que quedaba de mi cerveza. Luego la vi fijamente.

“¿Crees que lo temo? Te equivocas”, afirmó, tensando sus músculos.

“Imagino que tu hermana menor tampoco le temía, hasta que le hizo daño”, dije. Escuché un compás y me levanté. Luego estiré mi brazo.

“¿Bailarías esta canción conmigo?”.

Se puso de pie y alcanzó los dedos de mis manos con los suyos.

“Pensé que no eras bueno para el baile, por lo que dijo tu amigo”, dijo, con tono de sorpresa.

“De hecho, no lo soy, pero esta canción es mi favorita”, dije.

Fuimos al centro del bar. Allí ya bailaban algunas parejas.

“Aún no sé quién te hizo daño”.

Tenía la intención de palpar sus músculos, saborear su piel, escuchar de nuevo sus intensos alaridos, percibir su deseo una vez más mientras la hacía mía.

Decidí arrastrar su cuerpo hacia el mío. Mis manos llegaron a su cintura y luego alcanzaron su trasero. Entonces las subí a sus hombros.

“José”, dijo, bajando su cara. Luego dejó su nariz sobre mi hombro. “Estábamos casados. Pensé que estaríamos juntos hasta la muerte, pero no fue así”.

Quería saber sobre el sujeto. “¿Cuándo lo conociste?”, le pregunté. Bajé mi cara para invitarla a verme.

Paseó por el lugar con su cara, y creí que en cualquier momento huiría rápidamente.

“En la secundaria. Fue el primer hombre de mi vida. De hecho, ha sido el único hasta ahora”, admitió, con tristeza.

Sabía que irse era la mejor decisión que podía tomar, pero siguió conmigo. Me hubiera alegrado que lo hiciera, pero se mantuvo a mi lado.

“Como bien dices, hasta ahora”, respondí, con una gran sonrisa. Besé suavemente su boca y luego comenzamos a bailar.

“¿Dónde te gustaría pasar esta noche?”.

“No tengo idea”, dijo. Sus pasos torpes me indicaban que intentaba seguir mis movimientos.

“Supongo que este lugar tiene una habitación”.

Abrí la puerta para salir, pero al girar, noté que Jenifer no se movía. “Así es”, dije.

“Es un lugar muy silencioso y relajado. Sé que va a gustarte”, dije.

“David, creo que no...”.

“Pasa. Espero que hayas traído varios condones. Quiero que cuando te vayas de este bar no puedas caminar”, dije.

Sonreí por su temor.

“¿Me dices que haremos el amor por primera vez en el almacén de un bar?”, me preguntó, con genuina curiosidad.

La pureza en su cara me recordó lo inocente que era.

Ese aspecto de su personalidad me encantaba.

“Exacto”, dije. Entonces la tomé de la mano para llevarla adentro.

Cerré la puerta y quedamos en silencio.

Comencé a quitarme mis vaqueros.

Luego puse su cuerpo cerca de la pared, levanté su falda y dejé caer su ropa interior. Lo hice en pocos segundos para que no se arrepintiera. Movié su pecho y pude oír sus jadeos.

“Pero podría venir un...”.

“Cállate. No quiero oír ni una sola palabra”, dije.

Tomé mi pene y acerqué mi glande desde la parte más alta de su vagina hasta llegar a su entrada. Estaba muy cerrada. Puse mi órgano frente a ella.

“Mierda. Esto tardará un poco, nena. Necesito que te relajes y te dejes llevar”.

Sentí su intenso calor de inmediato.

“Solo espero que no me lastimes”, dijo en voz baja, moviendo su cuerpo hacia mí. Entonces pude llevar unos centímetros de mi pene a su interior.

Incliné mi cara para besar su lóbulo y despertar aún más el deseo en su cuerpo. “Eso jamás pasará, cariño”, dije sobre su oreja.

Decidí que entraría en ella, con calma, para satisfacerla de la forma correcta. Con mucha calma.

Percibí sus jadeos y sentí la necesidad de moverla para cogerla con brusquedad, saciar su sed, sentir todo su cuerpo.

No obstante, la forma en la que apretaba mis caderas, el aroma de su cuello, los movimientos que hacía para presionar mi pene a medida que yo apretaba sus pezones, su vagina empapada... me hicieron sentir que no podía hacerlo de ese modo.

Jenifer tenía que recibir algo mejor.

Lo merecía. Entonces bajé el ritmo. No quería tener sexo.

Quería hacerle el amor.

## CAPÍTULO 14: JENIFER

Me sorprendía saber que de verdad estaba en el depósito de un bar, con él tocándome. Y me sorprendía aún más saber que... haríamos el amor.

“No te detengas”, le dije, con mi mente nublada. No sabía qué carajo estaba haciendo. Nada de lo que hacía se parecía a lo que había hecho durante toda mi vida.

Mi cuerpo se tensó a medida que sus manos tocaban mis labios vaginales mientras su pene entraba lentamente en mi vagina. Solo así podía entrar en mis profundidades por el tamaño de su órgano. De hecho, me pareció que era terriblemente grande y no lo soportaría.

No paraba de gritar y me aferraba a su cintura. “Ayúdame, nena. Ayúdame con la mano”, pidió, mientras chupaba mi cuello.

En ese momento me importaba una mierda lo que pensarán los demás. Estaba liberando el deseo que había reprimido. Quería disfrutar todo, carajo. ¿Por qué estaba con él? ¿Era lo correcto? No lo sabía. Y no quería saberlo.

Esperaba que mis pies soportaran mi peso. “Mueve mi cuerpo”, le pedí en voz baja.

“¿Cómo te sientes, nena?”, preguntó. Reclinó su espalda para girar mi cuerpo. Puse mis dedos en su abdomen, al tiempo que se aferraba a mí.

“Estupendo. Ahora, no pares”, le pedí de nuevo. Puse mis dedos en la parte trasera de su sien y me puse de puntillas. “Quiero que me levantes”.

“Primero necesitaremos un condón”, dijo. Puso sus manos en mis muslos para tomar uno del pequeño bolsillo que tenía en mi media alta. Levantó su cara y vi su sonrisa. “Qué sexy”.

“No sé por qué los puse ahí. Nunca hago eso”.

“Nena, nunca pudiste hacerlo, pero siempre quisiste. Esa antigua versión de ti no era real”, dijo, y subió mi cuerpo.

“Ahora quiero que recibas mi pene, ¿de acuerdo?”.

“De acuerdo, pero no pares. Por nada”, dije. Asentí y luego jadeé.

“Cuenta con eso”, dijo, y mi espalda tocó la pared. David presionó mis nalgas con fuerza. El resto de su pene se insertaba en mis entrañas. Estaba llenándome.

“No quiero salir de ti”.

“Es muy grande. No lo soporto”, exclamé.

“¡Mierda!”, dije, afincando mis dedos. Sentía placer, pero también un fuerte dolor con su penetración.

Bajó su cara y lamió mis pezones, erguidos en la tela de mi vestido. Los lamió y dejó su lengua sobre ellos y usó sus manos para subirme y llevarme al borde del placer.

“Claro que sí. Si podrás”, dijo.

“Oh...quiero más”, dije, arañando la parte trasera de sus hombros.

Separó mis muslos para que pudiera recibir su pene con comodidad.

El movimiento aceleró mis latidos, por lo que comencé a jadear. Su rudeza me hacía sentir deseada, satisfecha, aturdida. Subió la cara. Vi la mezcla de lujuria y sorpresa.

“¿Quieres que te coja... así?”, preguntó, golpeando con su pene intensamente mi interior.



“Así. Hazlo de nuevo”, dije. Asentí mientras seguía jadeando.

Y lo hizo. Me penetró una y otra vez. Apenas podía respirar por el éxtasis que sentía.

Me vine en tres ocasiones con sus fuertes penetraciones. Luego sentí el roce de sus labios en mis mejillas y las caricias de sus manos en mis nalgas. Finalmente estaba bajando el ritmo.

“Ahora me toca a mí”, dijo, y hundió su boca en mi hombro. “Presiona mi cuerpo, Jenifer Ariana”.

Sus piernas se tambalearon a medida que su pene entraba y salía, hasta quedar dentro de mí por un rato mientras David abría su boca ampliamente y cerraba sus ojos. Respiré como pude y lo abracé con todas mis fuerzas. No tuve que esforzarme mucho: su cuerpo comenzó a relajarse y su aliento salió con mayor lentitud.

Se notaba que esperaba otra cosa. Algún elemento adicional que lo hiciera disfrutar aún más...

“Este abrazo, este calor que siento...”, le dije, y acerqué su oído con mis labios. Escuché sus gemidos mientras intentaba prolongar su placer.

“Es tan intenso, tan agradable. ¿Crees que, si llegara a necesitar tu protección, me resguardarías, David?”.

“Oh, cariño, por supuesto que sí”, dijo. Jadeó mientras llevaba su cuerpo atrás. Luego avanzó un poco para chocar su nariz con la mía. “Y espero que me perdones”.

“Acércate. Quiero que me penetres”, dijo. Luego tuve una duda. ¿Por qué pedía perdón? No lo sabía, pero asentí igualmente. No me parecía importante. Lo único que quería era que se sintiera mejor.

“Carajo”, dijo, y besó mi boca. Estaba viniéndose. Sentí su aliento en mis labios. Me empujaba con su pene, con fuerza. Lo hizo en varias ocasiones mientras sus manos se aferraban a mí.

Sujeté sus hombros con todos mis dedos. Sentí un fuerte dolor, pero decidí ignorarlo.

“Mierda”, dijo, y luego buscó dónde sentarse. Al hacerlo, tuve que sentarme sobre él me vi forzada a sentarme sobre su pene. Su tronco vibraba en mis profundidades.

“Debiste pedirme que fuésemos a tu casa. Dormiríamos tranquilamente en mi cama”.

Peiné su cabellera y luego toqué su mejilla. Después besé su boca en varias ocasiones, con suma calma. “No suelo dormir con hombres después de lo que pasó con José”.

Fruunció su ceño. “No tienes que mentirme”.

“Es verdad. Al estar sola, me duermo rápidamente”, dije, y sonreí. Toqué su pecho y besé su boca de nuevo. Luego me puse de pie y suspiré. “Supongo que le dijiste a Néstor que huyera”.

“Así es”, dijo, levantándose. Entonces retiró el látex de su pene. “Es lo que haría con cualquier miembro de mi familia, Jenifer”.

David no dejaba de verme. Y yo tampoco dejaba de verlo. “¿Y qué crees que haga?”, le pregunté. Tomé mi ropa interior y me la puse.

Dio un paso hacia mí. Ya tenía toda su ropa, pero su pene estaba afuera. “¿Honestamente no tengo idea? Pero espero que se dé cuenta de que debe tomar las riendas de su vida, porque ya no tendrá más oportunidades”, dijo.

“Espero que no huya. Así podré luchar por él”, dije. Caminé para tomar su órgano. Lo introduje en sus vaqueros, subí su cremallera y abroché su cinturón.

La expresión que me mostró hizo que mi corazón se derritiera. Era la expresión que quería ver en el rostro de un hombre desde que empecé a sentir deseo sexual.

“Vaya. Creí que te molestarías”, dijo, tocando mis mejillas.

“Para nada. Comprendo perfectamente tu decisión. De hecho, yo también habría actuado así

por mi hermana menor”.

“Quiero saber algo”, dijo. “¿Cuál era su nombre?”, me preguntó, tocando mis mejillas con ambas manos.

Luego besó mi boca con calma.

“Debo... salir de aquí”, respondí. “No quiero hablar de ese tema. Sus recuerdos me llenan de tristeza. No me hagas hablar de ella, por lo que más quieras”, le pedí, y comencé a llorar. No entendía cómo era posible que abriera esa herida tan terrible de mi alma, aunque sabía que no lo hacía para herirme.

“Acompáñame. Podremos ir a casa y comprobar que Nelson no está cagándola otra vez. Hagamos lo que tenemos que hacer, esta misma noche, nena”.

Aunque estaba negándome a estar con él por mis pensamientos más racionales, me parecía que el espacio entre nosotros se achicaba, y debía acercarme a él y no desprenderme de su cuerpo nunca.

“De acuerdo. Iré, pero no nos quedaremos juntos”, dije, y abandoné el almacén. Ya sentía un deseo aún mayor de estar con David.

“No entiendo por qué no lo harías”, dijo, y caminó delante de mí para abrir la puerta para que saliéramos. Entonces pudimos regresar al bar.

Tomé aire para girar y ver su cara. Su musculatura perfecta y su boca aún humedecida por el choque de sus labios con los míos me restaron valor, pero abrí la boca para explicarle.

“Estar juntos es muy peligroso, así que sí lo entiendes”.

“¿Y?”, preguntó, entrelazando sus dedos con los míos.

Luego sonrió. “Ven. Podemos ir en mi motocicleta”.

“Eso no va a pasar. Iré en mi auto”.

“De acuerdo, pero manejaré yo. Puedo dejar mi moto aquí. Hay otras en el garaje de mi casa. Sé que acá no le pasará nada”, dijo, y se ubicó cerca del auto. “Las llaves del auto, por favor”.

“¿Por qué te las daría? Puedo manejar. Estoy sobrio, por si lo olvidaste”.

Busqué la llave en mi pierna y la arrojé en sus manos. “Basta de charla, Jenifer. Luces muy asustada. No tienes que discutir. Solo mírate”, dijo, mostrándome una gran sonrisa.

“Mírate tú también. Se nota que estás muy nervioso”.

“Claro que lo estoy. Y también estoy muy emocionado”, aseguró, mientras abría la puerta del bar. Un fuerte viento agitó mis cabellos.

“Tu cuerpo pudo recibir todo mi pene. Eso me emociona muchísimo”.

Sabía que su personalidad seguramente se había moldeado entre delitos y criminales. Su seguridad y osadía me encantaban, pero entendía el origen de estas. Deseaba actuar de la misma manera que él, pero no podía.

Aunque no quería bajar la temperatura sexual del aire entre nosotros, necesitaba saber si tenía algo que ver con el bastardo de Enrique.

“Quisiera hacerte una pregunta”, dije, mientras mis músculos se tensaban. Supuse que no la respondería, pero esperaba que lo hiciera.

“De acuerdo”, dijo, dejando mi mano a un costado. Luego asintió y me vio. “¿Por qué no entras y me la haces?”.

“Ya te conté la manera en la que supe de Enrique Gómez. ¿Me dirías cómo lo conociste tú?”, le pregunté, acatando su sugerencia. Me puse el cinturón de seguridad y lo vi fijamente.

Creí que me diría una mentira, que no querría darme mucha información, pero increíblemente, empezó a decir la verdad.

Arrancó velozmente, derrapando con las primeras aceleraciones. “Era mi cuñado. Fui novio

de su hermana menor en la secundaria”, confesó.

“Construyeron este auto el siglo pasado. Maneja con precaución”.

“Pero está perfecto”, dijo, y asintió. Luego giró su cara y reclinó su espalda.

“Con esa chica supe lo que era besar, tener relaciones sexuales y muchas cosas más. Fue la primera mujer de mi vida. Estaba ilusionado con la idea de vivir con ella el resto de mi vida, pero eso no resultó como esperaba”.

“En cuanto a Enrique, ¿tienes algo...?”.

“Espero que olvides ese tema”, dijo.

“No tengo nada que ver. Y no me gusta hablar de ese pendejo. Ya no forma parte de mi vida”. Frunció su ceño y su cara se llenó de molestia.

Aunque quería hacer más preguntas, no me atreví a hacerlo. Otras pasaban por mi mente.

¿Olvidar lo que había pasado con Enrique? ¿Podría hacerlo?

Solo con pensar que David había buscado chicas para venderlas como esclavas me hacía sentir ganas de vomitar. Sabía que no podría olvidarlo, pero no quise decir nada más.

“Néstor podría haber llegado ya. Espero que colabores con él para que pueda tener otra oportunidad”, dije.

Cuando llegamos a su casa, habían transcurrido unos veinte minutos. Entonces apagó mi auto y me vio fijamente con expresión de seriedad.

“Está bien. Tienes mi palabra”, dije. Asentí y sonreí.

“De acuerdo. Entremos entonces. Ojalá haya puesto en práctica lo que lo dije”. Cuando bajamos del auto, noté que estaba temblando del miedo por lo que pudiera pasar con su sobrino.

Seguramente David no le había dicho que pasaría la noche en casa. Era obvio que no quería que su sobrino fuese a un correccional, tal como sucedía con Néstor.

Lo entendí, porque yo habría sentido lo mismo. Llegó sigilosamente a la entrada para abrir la puerta y dejé de pensar.

Pasamos lentamente. Supuse que Néstor no estaría allí, pero no me sentí tan valiente como para decírselo.

“No ha apagado las luces de su habitación”, dijo David, y se dirigió a la habitación con rapidez.

Solo era una agente de policía que se dejaba llevar por sus deseos y caprichos, convencida de que tenía que estar con un delincuente que ya me había hechizado y con el que quería hacer el amor todo el tiempo. Por eso decidí quedarme cerca de la cocina. Ellos tenían que hablar.

Como no era parte de la familia ni alguien tan cercano, no era razonable estar con ellos.

Ahora me preguntaba cómo actuarían José y sus abogados en una situación como esta.

La charla que sostenía Néstor con David se oía en la sala de estar. Tomé asiento y suspiré.

“Llegó hace una hora. Y va a quedarse. Es consciente de sus errores”, dijo. Giré mi cara y noté que David me veía desde la habitación.

“De acuerdo. Mañana llamaré a mi jefe. Ojalá podamos encontrar una manera de ayudar a tu sobrino”, respondí. Me sentía contenta.

“Pasemos la noche juntos”, me pidió. Entonces cerró la puerta y avanzó hacia la sala de estar.

“Sabes que eso no es posible”, dije, y me levanté del sofá. Estiré mi brazo y vi su cara. “Ahora, por favor, dame las llaves del auto”.

“Jenifer, por favor. Sabes la hora que es. Y también sabes cuánto deseas pasar la noche conmigo”.

“Exacto. Esos dos motivos son suficientes para marcharme”, dije. Puso su llave en su mano y la tomé de inmediato.

“Mañana te llamaré para contarte lo que dijo el capitán”.

“De acuerdo. Jenifer, una última cosa. Cuídate mucho. Si hay alguien que puede asesinar a otra persona fácilmente, es Enrique”, dijo. Luego hizo silencio y asintió.

Salimos y abrió la puerta principal. Cuando llegamos a la entrada del auto, se detuvo.

“Lo sé”, dije, y crucé mis brazos sobre mi pecho. “La pregunta es cómo lo sabes tú”.

Entonces giró y llegó de nuevo a la entrada de su casa. “Feliz noche, nena”, dijo, ignorando mis palabras.

Había tenido un sexo tan salvaje y delicioso con él que ansiaba tenerlo otra vez a mi lado, pero era consciente de lo que eso implicaba. “Vaya”, dije, encendiendo la máquina. ¿Cómo había podido acostarme con David? Ya estaba arrepintiéndome de hacerlo.

Además, me parecía absurdo que yo me abriera y él no hiciera lo mismo. David ya estaba preguntando por mi vida. Quería saber sobre el dolor que había vivido y lo que había pasado con José. Sin embargo, se negaba a hablar de *su* propia vida.

Mi mente se emocionó con el recuerdo de sus palabras. Había asegurado que me respaldaría si era necesario.

El hecho de que yo fuese policía ya no le importaba. Y a mí tampoco. No había podido acabar con Enrique, y eso me había destrozado. De hecho, sentía que ya no tenía sentido ser una policía. Sentía que ya había dejado de serlo.

Una camioneta amplia llegó muy cerca de mí. Sus luces inmensas se reflejaron en los espejos retrovisores de mi vehículo. Me sentí nerviosa de inmediato.

“A un lado, idiota”, dije. Desaceleré y esperé que avanzara o diera marcha atrás.

Pero la gran camioneta impactó la parte trasera de mi auto. Entonces me sobresalté. Aceleré hasta el fondo, pero la camioneta hizo lo mismo, por lo que en pocos segundos estuvo cerca de mí nuevamente.

Tomé mi pistola, aguardando que el conductor imprudente se pusiera al lado de mi camioneta, pero en lugar de hacerlo, se fue.

Me di cuenta minutos después, cuando reaccioné, que estaba chocando con una acerca, pasando luego cerca de un túnel cercano y llegando a la orilla del río. Grité y grité sin parar. Estaba llegando al borde de tierra de la vía.

El golpe que le había dado el malnacido a mi auto me había hecho girar y perder el control.

Apreté mis dientes y vi cómo el agua inundaba mi auto.

Pensé en mi hermana, en su sonrisa y sus lindas palabras. Me sentí feliz al recordar su dulzura, su amor y su belleza. Entonces me desmayé.

Y pensé que, sin importar lo que pasara, todo saldría bien.

## CAPÍTULO 15: CRISTIAN

El día anterior había estado relajado, y aunque esperaba estar con Jenifer, entendí que seguramente quería estar sola para pensar en lo que había pasado.

“Oye, ¿qué haces por acá? Toda tu familia ya está en la iglesia a esta hora”, dijo Laura sacándome de mis pensamientos, mientras me veía con asombro. Eran las nueve de la mañana del domingo.

“Estaré en el taller. Los últimos días me he sentido estresado. Me gustaría trabajar en otro auto para ver si así me siento más tranquilo”. Busqué una caja de herramientas y una toalla. “¿Y Rubén?”.

“Aún no ha venido. Y supongo que no planea hacerlo”, respondió. “No lo he visto desde ayer”, dijo, con expresión de indiferencia. Volteó para ver los autos que Rubén había estado arreglando.

“¿Peor quieres verlo?”, pregunté y reí.

“Un momento. ¿Qué acabas de decir?”, dijo ella, viéndome fijamente. Comencé a caminar y ella fue detrás de mí. “¿Por qué lo dices?”.

Tomé algunas herramientas para revisar un auto pendiente. “Lo sabes. ¿Por qué no hacen el amor de una vez? Están perdiendo el tiempo”, dije.

“¿‘Hacer el amor de una vez?’”, preguntó, tocando mi hombro para detenerme. Entonces vi su cara.

“Espero que no te confundas. Él y yo solo tenemos una relación de trabajo y amistad. Nada más”.

“¿Nada más?”, le pregunté, con una sonrisa. “¿Y hace cuánto no sales con un hombre?”.

Comencé a pensar en lo que le había hecho el bastardo de su exnovio a Jenifer. Ese hijo de puta... Tenía que hacer que ella me contara todo. Si me enteraba de los detalles, podría actuar en su contra cuando me topara con ese pendejo.

“Ese no es tu problema”, dijo Laura, golpeando mi pecho.

Ví cómo sus senos se movieron.

¿Cómo era posible que Laura no se diera cuenta de lo atractiva que era? Y no solo eso. ¿Cómo era posible que yo no hubiera tenido una erección al ver sus senos moverse?

Ahora solo estaba pensando en Jenifer. Quería llevarla de nuevo a la cama.

Aunque ella y yo no tuviésemos nada serio.

“Entiendo”, dije, y encogí mis hombros mientras caminaba en círculo alrededor de ella. “Pero supongo que fingir que no pasa nada debe agotarte”.

“David, cuando avancé hace unos años, me pidió que me alejara. No siente nada por mí”.

“Si te hizo daño, dime. Voy a patearle el trasero”, dije.

“¿Te alejó con sus manos?”, le pregunté, y puse las herramientas en la mesa. Fruncí mi ceño y la vi.

“Claro que no”, dijo, y alzó sus brazos. Luego recogió su cabellera con una agujeta.

“Quise entrar a la oficina, pero la cerró para que no entrara. Me comentó que no estaba

interesado en cogerme. Que eso jodería la linda amistad que teníamos”.

“Vaya. No sabía nada de eso. Me dejas en shock”, dije.

Recordé que había una camioneta que necesitaba pintura con urgencia. Entonces me vestí para hacer el trabajo. “¿Qué le respondiste?”.

“Me pareció que estaba actuando como un idiota. No pude creer que me viera como una chica a la que solo podía coger y dejar”, contestó.

“¿Qué crees que le dije entonces? Me quedé en silencio. No sabía cómo reaccionar. Solo quería sexo”. Escuché sus quejas mientras se alejaba del auto.

“Oye”, le dije antes de que saliera del taller. “No creo que te haya visto de ese modo”.

“¿Dices que tu amigo no quiso expresarse así? ¿Intentas aconsejarme cuando no puedes tener una relación estable? Eres muy dulce, Cristian”, dijo, y vi que Enrique Gómez llegaba a la tienda.

Mi cuerpo se puso rígido. Apreté mis puños y lo vi. “¿Qué mierda haces aquí? Eres consciente de que no debemos estar en el mismo lugar. Es por tu bien”.

Laura se escondió. “Oh, ¿en serio?”, preguntó Enrique, y me mostró una sonrisa malévola. Luego peinó sus cabellos con su mano y suspiró.

La expresión desafiante de su cara estaba retando mi calma. Sabía que, de contar con una pistola, lo mataría de inmediato. Sin decir nada. Sin hacer nada más. Sin pensar en lo que me sucedería después.

“Sí, en serio”, dije, girando para ver su cara. No quería descuidar sus movimientos. “De nuevo, ¿qué mierda haces en mi tienda?”.

Caminó para acercarse. “Quería ver los autos en venta y los que estás arreglando. Oh, y hablar contigo frente a frente para decirte las novedades más recientes”, dijo, dejando de sonreír.

“¿Cuáles novedades, pendejo?”, le pregunté.

Flexioné mi cuerpo para tomar una llave inglesa. Seguramente uno de los chicos había olvidado guardarla.

Los descuidos de ese tipo me irritaban, pero en esas circunstancias me sentí contento.

Volté su cara y chasqueó sus dedos, invitando a alguien a pasar. Vi a Martina. Caminó para ponerse a su lado. Era obvio que estaba allí contra su voluntad.

“Bueno, tendrás un hijo pronto”, dijo.

“David”, dijo ella.

“¿Esperas un hijo?”, pregunté.

“¿Qué mierda está diciendo este pendejo? Debe ser mentira”, grité, sintiendo escalofríos. Lo que había dicho Enrique me había petrificado.

Sus palabras cayeron como un témpano en mis oídos. “¿Y qué pasa si es verdad?”, preguntó Enrique.

Vi a Martina. Aunque ya no quería estar con ella, esperaba que estuviera bien. Además, él había asegurado que estaba esperando un bebe, lo cual incrementaba mi preocupación.

“¿Por qué no te callas, hijo de puta?”, grité.

Tomó una pistola de su bolsillo y me apuntó con ella.

“Habla ahora, zorrita. Habla y cuéntale lo que me contaste ayer”, le exigió Enrique, halando sus cabellos y azotando sus mejillas. “¡Basta!”, le dije, yendo a su lugar.

“David, aléjate o lo lamentarás”.

“Soy Cristian. No quiero que me llames de ese modo, maldito”, dije, con mis puños aún apretados. Exhalé y me enfoqué de nuevo en su hermana.

“¿Lo que dice este pendejo es cierto?”.

“Disculpa, David. Sé que no nos protegimos. Debimos haberlo hecho”, dijo. Comenzó a llorar.

Luego bajó su cara.

¿Te das cuenta de que sí lo hiciste? ¿De nuevo?”, preguntó Enrique. “Carajo, Cristian. Dijiste que no me joderías”.

“¿Por qué no la dejas conmigo y te vas? Me encargaré de ella y el bebé. No les faltará nada. Vete ahora. Me haré cargo de este asunto. Ya no tendrás nada que ver con esto”, le indiqué.

“No olvides que amé a esta chica desde que la conocí. Lo sabes tan bien como yo. Y me costó mucho olvidarla. No dejaré que la lastimé”, dije, y subí mis brazos.

“¿Me dices que no volveré a saber de ti? ¿Qué quieres seguir con mi hermana a pesar de que estás cogiéndote a una policía de la ciudad?”, preguntó. Luego rió a carcajadas con mi oferta.

Afincó sus dedos en la garganta de Martina y con la otra mano golpeó su vientre. Escuché sus alaridos de dolor.

“¡Basta, por favor!”, pidió. Me quejé mientras apretaba la llave inglesa.

“Puedes irte directo al carajo, Enrique. Hago lo que me parezca mejor, y no tengo que consultarte”.

“Eres un bastardo, Enrique. Mátame ahora que puedes hacerlo. Si no lo haces, seré yo quien te asesine cuando pueda”.

“Ve a la Policía. Quiero que busques los datos de la última redada que hicieron en mis tiendas. Ese archivo sigue ahí. Ve por él y quema todos los expedientes”.

“¿Por qué no vas tú a buscarlos?”.

“Si no lo haces tendrás que recoger sus sesos y tu hijo también va a morir. Solo haz lo que te ordeno, pendejo. Y hazlo rápido”, dijo.

Movió el arma para apuntar la frente de Martina. Ella volvió a gritar.

Sabía que era un imbécil y no dudaría en asesinar a su sobrino y a su hermana sin contemplaciones. Abrí mi boca para asegurarle que no temía lo que hiciera, pero decidí no hacerlo.

“¿Soy el padre?”, le pregunté a Martina.

“Obvio. Nadie más se ha acostado con ella”, clamó Enrique. Luego soltó a Martina y quitó el seguro de la pistola.

“Pídele a esa policía que te dé una mano”.

“¿Dejarás en paz a Martina? ¿Seguro que lo harás si quemo esos archivos?”.

“Te lo prometo”, dijo, y asintió. Luego caminó hacia la entrada. En unos segundos se fue, tal como había llegado.

Laura salió del baño en el que se había ocultado por miedo. Sin embargo, seguía espantada. “¿Qué rayos acaba de pasar?”, preguntó.

Tomé la silla de Rubén para sentarme mientras exhalaba y cubría mi cara con mis manos.

“Era alguien que ya no forma parte de mi vida, pero cada cierto tiempo aparece para fastidiarme”, dije. Saqué el delantal que me había puesto para pintar. Lo arrojé al suelo y fui a la oficina.

Me pregunté si realmente Jenifer haría eso por mí. Si se atrevería a tanto por mí. Carajo. Debía pedirle que colaborara conmigo para eliminar los datos policiales de Enrique. Pero si había alguien en el mundo que detestara a Enrique, era ella.

Aunque lo del embarazo fuese falso, tenía que tratar de convencerla. Era mi deber hacer ese esfuerzo. Aunque no sabía si lo lograría, algo me decía que debía hacerlo.

Mi hermano Alejandro estaba saliendo de la casa. Estaba terminando la tarde. Se acercó a mi motocicleta y me vio. “Oye, ¿sucede algo?”, me preguntó.

“¿De qué hablas?”, le pregunté. Intentaba arreglar la llanta delantera de la moto, aunque la

baja temperatura no me ayudaba. No obstante, todo mi cuerpo estaba sudando terriblemente. Lo vi con indiferencia.

Dejó sus brazos cruzados sobre su pecho, y sentí que estaba imitando a mi madre. Ella se habría sentido satisfecha al verlo en esa pose.

“De ti. Has actuado como un idiota desde que llegaste. Le dijiste esas frases rudas a Miriam y viniste aquí porque no quieres hablar con nadie”, dijo.

“Lo dices porque no sabes nada sobre lo que me pasa. Hazte a un lado”, dije con fuerza, intentando concentrarme en la llanta.

Volvió a la casa mientras decía unas cuantas groserías, pero no quise oírlas. Alguien regresó afuera poco después. Con su cuerpo cubriendo la luz del sol se me dificultaba continuar trabajando.

“Mierda. Hazte a un lado”, dije, subiendo mi cara. Era Néstor. Estaba inmóvil. Su mirada era de incredulidad.

“Tío, encontraron a la chica y se la llevaron”.

“¿Hablas de Martina?” ¿Qué pasó?”, le pregunté. Me levanté mientras me preguntaba a quién se refería.

“Oye, tío, sé que estoy en deuda contigo porque has estado pendiente de mí. Por eso te digo que se llevaron a la chica”, dijo, y me vio con indiferencia.

“Habla, idiota. No entiendo nada. Dime de qué chica se trata y quiénes se la llevaron”, le exigí. Apreté su cuello. El enfado hacía que mis venas temblaran. Subí su cuerpo y comenzó a sofocarse.

“¡David, por Dios!”, gritó Miriam al ver lo que sucedía.

Con prisa se puso entre mi pecho y el de mi sobrino.

Comenzó a golpear mi pecho y mi cara. “Bájalo. ¡Bájalo ya!”.

Estaba actuando como un animal.

Quizás estaba dejándome influenciar de nuevo por Enrique Gómez, la única persona en el mundo que me hacía perder la razón de ese modo. Estaba convirtiéndome en él. Dejé de pensar e hice lo que mi hermana me pidió.

La vi con molestia. Cuando Néstor recuperó el aliento, me di cuenta de que estaba cometiendo un error. No entendía lo que me sucedía.

Néstor se levantó para entrar. “¡Néstor!”, dijo Francisco al ver lo que sucedía. Estaba cerca de la casa.

“¿Qué rayos sucede?”, me preguntó Miriam. Luego comenzó a llorar.

“Estás haciendo lo mismo que nuestro padre. Será mejor que entres a la casa y te calmes. Cuidaremos a Néstor mientras lo haces. No quiero que vuelvas a hacerle daño”.

Su mandíbula temblaba. “Pero, Miriam...”, dije, tocando su hombro. Alejandro se atravesó entre nosotros. “No des ni un paso más”, dijo.

Mis familiares apenas habían vuelto a creer en mi palabra después de sentir miedo durante años. Alcé mis brazos como si me rindiera.

No quería que ninguno de ellos se atemorizara por mi comportamiento.

“De acuerdo. Les pido disculpas. Me comporté como un idiota. Lo hice porque tengo muchos problemas”, dije, dando dos pasos atrás.

“Ah, ¿sí? Pues todos los tenemos. Eres un pendejo”, dijo Alejandro, viéndome con molestia. Luego volteó y tocó la cintura de Miriam. Abrieron la puerta.

“Mejor quédate ahí. No queremos verte hasta que subamos a los autos. Ahora recuerdo a mamá. Ella se sentiría muy triste si nos lastimaras”.



“Alejandro, los amo más que a nadie en el mundo. Por favor. Sabes que no los lastimaría”.

“Cállate”, dijo, frunciendo su ceño.

Ellos estaban concentrados en sus maravillosos momentos, en sus paseos y sus alegrías. Yo, en tanto, tenía que soportar el infierno del pasado regresando al presente y los hijos de puta que querían seguir jodiéndome hasta la muerte.

“De acuerdo. Me callaré”, dije.

Flexioné mis rodillas y retomé mi labor con la llanta.

Por mí, podían irse todos a la mierda. No quería que me trataran como si fuese lo peor del mundo. A fin de cuentas, no sabían toda la historia de Ángelo. Para colmo de males, también tenía que lidiar con su hijo Néstor.

“¿Saben algo?”, dije en voz baja.

“Sé que estoy solo. Es lo habitual. Está mi pandilla. Y estoy yo. Fin”, me dije, si bien sabía que el mar de emociones hacía que mi pecho se calentara. Y esa frase...

“Se llevaron a la chica”.

Tal vez Néstor había estado hablando de Martina. Si le dejaba un mensaje, luciría angustiado sin razón.

Busqué mi celular.

Me costó encontrar el número de Jenifer, hasta que lo logré. Llamé, pero estaba apagado. No quise dejarle un mensaje en su buzón.

Enrique no podía tenerla. Me lo habría dicho sin pensarlo. Lo habría hecho para burlarse de mi reacción.

Simplemente no era posible. Ella no podía estar con Enrique.

## CAPÍTULO 16: JENIFER

Una pequeña manta cubría mis ojos. Y cada parte de mi cuerpo estaba tensa. Noté que había sangre en mis labios. Sentí ese sabor mientras el dolor hacía que mi pecho se apretara. Apenas sentía la boca por la mordaza que tenía sobre ella hacía horas.

Cuando estiré mis brazos supe que mis muñecas estaban atadas. Giré y me di cuenta de que había una mesa bajo mi trasero.

Me costaba ver a mi alrededor, aunque pude darme cuenta de que una persona estaba cerca de mí y me veía, o al menos eso creí. “Esto tiene que ser un sueño”, me dije, intentando quitar la sogá.

Rodé mi cuerpo para tratar de zafarme. Mi mente se nubló. Mis intentos fueron inútiles, porque volví a caer, y mi nariz chocó otra vez con la mesa.

“Alguien que me ayude, por favor”, dije con fuerza, pero apenas podía hablar.

Todo había ocurrido cerca del sur, a unos kilómetros de la casa de David, pero ahora no podía saber adónde me habían llevado.

Mi garganta se quebró con los recuerdos de ese momento que llegaron a mi mente. Alguien me había golpeado en la vía para sacarme del carril. Luego de pasar por el túnel, caí con mi auto en el río.

“Oye, puedes estar tranquila”, dijo el sujeto. Supe que se trataba de Enrique, lo que activó mis alarmas. “Y como recuperaste el conocimiento, podremos conversar. Cuando terminemos, te dejaré en paz”.

Mi boca estaba muy inflamada, así como mis pómulos.

Además, la mordaza aturdía mis ojos, pero no evitó que empezara a llorar. Tenía moretones en varias partes de mi cuerpo.

La cantidad de sangre que había salido de mi boca me hizo pensar que había mordido mi lengua en el choque.

“Aunque sujetamos tus muñecas y tu boca está cubierta con esa mordaza, puedes moverte. ¿Quieres tomar asiento? Puedo ayudarte, si gustas, Jenifer Ariana”.

“Aléjate”, dije, a pesar de la tela que cubría mi cara. Como pude, traté de tomar asiento, una vez más, por mi cuenta. Sentí náuseas y tosí en tres ocasiones.

“jefe creo que vomitará en cualquier momento. La herida de su cabeza luce horrible”, dijo otra persona, que no pude identificar.

“Podríamos al menos sacarle la mordaza”, dijo.

Entonces Enrique dio un par de pasos. Tomó la tela y me rodé para llegar a la mesa.

“De acuerdo. Jenifer, acabas de tener un horrible choque automovilístico. Aunque la idea que teníamos era causarte algo de miedo, tal parece que no eres muy hábil para la conducción en carretera”.

Quería gritar, pero sabía que mi voz apenas se oía. “Te equivocas”, exclamé.

Un sujeto se puso cerca de mi espalda y apretó mi cuello.

“¿Le quito la mordaza?”, preguntó.

Intenté zafarme, pero era inútil. Además, me sentí agotada de inmediato.

“Hazlo”, dijo Enrique. Estiró su brazo para tocar mi mejilla.

El otro sujeto se apoyó en mi columna para quitarme la tela de la boca. Enrique se movió un poco para hablar con él.

“Busca un vaso de agua para la chica. No importa si está caliente”.

Mis mejillas estaban llenas de llanto. “No quiero. Y ni te atrevas a tocarme”, dije, tensando mis músculos.

“¿Qué dices? No entiendo tu actitud. Soy tu amigo, nena”, dijo, y luego se inclinó para acercarse a mi rostro.

“Y como tu amigo, te aseguro que mejoraré todo por aquí. Para hacerlo, deberás colaborar conmigo”

“Jamás lo haré”.

“Y no estoy pidiéndote favores, cariño. Lo lograré porque quiero hacerlo, como siempre”, dijo. “Ten por seguro que sí lo harás”, dijo, riendo con malicia. Su mano tocó mi mejilla y me di cuenta del brillo repentino de su mirada.

“No lo haré. Tendrás que matarme, porque no te ayudaré”.

“¿‘Matarte’?”, preguntó, y luego rió a carcajadas. Entonces besó mi frente y se levantó de nuevo. “Sé que tú y yo nos vimos en un bar. No ha pasado mucho tiempo desde entonces. Y no he olvidado que no pudiste hacerme daño, ¿o sí?”.

“Quiero agua, por favor”, dije. “No sé qué rayos dices”. Sequé mi boca y comencé a toser de nuevo. Sentía mis labios muy resecos.

Sabía que ahora estaría más decidida a hacer todo lo posible para meterlos en prisión. A todos. No descansaría hasta lograrlo. “Bien”, dijo, y chasqueó sus dedos para ordenarle a su matón que me trajera agua. No conocía al sujeto.

De todos modos, no era importante.

“Dime qué lugar es este”, le pedí. Finalmente pude tomar algo de agua. El sicario me ayudó.

La mantuve en mi boca y quise lanzarla en su nariz, pero tenía tanta sed que no quise hacerlo.

“Es una de mis tiendas”, dijo Enrique, dando dos pasos nuevamente hacia mí. Me mostró su malévola sonrisa otra vez. “Por cierto, traje algunos obsequios que quiero darte. Sé que, al verlos, te animarás a colaborar conmigo”.

La ira que sentía era tremenda. “Solo colaboraré para que te vayas al infierno, pendejo”, solté.

“Podríamos irnos juntos”, dijo, tocando mi pierna y sonriendo una vez más.

“Pero antes podría llevarte al cielo haciéndote el amor. Eso sería... muy interesante”.

Tal vez Cristian y Enrique aún estaban juntos, cometiendo crímenes. Mi cuerpo se paralizó de miedo. Seguro había hablado con Enrique para contarle de mí.

Era tan horrible que no podía ser verdad. Era imposible.

Me sentía tan extenuada que no podía mantener mi rostro levantado por mucho tiempo.

“Habla y me iré. Y si no planeas hacerlo, acaba conmigo entonces. No debería estar aquí, contra mi voluntad. Además, oírte es la peor tortura posible”, dije, y bajé mi cara.

Me quedé en silencio. “Te sacamos de ese arroyo y creí que sucedería algo, pero no fue así”, dijo, y también se calló.

“Ayúdame a entender, Jenifer. ¿Ya se cansó de ti? ¿Te cogió y luego te abandonó? ¿Eres otra más de las chicas con las que se ha acostado?”, me preguntó.

“Creí que Cristian vendría pronto a buscarte, que no quería que salieras de su lindo hogar, pero me equivoqué”, dijo, y dio otro paso hacia mí.

“¿Eres su jefe, Enrique? ¿Ese es el punto de esta charla?”, le pregunté. Subí mi cara y mi

cuello me dolió de inmediato.

“¿Hablas de Cristian”? ¿Te refieres a David Del Piero?”, dijo, y soltó una carcajada. Entonces flexionó sus rodillas. Quedamos frente a frente. “Somos los mejores amigos del mundo. Así ha sido desde que lo conocí”.

“Esa relación de amistad se rompió hace años. Sé que ahora es distinto”, dije. Parpadeé y busqué el modo de pensar en otra cosa.

Me di cuenta de que tenía que huir de ese lugar.

“Es mi cuñado. Es el novio de Martina. Y ella espera un hijo suyo. Imagino que no estabas al tanto de esta historia”.

Él no paraba de reír. “Cállate”, dije, subiendo mi cara.

“Ernesto, busca la grabación del encuentro que tuvimos hace poco con David. Y trae el televisor también. Como ya abrió los ojos, me parece que puede ver todo. Sabrá lo que sucede. Lo merece. Y cuando se dé cuenta de la realidad, va a buscar lo que le pediremos”, dijo.

“Parece que no se percata, o no quiere hacerlo, de lo que sucede. Debemos darle una mano para que lo haga”.

Chasqué los dedos para que uno de sus empleados abriera la puerta.

“Vete al carajo, Enrique. Te equivocas si crees que lo haré”.

“Mi paciencia se agota, así que cálmate”, dijo. Con su palma tomó mi cuello. Dejó su pulgar justo bajo mi mentón. Obligada, subí mi cara y vi sus horribles ojos.

“Jenifer, tú decides. Puedes disfrutar este encuentro y descubrir la realidad por tu cuenta, o actuar como la policía buena y seguir sintiendo mucho dolor en todo tu cuerpo”.

Moví mi cara cuando agitó su mano. Uno de sus empleados llegó con una televisión y un aparato de video.

“Lo oigo, jefe”.

“Busca el de la chica con David”, dijo Enrique. Puso sus manos en su cintura mientras la filmación corría.

Mis gemidos retumbaron en las paredes y se mezclaban luego con sus gruñidos. Me di cuenta de que se trataba del almacén en el que David y yo habíamos hecho el amor.

“No me obligues a verlo”, le pedí. “Basta”, dije, girando para ver la cara de Enrique.

“No tengo que obligarte. Solo míralo”, respondió. Entonces tomó mi garganta otra vez y tuve que ver las imágenes. “Es muy bueno para cogerte, ¿no? ¿Puedo hacerte una pregunta?”.

Comencé a llorar con más fuerza e intenté cerrar mis ojos. “No”, exclamé.

“Oh, sí te la haré. ¿Te cogió por la vagina o el culo? Esos dulces gemidos que soltaste me encantan. Quiero escucharlos cuando te haga el amor... pronto”.

“Deja que me vaya. Solo dime qué quieres que haga y permite que salga de aquí”, le dije. Moví mi cara bruscamente para quitármelo de encima.

“Hay otro video”, dijo, levantándose. Fue al aparato e introdujo otra filmación. Luego de unos segundos, apareció un sitio que se veía similar.

Se veía a David con una mujer... que no era yo. Estaba haciéndole el amor. Su cuerpo estaba contra la pared de la izquierda.

Sus senos grandes, sus curvas perfectas y sus movimientos acelerados me convencieron de que yo no era tan atractiva y que, además, no era muy ágil para el sexo.

Giré y las lágrimas se agolparon en mi cara.

“¿Ya lo odias?”, me preguntó Enrique. Avanzó para llegar más cerca de mi cuerpo.

“Puedes ver cómo le hace el amor. Ella es Martina. Es mi hermana menor. Y lo hizo unas horas antes de conocerte. En ese encuentro la embarazó. ¿Qué pasaría si la chica del video no fuese mi

hermana sino Karina?”.

Solté varios alaridos. Luego me moví para halarlo hacia mí y arañarlo. Un tipo sujetaba mis hombros para que no me moviera.

Enrique se puso sobre mis piernas rápidamente. No supe qué sucedía, pero pronto sus manos tomaron mis muñecas.

“Te equivocas si crees que estás al tanto de toda la verdad”, dijo.

“Así que déjame aclararte algo, zorrita. No la secuestramos. Vino porque quiso. Quería estar conmigo”, dijo, tocando mi pecho.

“¡Aléjate!”, grité. “Apártate, maldito. Sé lo que eres, bazofia. Secuestras a menores de edad para esclavizarlas”, grité. Moví mis piernas para intentar alejarme. En ese momento no me importaba morir. Solo quería escapar del horror.

“Debes darme a David Del Piero. Lo pondrás en mis manos al recibir mi orden”, dijo. Se levantó y tocó mi mejilla.

Pude sentarme y moví mi cara. Quería aliviar el dolor que sentía. “Olvidalo”, dije.

Comenzó a reír. El sonido animó de nuevo mis náuseas. Sentí una profunda tristeza en cada uno de mis órganos.

“¿Olvidarlo? Habla con él sobre Karina. Pídele que te diga quién la buscó, quién la convenció de venir”, dijo, moviendo su mano hacia adelante.

Según Enrique, David había tenido algo que ver con mi hermana menor. No lo creía, pero sabía que era posible.

Si era cierto, eso explicaría su negativa a hablar sobre su pasado o involucrarse más en una relación. Además, explicaría por qué se había sentido atraído por mí desde el momento en el que me había conocido: mi cara le recordaba a Karina.

El sabor a metal irritaba mi garganta. “Creí que lo considerabas un hermano”, dije, obligándome a ver a un costado para escupir.

“Así es, pero tuvo sexo con mi hermana. Y como ella sí es mi familia, es mi prioridad. Supongo que entiendes”.

Con su mano llevó mi cabellera atrás y sonrió. Agité mi cabeza nuevamente.

“Permitiré que salgas de aquí, pero si le cuentas a alguien lo que pasó, voy a buscarte para asesinarte. Y si no me obedeces también lo haré. Néstor podría pagar por tus actos también. Te voy a coger tanto que le pedirás a Dios morir cuanto antes. Serás mi puta”.

“Vete a la mierda”.

“Te llevaré conmigo. Y vas a disfrutarlo. Mientras, acata mis órdenes”, dijo. Estiró su mano y giró su cara.

“Denme el localizador”.

“¿Cómo?”, pregunté. Arrastré mis piernas sobre la mesa. Dos matones alcanzaron mis brazos. “Jamás. No permitiré que me pongas un localizador”.

“No lo haría, pero no creo en tu palabra. Por eso te lo pondremos”, dijo, y rió. Volteó para salir.

“Tómenla con fuerza. Quiero que sienta mucho dolor”.

Sentí que mi cuerpo se incendiaba. “Deténganse”, grité.

Moví mis brazos bruscamente.

Pusieron mi cuerpo sobre la mesa, estiraron mis piernas y abrieron mi boca para poner una píldora dentro de ella. El horrible sabor a metal hizo que mi pecho ardiera.

Prefería quedarme dormida antes que seguir viendo el horror en persona. Afortunadamente, los matones cubrieron mi cara con una bolsa oscura.

Me dieron un golpe tan fuerte en la frente que perdí el conocimiento rápidamente. Y aunque me parecía increíble, me sentí afortunada.

Ya no quería ver más de lo que había visto.

## CAPÍTULO 17: CRISTIAN

Eran las cuatro de la tarde y trataba de no pensar en nada que me preocupara.

“Oye, debes ayudarnos. Hay una hermosa chica que tiene problemas con su auto deportivo y sabemos que eres el mejor para arreglarlos”, dijo Andrés. Apoyó sus manos en la mesa. Estaba en el bar, olvidando mis pesares.

“¿Y Rubén?”, pregunté, con molestia, mientras veía a Andrés.

“Por favor, amigo. Está vendiendo los autos que acaban de llegar. Necesitamos que te pongas de pie y nos acompañes”, dijo. Dio un paso al costado para quitarse su suéter y lo dejó en una silla.

“El invierno que está cayendo parece una tormenta. Será mejor que busque a la chica y le consiga una bebida caliente. Mientras lo hago, ¿por qué no arreglas la batería del auto de una vez por todas?”.

“De acuerdo”, dije con molestia, poniéndome de pie. El invierno era bastante fuerte, como había dicho Andrés.

Supuse que arreglar la batería me llevaría varias horas.

Al llegar al estacionamiento, Bruno estaba entrando al bar. Una chica esbelta con ojos azules tomaba su codo.

“Ese gris de allí es el auto”.

Ya sabía que Martina aparentemente estaba embarazada. Si era cierto, ¿cómo cambiaría lo que tenía con Jenifer? ¿Lo mejor para el bebé sería que yo estuviera presente en su vida? “Sí, ya lo vi”, dije en voz baja, dejando de pensar en esas preguntas.

Descendí por los escalones. El invierno empapó mi chaqueta rápidamente.

Como no quería pesar más de lo necesario, me la quité.

De hecho, sentía un gran peso sobre mis hombros. Al no saber nada de Jenifer en tres días, estaba empezando a sentirme preocupado.

La imagen que vi en el bar era un reflejo de mi vida: todos estaban cómodos mientras yo tenía que soportar la mierda de la lluvia. Giré, y vi que todos estaban refugiados frente a la chimenea.

“Oh, qué bueno que podamos contar contigo”, dijo uno de los camareros al ver adónde me dirigía. Sonrió y tocó mi hombro.

Cada uno, incluso el camarero, estaba concentrado en su vida. Nadie se fijaba en mí.

Jenifer había desaparecido. No atendía mis llamadas ni respondía mis mensajes. Néstor estaba en casa con Miriam y Manuel. Eso era lo que suponía que sucedía.

Mis compañeros del grupo de motociclistas estaban a cierta distancia. Entendía por qué lo hacían, pero igualmente me sentía herido. Y

Empujé un poco el auto para protegerlo de la lluvia.

Abrí el capó y comencé a trabajar en la batería. Se suponía que sería más rápido de ese modo, pero no estaba resultando.

“¿Quieres que te ayude?”, escuché que me preguntaban una hora después. Sentí una mano en mi espalda. Cuando giré, supe que era Rubén.

“Oh, por favor”, dije. Me hice a un lado y quité las herramientas. “Revisaré el resto del auto mientras trato de mejorar mi ánimo”.

Las gotas caían por nuestras caras sin parar. “Podría ayudarte con ambas cosas”, aseguró.

Buscó sus propias herramientas y comenzó a revisar la batería. Su ropa estaba tan mojada como la mía.

Vi lo que hacía Rubén y lo ayudé con un par de tornillos.

“Voy a ver las llantas”, dije. Bajé para comprobar que los neumáticos tuvieran aire suficiente. Cuando ya había hecho lo mismo con todos, subí y me acerqué a él.

El auto encendió de nuevo y supe que habíamos hecho el trabajo. Fuimos a los escalones, nos sentamos y sequé mi rostro.

Él se ubicó cerca de mí. “David, dime qué te ocurre. Te notas muy distinto”.

“Es Enrique Gómez. Quiere joderme otra vez”, respondí.

“Sí, lo sé. Estoy en la mierda”, dije, y encogí mis hombros. Vi los autos que pasaban por la carretera.

“¿Qué dices, amigo? Cuéntame. Podría ayudarte”.

“Podrías caer otra vez en su red”, dije.

“Sé que podrías ayudarme, pero me gustaría que no hicieras nada por ahora”.

“¿Con qué está amenazándote ese pendejo ahora? ¿Es tan malo como lo del asesinato de tu hermano?”, me preguntó.

“Sabes que te apoyaré. Eres mi mejor amigo y no voy a abandonarte”, aseguró. Golpeó ligeramente mi hombro.

“Es Martina. Parece que está en estado”, dije.

“Al parecer no es tan grave como creí. Y espero que se mantenga de ese modo”, dije, y exhalé.

En muy pocas ocasiones había sentido una desolación tan abrumadora como esa. Sentía tristeza y creía que la vida no tenía sentido. Y no encontraba soluciones en ninguna parte.

“Cielos”, dijo, tocando su frente. “Pero no es tu hijo. No hay manera de que lo sea”.

“Estuvimos juntos hace unos siete, nueve días, amigo”.

“Exacto. Hace *solo* unos días. Fue hace muy poco. Por eso te digo que no es tuyo. Deberías hacerte uno de esos exámenes de paternidad”.

“Por Dios, Rubén. No entiendo por qué ese pendejo se porta así. Ha cambiado mucho desde que lo conocí. Parece que hizo un pacto con el demonio. Y también parece que el tipo vino desde el infierno a saldar la deuda. Solo date cuenta: ese pendejo vino con ella ayer al concesionario. Le dio unos golpes frente a mí, ¿y tú me dices que me haga una de esas pruebas? El bastardo le apuntó con su pistola en la frente. Martina no dejó de llorar ni temblar en ningún momento”.

“Él nunca se ha portado correctamente. Sé que eres muy consciente de ello”. Vio al cielo mientras tocaba su frente otra vez. “¿Y ahora qué espera que hagas?”.

“Como te dije, no voy a meterte en este lío, así que no voy a decírtelo”.

“¿Puedes hacerlo sin mi ayuda?”.

“Así es”, dije. Toqué mis mejillas otra vez. Quería secar por completo mi cara “Y sé que después de hacerlo, no podré continuar con Jenifer, pero ya no me importa. De todas maneras, no planeaba tener nada serio con ella. Una mujer es lo que menos me hace falta ahora. Ya hay bastante excremento que recoger”.

“Oye, ¿olvidas que apenas la conoces?”.

“¿Y?”, pregunté con fuerza. Lo vi fijamente.

“Al conocerla, supe que era una chica estupenda, ¿entiendes? Es parecido a lo que tienes con Laura, pero en serio. Trato de involucrarme más con ella, tenemos relaciones cada vez que



podemos, saboreo su cuerpo y la acaricio con mucho tacto. Me encanta hacerlo, y no entiendo por qué”, dije, y toqué mi corazón.

“Solo sé que lo logra. Y aunque no me gustaría hacerla a un lado, seguramente tendré que hacerlo para que Enrique no le haga daño a Martina o al bebé. A la mierda Jenifer”.

“David, les cedimos terreno y solo han lastimado a las jovencitas. Creo que tarde o temprano la ciudad va a reprocharnos nuestro comportamiento Así que olvídale, amigo. Podemos sacarlo de este juego. Recuerda que somos seis. Desterraremos a sus sicarios de aquí. Y haremos lo mismo también. Además, me parece que ya debemos destruir a esos bastardos. Solo han traído vicios y problemas.”.

“Rubén, tienes más poder de lo que imaginas. Supones que conoces todos sus negocios, pero es mentira”, dije.

Me puse de pie y exhalé.

“Espero que Jenifer actúe bondadosamente una vez más. Así podré hacer lo que tengo que hacer. Una vez que ejecute su orden, podré olvidar a ese pendejo y me concentraré en el futuro, si es que puedo vivirlo”.

Se levantó y me vio fijamente. “David, puedes contar con nosotros. Lo sabes”, contestó.

Escuché mi celular. Lo busqué y sentí la tensión en mi cuerpo. Esperaba con todo mi ser que fuese Jenifer.

“Es Miriam. Debo atenderle. Está con mi sobrino”.

Asintió y abrió su boca. Pensé que diría algo, pero volvió a cerrar su boca y se marchó.

“Hola. Habla David”, dije. Cuando entró al bar me puse cerca de la escalera para oír la llamada.

Me costaba comprender lo que quería contarme.

“Hola, Soy Miriam. No sabemos dónde está Néstor. Estuvimos en tu casa, pero tampoco lo encontramos ahí”, dijo, con la voz agitada.

Ella estaba muy nerviosa. Pensé contestarle que no quería tener nada que ver con el jovencito, que se había portado mal siempre, pero creí que no debía hacerlo en ese instante.

“Voy para allá”.

“No quiero pasar a su habitación, David. Aunque ya sé que no está adentro, su manta está llena de sangre”, dijo, y comenzó a llorar.

“Entiendo. Oye, llegaré en unos minutos. Quiero que asegures todas las puertas y ventanas, ¿de acuerdo? Sé que todas las fechorías que ha cometido Néstor me dejan como un niño en una escuela primaria”.

“Cuidate, ¿sí?”.

“Lo haré. Voy a buscarlo. Quiero que tenga otra oportunidad”.

“No tienes que actuar como un héroe. Ya lo hiciste con Ángelo y recuerda lo que pasó”, dijo con mucha calma.

Sentí que yo no valía la pena como para merecer esa reacción.

“Miriam, no olvides quién soy: el hijo mayor de los Del Piero. Actuaré como el héroe de esta familia cada vez que pueda”.

Enrique conocía de primera mano el cariño que yo sentía por Néstor. Lo comprobó cuando me despedí por última vez de mi hermano Ángelo, un momento en el que las emociones me llevaron al abismo del dolor.

Colgué.

Aunque desconocía el paradero de mi sobrino, tenía esa sospecha clara. Tenía que estar con Enrique. En su casa.

Ese bastardo estaba detrás de mí. Sabía que me encontraría más rápido si tomaba a mis familiares como rehenes.

Bruno se acercó a mí. Luego comenzó a caminar de prisa para mantenerse a mi lado. Sentí una profunda ira mientras regresaba al bar para tomar mis cosas.

“Amigo, ¿qué sucede?”, me preguntó.

“Es Néstor. Mi hermana no sabe dónde está. En caso de que venga al bar o se enteran de su paradero...”.

“Yo mismo te contactaré de inmediato”, dijo. Rubén me acercó las llaves de la motocicleta y mi abrigo.

“Estaremos cuidándote, Cristian. Somos tus amigos. No queremos estar lejos de ti, pendejo. Recuerda por qué fundaste este club de motorizados. Querías tener gente a tu alrededor que manejara motocicletas. Pero, sobre todo, querías tener amigos”.

Asentí y lo vi fijamente. “Agradezco que me lo recuerdes. Les avisaré si sé algo”.

“De acuerdo”, dijo Rubén, y asintió.

Corrí para salir del bar. Afuera ya solo lloviznaba, aunque de todos modos mi cuerpo se empapaba. Tuve que manejar con calma para no caer en la carretera, aunque quería acelerar.

Néstor merecía que alguien lo salvara. Y todo indicaba que era yo quien tenía que hacerlo. Pensé en ello y una vez que estuve en casa, las peores cosas pasaron por mi mente.

Sí, estaba molesto con él por su comportamiento atroz, pero no quería que llevara por la vida terrible que yo había tenido. Tampoco quería que le pasara lo mismo que le había sucedido a Ángelo.

Apagué mi motocicleta, la estacioné y abrí la puerta con rapidez. Había un silencio y una oscuridad abrumadores, como de costumbre.

“Sobrino, ¿estás aquí?”, pregunté.

Fui al fondo y llegué a su habitación.

Un fuerte aroma a marihuana llegó a mi nariz. Decidí que no pensaría en ello.

Había inhalado droga muchas veces, como lo había hecho yo en mi adolescencia. No quería concentrarme en su adicción. Había algo más serio que resolver.

“Mierda”, dije al abrir la puerta. Vi la manta llena de sangre.

Era el localizador. Néstor u otra persona habían querido quitársela. Para hacerlo, tendría que arrancar parte de su piel. Recorrí el lugar y no lo encontré.

Salí, encendí mi motocicleta y regresé al parque en el que acostumbraba pasar sus tardes libres. Pero tampoco estaba ahí.

No estaba en el depósito tampoco. Estacioné afuera, pasé a un apartamento abandonado, pero no había nadie. Ni siquiera dije su nombre. Solo estaba yo.

Escuché mi celular, al tiempo que veía uno de los dormitorios. El sonido taladró mis oídos, lo que me molestó.

Cuando vi la pantalla, me sentí rápidamente tranquilo.

“Hola, Jenifer”, dije en voz baja. “No había sabido de ti estos días”.

“Disculpa”, dije, con un tono quebrado.

“Regresé hace unos minutos a casa. Acabo de ver que el localizador de tu sobrino se apagó. ¿Le sucedió algo? ¿Huyó?”.

El tono de su voz no me gustaba.

“No sabemos en qué sitio se encuentra, pero estoy buscándolo. Sé que pronto lo encontraré”, dije. Guardé silencio.

“¿Ocurre algo, Jenifer? Puedo ir a verte”, dije. Sabía que algo andaba mal con ella.

“No hace falta”, dijo con prisa.

“De acuerdo. Si quieres que vaya, solo pídelo”.

“De acuerdo. Te llamaré si hace falta. Agradezco tu oferta igualmente”, dijo, y colgó.

La penumbra de la casa y el silencio me aturdieron un poco. Comencé a caminar por la sala de estar y sentí que mi alma comenzaba a quebrarse.

Escuché alaridos de dolor que venían de lo más profundo de ella. Y yo sabía por qué surgían. Era mi pasado, entrando en mi presente, y yo no podía evitarlo. No había forma de detenerlo ni escapar. Sabía que, si no ayudaba a Enrique Gómez, yo perdería a mis seres amados. Mi vida ya no tendría sentido.

Solo me quedaba algo por hacer.

Les pediría a mis amigos motorizados que me ayudaran a sacarlo del camino. Y a todos sus matones. Me había comprometido a no causar un baño de sangre en mi ciudad cuando había iniciado mi club de motocicletas.

Ahora parecía inevitable. Tendría que matarlo, aunque eso me costara algo muy preciado, algo que no podría recuperar jamás.

No volvería a ser libre.

Y eso sería terrible. Incluso más terrible que morir. Ninguno de nosotros volvería a saborear la libertad.

Y además de eso, tendría que olvidar a una persona que había logrado algo que nadie había hecho.

Por primera vez en mi vida, me sentía especial. Y quería pasar el resto de mi vida con una mujer. Con ella. Así que una parte de mí ya se sentía encarcelado.

Sabía que tenía mis manos atadas. No habría forma de evitar que Néstor se uniera a la pandilla de Enrique.

Supuse que eventualmente me acostumbraría a estar en la cárcel, solo para verla, aunque fuese una vez a la semana. Qué mierda.

## CAPÍTULO 18: JENIFER

Mi espíritu se había roto. El dolor que sentía a primera hora de la mañana no se comparaba con nada.

Había rastros de golpes y heridas en toda mi piel. Pero el dolor dentro de mí era más intenso que el de mi cuerpo.

Había recordado que entre David y yo no había nada... aún.

Por esa razón, sabía que no debía permitirme dejar de pensar en un futuro con él. Ese “aún”, ese adverbio de tiempo que caía en mi mente, detuvo la tristeza y me convenció de buscar un modo de arreglar las cosas.

Ciertamente, había tenido relaciones con Martina. Y las había tenido en el mismo lugar en el que habíamos estado juntos. Pero en ese momento no me conocía.

No había estado con ella luego, o al menos eso supuse.

Si José y yo hubiéramos hecho el amor, filmado el acto y luego yo se lo mostrara, tendría el mismo efecto.

Esas cosas habían quedado atrás, y yo no iba a dejar que algo que ya no podía modificar alterara mi porvenir.

“¿Qué carajo pasó entre él y Karina? Tengo que descubrirlo”, me dije “Mi hermanita...”, me recordé con fuerza. Puse mis manos sobre mi cara y volví a sentir dolor en mi cuello.

Entendí que Enrique Gómez era peor de lo que yo había creído.

Era el jefe de una banda dedicada al tráfico de estupefacientes, a la venta de mujeres para la prostitución y al asesinato de personas, pero había más: usaba a las personas comunes, se aprovechaba de ellas y hacía con ellas lo que se le antojaba.

Estuve un rato intentando dilucidar cuál sería mi próximo paso. Entonces me levanté, con calma.

Él estaba tratando de destruirme y tenía la intención de hacer lo mismo con David.

Tendría que hacer lo que Enrique me había ordenado, pero igualmente tenía que laborar como agente. Solo así podría pagar mis cuentas y mantenerme. Suspiré.

Después de bañarme durante largo rato, me sequé y me preparé para salir. Comí un pan con jamón y tomé un vaso de café mientras iba a la comisaría.

Encendí la patrulla estacionada en el aparcamiento. Me sentí afortunada de tener un medio de transporte, pues mi auto estaba sumergido en un arroyo del sur. “Maldito”, exclamé mientras suspiraba al recordar al bastardo.

Sabía que él había expresado miles de frases terribles, muchas de las cuales seguramente habían servido para poner de su lado a David cuando era más joven. No paraba de pensar a medida que avanzaba por las calles.

Repasé lo que había dicho sobre David. Y también recordé que muchas personas podrían morir si las cosas se ponían feas.

Enrique mataba a cualquiera solo para controlar la ciudad. Era capaz de seguir secuestrando chicas o mentirlas para convertirlas en prostitutas. Y también estaba jodiéndome la vida, así como

la de David y Néstor.

El capitán tomaba café en su oficina. “¿Qué hacemos para evitar que siga controlando la ciudad?”, le pregunté.

“¿Te raptaron?”, me preguntó. Mis palabras lo habían impresionado.

“Así es”, dije, acercándome a su mesa. “Y José Luis, tenemos que detenerlo. Solo quiero saber cómo hacerlo. Tengo que acabar con él”.

No hay forma de que llegemos a él”, dijo.

“Es una mierda”, dijo, levantándose con fuerza de su silla.

“Sí, hay que acabar con él, pero ese es el inconveniente: si nota que lo cercamos, se va a toda prisa. Y no podemos encontrarlo”.

“Te diré una cosa: Enrique me ordenó que hiciera algo, y lo haré. Dijo que mataría a las personas que amo, así que no tengo opción”, dije.

“Y sí hay forma de encontrarlo. Puso un localizador en mi cuerpo. Supongo que puedo usar yodo para que no lastime mi cuerpo”, dije, dando un paso atrás. Fruncí mi ceño y escuché mi celular.

“¿Qué es lo que quiere?”, preguntó. Vio mis ojos sin parpadear.

“Al tutor legal de Néstor Del Piero”, respondí.

“Quiere que le entregue a David Del Piero lo más pronto posible”, dije, exhalando con fuerza.

“¿El chico que violó la libertad condicional?”.

“El mismo”, dije, y caminé para llegar a la puerta.

“Espero que podamos arreglar este asunto, jefe”.

“Oh, ten por seguro que lo haremos. No hará falta que pongas en bandeja de plata a David para que Enrique le haga daño. Pediré a una comisión que empiece a trabajar en este caso. Solo actúa con cautela y finge que haces lo que te ordenó”.

Escuché de nuevo mi celular. Era la alarma por Néstor.

Me indicaba que ya no tenía el localizador o lo había apagado.

“¿También puedo fingir que cumplo tus órdenes?”, pregunté, con una sonrisa fingida. Salí sin esperar que respondiera.

“Rayos”, dije, y fui con prisa a mi oficina. Tomé asiento y encendí mi computadora.

Quería encontrarlo con la aplicación de dispositivos eléctricos de la comisaría.

Me di cuenta de que el aparato aún se movía. Eso me sorprendió. Tal vez Néstor quería conservarlo para recordar la experiencia... o quería usarlo para atraerme.

¿Por qué querría atraerme para que buscara al chico fuera del estado? Era incomprendible. Eso no podía pasar. Ya Enrique y yo habíamos tenido un terrible encuentro.

Me levanté rápidamente cuando vi a David.

Me preguntaba cómo la agente de la entrada lo había dejado pasar. “Jenifer”, dijo alguien. Verlo hizo que me agitara.

“Mierda. Qué susto me diste”, dije, tocando mi pecho.

Su lindo rostro me iluminó.

“Néstor sigue moviéndose. Debo encontrarlo”.

“Iremos juntos”, dijo, con una expresión muy seria. Entendí que no era una sugerencia.

“De acuerdo, pero debes entender una cosa. Este es un caso policial. Si sigues conmigo, tus amigos seguramente se molestarán”, dije, y tomé las llaves de la patrulla. Salimos de la oficina rápidamente.

“No importa”, dijo, y su voz baja me hizo recordar que había otras personas en riesgo por las acciones de Enrique.

Llegué al estacionamiento y desactivé la alarma de mi patrulla. Abrí la puerta y lo vi. “Usaremos la patrulla”.

“Eso sería una cagada. Usaremos mi auto”, dijo, y tomó las llaves de mi patrulla.

“Si tomamos ese auto, estaríamos en desventaja. Se darían cuenta rápidamente de quiénes somos”.

Sentí escalofríos cuando me di cuenta de lo que sucedía. Nos veían. Observaban nuestros movimientos, aunque yo no podía ver de quién se trataba.

Guardé silencio y esperé que buscara su moto, pero no lo hizo. Bajó por la escalera para llegar al estacionamiento.

“Jenifer, salgamos de aquí”, dijo, volteando su cara para verme.

“De acuerdo”, dije, y comencé a descender por los escalones. Él iba a mi lado. Cuando llegamos abajo, nos encontramos con un lujoso auto italiano.

“¿Y este auto? ¿Qué pasó con tu motocicleta?”.

Supuse que tal vez había tenido sexo con Martina en ese auto. ¿Se habrían atrevido a hacerlo? “No es el único medio de transporte que tengo”, dijo, y abrió la puerta del conductor. Vi a los lados nuevamente.

Subí y gemí cuando movió mi cuerpo para llevarme hasta él. Tomó mi cabellera y besó con fuerza mi boca.

“Debemos llegar a Agua Viva pronto”, dijo.

Sabía que no podríamos tener una relación duradera. Y también sabía que cuando acabáramos con Enrique Gómez, él se iría para volver a cometer delitos. Por eso quise alejarme, pero en poco tiempo calmé mis músculos y correspondí su beso.

No me gustaba saber que le permitía besarme cuando se antojaba de hacerlo.

Sabía que me quedaría sola. Desilusionada. Herida.

Sería imposible que superáramos el momento difícil que vivíamos y mantuviéramos el deseo de tener un noviazgo real y estable. Lo sería, porque tendría que aprovecharme de él para joder a Enrique. Ya empezaba a sentir dolor, pero lo pasé por alto. Hundí mi lengua en su boca y toqué sus mejillas.

Mierda.

La sensación era muy agradable. Poderosa.

Parecía que estábamos hechos el uno para el otro, si bien parecía imposible que pudiéramos avanzar como pareja.

Tocó algunos de mis cabellos.

“No sabía de ti desde la semana pasada”, dijo, llevando de nuevo sus labios a los míos.

“Tuve un accidente cerca de tu casa. Estuve internada en una clínica”, dije.

Sentí dolor nuevamente mientras llevaba sus dedos a mi cabeza, justo donde uno de los matones de Enrique me había golpeado.

“Mierda, Jenifer. Pudiste haberme llamado o escrito”, dijo. “¿Cómo es que tuviste ese accidente?”, preguntó, frunciendo su ceño. Alejó su cara para ver mi rostro y comprobar que no hubiera más heridas.

“¿Para qué te habría llamado? Te habría molestado”, respondí.

Giré mi cuerpo para apoyarme en mi butaca mientras suspiraba. Pero me arrepentí de hacerlo: su aliento me hizo falta rápidamente.

“David, aun no entiendo qué ocurre conmigo desde que te conocí, pero creo que tú y yo...”.

“No digas nada más”, dijo, con voz muy seria. Parecía molesto.

“Mejor busquemos a Néstor y acabemos con Enrique. Luego podremos hablar de las fuertes

emociones que sentimos al vernos. Emociones que no quiero que ignores. Fin de la historia”.

Sabía que, y solo podía sacar gente de las penumbras y llevarlos a la vida otra vez, y no al contrario. Era la razón por la cual me había convertido en policía. Asentí y apoyé mis hombros en la butaca.

¿Cómo podría mentirle? ¿Cómo fingiría que no pasaba nada? ¿Cómo podría usarlo? No sabía, porque no me sentía capaz de hacerlo. Sentía que mi personalidad no tenía ese tipo de maldad.

Mi alma estaba sufriendo. Si se daba cuenta de que Enrique me había chantajeado, sería el fin de mi historia con David. Y entonces me vería obligada a buscarlo y matarlo sola, lo cual estaba dispuesta a hacer sin dudar.

“Dime cuándo te acostaste con Martina por última vez”, le pedí, girando mi rostro para ver su reacción.

“Poco antes de conocerte, Jenifer. Martina es la única mujer a la que nunca pude rechazar”, me contó. Me vio con extrañeza y giró para abandonar la comisaría.

“¿No puedes o no quieres?”.

“Ya no está en mi vida, nena. La amé con locura, pero ya no siento nada por ella”, confesó.

“Ahora, después de conocerte, me negaría a estar con ella cada vez que se acerque a mí”, dijo, viendo por el espejo retrovisor. Luego se puso unas gafas oscuras.

El giro que había dado la charla me resultaba irritante.

“¿En serio ya no sientes nada?”, dije, y abroché mi cinturón de seguridad.

“Solo siento algo... por los recuerdos que tengo”, dijo, y sonrió discretamente. “Éramos solo unos chicos cuando nos conocimos. Éramos inocentes, sinceros y amorosos.

Enrique, además, era como un hermano para mí mientras estuvimos en la secundaria. Fuimos amigos desde entonces”.

Parecía que íbamos un poco más lejos de lo que había creído.

“¿Y qué ocurrió con él? ¿Era una buena persona o ha sido un bastardo toda su vida?”, pregunté, y exhalé con fuerza, dejando que escapara el aliento que no sabía que contenía.

“En el último año de la secundaria, cambió muchísimo. Fue por su mamá. Se descubrió que tenía una doble vida. Solía acostarse con muchos hombres y cobrarles mucho dinero”, me contó.

“Es una lástima. Era una buena persona”, dijo, negando con su cara. También exhaló con fuerza.

Sentí algo de náuseas antes de decir las palabras que pensé. “¿Era... prostituta?”, le pregunté.

“Exacto”, dijo, fijando su mirada en mí.

“Entiendo, pero no te distraigas. No quisiera tener otro accidente”.

“Cuando estoy contigo, solo puedo concentrarme en ti”, dijo. Tomó mi rodilla con su mano derecha y luego puso mi mano en su pierna.

“Pero hubo algo más. Su papá estaba mal. No podía mover las piernas. Estaba en silla de ruedas después de un accidente que había tenido en una motocicleta. No podía sacarla de su casa ni exigirle que se fuera. Él aguardaba su llegada cada noche, y ella siempre llegaba a las cuatro de la mañana, después de tener mucho sexo”.

Sentía lástima, pero no por Enrique, sino por su pobre padre.

Me costaba entender que en el mundo hubiera personas con almas llenas de maldad. Toqué su pierna con algo de fuerza. El dolor me agobiaba.

“Vaya”, dije, conmovida por la situación.

“Supongo que Enrique la descubrió teniendo sexo”.

“Fue su padre. Contrató a un detective por teléfono. El sujeto le llevó las pruebas. El padre de Enrique le escribió una carta. Cuando llegamos a su casa, Enrique la leyó y vio las fotos. Fue la

primera vez que vi cómo alguien moría por dentro. Y luego esa muerte se convirtió en ira”.

“¿Qué pasó con su papá?”.

“Se disparó en la cabeza horas después. Dejó otra carta en su escritorio”, dijo. “Falleció de inmediato”, contó, viendo mi cara otra vez.

Sentí que la atmósfera se cargaba con una densa neblina. “Vaya”, dije, viendo la ciudad por la ventana.

Enrique Gómez no debía recibir mi empatía, pero entendía que su personalidad vil se había forjado con ondas de dolor. Seguramente había comenzado a actuar de ese modo para sobrevivir. Lo había visto con otras personas.

“¿Y la madre?”, pregunté en voz baja.

“Sigue siendo una prostituta. Trabaja en la red de Enrique, de acuerdo a los rumores que circulan por ahí”, dijo, y soltó mi mano.

“Cuando pasó lo de su padre, entendí que se convertiría en un bastardo. Y me di cuenta de que no la mataría. Quería hacerla sufrir por lo que le había hecho a su padre. No la dejaré en paz hasta el día de su muerte”.

“No tuviste que ver con eso, ¿verdad?”, le pregunté.

“Es horrendo”, exclamé, y volteé para verlo.

“¿Crees que soy capaz de ayudar a un hombre a destruir la vida de su madre o la de cualquier mujer?”, me pregunto.

Frenó de golpe y estacionó a un costado de la vía. Parpadeó frenéticamente.

“No puedo creer que me preguntes eso ahora, aquí. Entiendo que apenas sabes algunas cosas de mí, pero de verdad es insólito”.

En ese momento lo supe. Cuando lo vi fijamente. Me encontré con una profunda tristeza en el fondo de su mirada.

Quería hundirme en él, rescatar su alma de ese pesar.

Quería mezclarme con su cuerpo y olvidar todo lo demás.

“No sé nada de ti, es verdad”, dije, y subí mi cara para acariciar su mejilla.

“Por eso quiero que me hables de ti. Solo así podré comprender todo. Abre tu corazón”.



## CAPÍTULO 19: CRISTIAN

“Abre tu corazón”. Recordé a Martina, lo que le había contado, las lágrimas que había visto. Me acompañó por ese sendero de pesar, me demostró que me apoyaba y me dio amor mientras el infierno se desataba en mi vida.

Mi corazón se encogió con ese recuerdo y las palabras de Jenifer. Solo con verla, deseé desterrar el profundo dolor que me había sacudido durante años. Quería expresarle lo que sentía.

Entendí que Jenifer me respetaría más que Martina, y nunca me abandonaría. Y no solo eso: también podría comprenderme y amarme.

Bajó su cara y asintió. Me di cuenta que intentaba esconder la desilusión que sentía.

“¿Detectas su ubicación?”, pregunté, viendo su celular.

Creí que había tomado la mejor decisión. La chispa estaba a punto de encenderse, pero la apagué.

“Sí. Llegó a un hotel en las afueras de Agua Viva, pero hay mucho tránsito vehicular. Llegaríamos en la noche. Llamaré a la Policía de la zona para que lo busquen”.

“De ninguna manera. Haremos esto por nuestra cuenta. No quiero a la Policía aquí”.

“Yo soy la Policía, David”.

“Eres una agente, pero quieres rescatar a chicas de las garras de Enrique o tipos como él. No quieres estar en una oficina ni llenar papeles”, dijo.

“La verdad es que simulas que eres policía”, dije, viendo su cara. Quise tocar su mano, pero no lo hice.

Tenía ganas de hablarse sobre mí, sobre las cosas del pasado que había ocultado.

Me convencí de hacerlo, pero me dije que sucedería después. Y también me dije que no sería respetuoso pedirle que se acostara conmigo.

“Ah, ¿sí? ¿Y dónde crees que debo estar?”.

La entendía. Su molestia estaba demostrándome que quería argumentos.

“Jenifer, sé que yo no quiero alejarme de ti. Cada vez que estamos juntos, me siento feliz. Y no quiero fingir que eso no sucede”, dije.

“De verdad no sé dónde deberías estar. Solo sé que mamá me decía: ‘sabrás dónde deberías estar cuando llegues a un lugar y no quieras irte de allí’”, dije, y sonreí. Evoqué a mamá, con sus manos sacando un pollo recién cocinado del horno.

“Y es cierto. Fundé un club de motorizados. Abrí una tienda con Rubén. Vendemos autos y reparamos otros en el taller contiguo. Me siento bien, y sé que no me hace falta cometer delitos ni estar rodeado de matones para pasarla bien”, dije.

Tomé su mano, aunque mi mente me decía que no lo hiciera.

“Pero quiero que me cuentes”, contestó, y apretó mi mano. Suspiró y cerró sus ojos mientras reclinaba su espalda. Noté que se esforzaba para ahogar su llanto.

Entonces me di cuenta: llegué a un lugar, a un punto, del que no quería partir. No pensaba en el resto del mundo.

Solo pensaba en ella. Y en mamá.

Era la única persona en el planeta que no se habría burlado de mí si le hubiera contado de Jenifer después de conocerla apenas unos días antes.

“¿Qué quieres que te cuente, cariño?”, pregunté, llevando la palma de su mano a mis labios.

Tomé cada uno de sus dedos y los besé lentamente. Tuve una erección rápidamente. El mundo jugaba contra nosotros, pero al estar con Jenifer olvidé todo de inmediato.

Pero yo estaba empezando a creer también en las cosas que creía mamá. Estaba segura de que el amor real, la atracción a primera vista y el destino existían.

Al mover su rostro, me encontré con su mirada. Una mirada que ya estaba sumergida en llanto.

“Si secuestraste a mi hermana menor o hiciste algo en su contra”, me dijo.

“No sé el nombre de tu hermana menor, Jenifer. No me lo has dicho aún”, le recordé. Llevé su mano a mi pierna mientras usaba mi otra mano para secar su llanto.

“¿Cómo se llamaba, nena?”.

“Karina”, dijo. Tomó mi mano para llevarla a su mejilla. “Si me dices que tuviste algo que ver, me iré enseguida”.

“No colaboré con él para que lastimara a esas chicas. Jamás haría algo así”, le conté. “Por eso, no participé en ese crimen ni en ningún otro. Enrique hacía todas esas cosas solo. Cuando su padre falleció, empecé a alejarme de él. Las cosas que hacía no me gustaban. Reconozco que he cometido errores, que me involucré en asuntos que no debía, pero no tuve nada que ver con secuestros ni prostitución”.

“Quiero que estés muy seguro. Dejaré esto atrás solo si te cercioras de que no tuviste nada que ver”, dijo. Bajó su cara y tomó una foto del bolsillo de su pantalón.

“Es mi hermana. Solo ve su rostro”.

“Mierda”, pensé al ver la imagen por unos segundos. Sí, era Karina.

“Sé quién es”, dije, y puse la foto en su mano.

“Bailaba por las noches en un bar. Solíamos ir allí después de terminar la secundaria. Nos dejaban pasar, aunque éramos menores de edad. Su rostro... era muy lindo, aunque siempre parecía estar perdida, aturdida por la tristeza”.

“La pasamos muy mal por la partida de nuestra madre”, dijo. Vi dos lágrimas en su cara.

Tomé aire y vi cómo guardaba la foto.

“A Enrique le agradó desde el principio. Supe que tuvieron dos o tres citas. Luego perdí su rastro. No supe nada más de lo que estaba haciendo”.

“¿Hablaste con Karina?”.

“Nunca”, dije, y me fijé de nuevo en la vía. “Había muchos asuntos por resolver”.

Entendí al ver su cara otra vez que quería una respuesta sincera. “¿De qué hablas?”, preguntó, con seriedad.

Para hacer lo que ya quería, irremediablemente tendría que hablarle de mí.

Me di cuenta de que, aunque pareciera irracional, más tarde iríamos a la habitación de un hotel en la entrada de la ciudad. Olvidaría el trayecto que habíamos recorrido, el motivo de nuestro viaje y lo que podría pasarnos.

Tocaría su piel otra vez, halaría sus cabellos y sentiría su boca en mi pecho y mi pene, y luego hundiría mi pene en su cálida vagina.

“Papá era un malnacido. Cada vez que llegaba a casa, tarde, después de tomar, nos daba unas terribles palizas. Tomaba demasiado. Tuvimos que decir que peleábamos en la escuela”, dije, y reí.

“En realidad, solo nos pegaba a nosotros. No se atrevía a hacerlo con nuestras hermanas. De hecho, ellas no saben mucho de esa etapa. No lo recuerdan porque eran muy pequeñas entonces o

lo ocultamos muy bien”.

“¿Y tu mamá?”.

“No sabía nada. Y si lo sabía, como seguramente pasó, actuó como si no lo supiera”, respondí, con tono de indiferencia. No quería recordar esa parte de su vida.

“Papá nos trataba bien al principio, pero su adicción al alcohol sacó lo peor de él”.

Sus dedos llegaron a la parte alta de mi rodilla.

“Creo que todos somos buenos cuando llegamos a este mundo. Como pasó con tu padre, algunos cambian para mal cuando se encuentran con algo que los sujeta, como los vicios, David”, dijo. Inclino su cara y rozó mi pierna.

“Seguro tienes razón. De todos modos, lo queríamos mucho”, respondí, encogiendo mis hombros.

“Es una lástima que luego se haya involucrado con quienes no debía. Al mudarnos comenzó a vender drogas, juntarse con mafiosos o algo así”.

“¿Al mudarse?”.

“Sí. Nuestros padres venían de Agraciada. Como no tenían dinero, nos mudamos aquí en busca de trabajo. Al llegar mi hermano Ángelo y yo éramos sus únicos hijos, pero con el tiempo tuvieron otros. En unos meses no hubo forma de mantener la casa. Tuve que salir a buscar empleo cuando tenía trece. Comencé como repartidor de diarios. En unas semanas me metí en el mundo de la venta de droga. Ganaba más y de forma más rápida”.

“Solo tenías trece años”, dijo, con un tono gentil.

Sabía que debía contarle todo. Debía abrir un espacio entre nosotros. Tenía que afianzar lo que teníamos. No quería revolver el asunto, por lo que guardé silencio por unos segundos, pero luego abrí la boca.

“Lo sé”, dije, tomando rumbo nuevamente hacia nuestro destino.

“Enrique era una buena persona. Un adolescente normal de Río Claro, sin problemas. Su papá se dedicó al Derecho y su madre estaba siempre en casa, ocupada con los quehaceres del hogar. Y nada más. Un día lo ayudé. Pudo salir de un altercado que tuvo gracias a mí. Desde ese momento nos hicimos grandes amigos”.

“Pero apenas eras un chico”.

“Trece, quince años. Me da igual. No tienes que recordármelo constantemente”, respondí. Giré para verla fijamente.

“En las calles en las que crecí, tener trece equivale a tener la mayoría de edad en tu vecindario. Tenía que madurar y hacerme cargo de los asuntos de mi familia. Solo así podría seguir con vida y ayudar a mamá”.

Le hablaba como el idiota que siempre había sido.

Mierda. Estaba actuando justo como no quería.

Acomodó su espalda y luego giró para besar mi brazo.

“No te detengas. Quiero que lleguemos pronto”, dijo. “Y comprendo. Te pido disculpas. Es solo que me impresiona lo que hiciste a esa corta edad”, dijo.

No quería recordar lo valiente que había sido, porque el miedo me había paralizado poco después. Por eso comenté a contarle solo una parte de la historia.

“Vi a Enrique en la calle. Unos delincuentes lo amenazaban. Le harían daño si no entregaba sus vaqueros, su dinero y su gorra. Tomaron casi todo, pero los golpeé con todas mis fuerzas. Mi valor y mi pistola fueron muy útiles”, dije, con tono de indiferencia.

“No entiendo. No tenías que ayudarlo”.

“Lo hice porque deseaba hacer algo bueno”, dije, asintiendo mientras veía algunos autos

pasar. “¿Tenemos que tomar esta vía?”.

“Oh, sí. Rayos. Por poco lo pasamos. Afortunadamente lo preguntaste a tiempo”, dijo, buscando su celular mientras se alejaba un poco de mí. “Veo que su localizador se detuvo. Se encuentra en el club Los Peces de la Noche”.

Abrí mis ojos de par en par, impresionado. “Qué idiota. Espero que Enrique esté con él, porque si no es así, voy a cortarlo en pedazos”.

“¿Lo tratas así porque tu papá también te daba palizas?”.

“Por Dios, Jenifer”, dije, riendo fingidamente. Luego la vi con seriedad. “Espero que moderes tus palabras, ¿de acuerdo?” le pregunté.

Asintió y vio por la ventana. “Lo haré, aunque creí que no tendría que defenderme mientras estuviéramos juntos”.

Tenía que controlarme. Jenifer no tenía la culpa de lo que me había sucedido ni de lo que podría llegar a pasar. Era el hombre que quería joderme. Y tenía que moderarme, porque si no lo hacía, empezaría a actuar como él.

“Supongo que en pocos minutos llegaremos al hotel”, dije, moviendo mi mano derecha para encender el aire acondicionado.

La temperatura había subido. Sentía que la molestia estaba perturbándome terriblemente, por lo que debía relajarme.

“Media hora, para ser exactos”, dijo, y suspiró.

“Nuestra madre murió. Yo era una niña. Papá tuvo que ir a la guerra, y ella no lo soportó”.

Casi todos los soldados regresaron. Los consideramos héroes”. “¿Qué fue lo que no soportó?”

“Nos quedamos sin nada. Todos en nuestro vecindario se fueron a la ruina”, dijo. Me vio con desconsuelo. La expresión de su cara me hipnotizó.

“¿Me dices que simplemente se fue?” le pregunté.

“Así es. Cuando desperté una mañana de marzo, mamá estaba en la sala, llorando. Karina y yo intentamos recuperar nuestras vidas, involucrar a mamá y comenzar de nuevo, pero de repente, una tarde de abril, simplemente se fue”, dijo, sonriente, aunque rápidamente bajó su cara. Miraba la vía con sus ojos quebrados.

“¿No crees que no recibimos la felicidad que merecemos?”.

“Casi nunca tenemos esa suerte”, dije, y moví mis dedos para encontrarme con los suyos.

“Ahora, busquemos a Néstor. Luego regresaremos a la ciudad. Espero que esta noche sí la pases conmigo”.

“¿Es lo que quieres?”.

“Sí. Es lo que estoy diciendo”, respondí. Apreté sus dedos con los míos.

“De hecho, has estado en mis pensamientos desde que estuviste en mi casa”.

“Admito que me pasó lo mismo”, dijo en voz baja. Cerró sus ojos y reclinó su espalda. “Ahora espero escuchar lo que quiero oír”.

“¿Y qué sería eso?”.

“Que me digas que no eres la persona que asumo que eres o has sido”.

“Reconozco lo que he hecho. Cometí errores. Delitos. He sido un bastardo. Pero creo que ya llegó la hora de comportarme como un hombre y actuar correctamente. ¿Soy lo que esperabas que fuese?”.

“Si sigues hablando de ti de esa manera, podría enamorarme de ti, David Del Piero”, respondió. Rió y abrió más sus ojos.

“¿No te asusta sentir algo así por mí, nena?”.

Con sus dedos tocó mi brazo, afincando sus uñas en mi muñeca. Mi piel se erizó de inmediato.

“Es lo único que quiero sentir. Es... como si hubieses llegado a mi corazón y no quisiera que salieras de allí”, dijo.

“Jenifer, “Martina afirma que espera un bebé”, dije.

“Creo que debes saberlo”, dije, con mi aliento cortado.

Era difícil, pero estaba decidido a actuar correctamente, algo que tal vez nunca había hecho.

Su reacción de calma me impresionó. “¿Y eres el padre?”, preguntó con curiosidad.

Es posible que no lo sea. De todos modos, quería que lo supieras, porque también es posible que sea verdad, dije.

“Debo hacerme un examen de paternidad. Quiero estar seguro, porque tal vez no esté embarazada”.

“Agradezco que me lo cuentes”, dijo, y asintió. Su actitud seguía impresionándome.

“Lo sé”, dije en voz baja.

Aceleré e intenté enfocarme en la vía. Quería llegar al lugar y encontrar al pendejo de Néstor.

Esperaba hacerlo pronto para regresar a la ciudad y poner a Jenifer en mis brazos.

Quería recordarle los motivos por los cuales pensaba que debíamos estar juntos.

## CAPÍTULO 20: JENIFER

“¿Hola? Ya llegamos”, dijo David, y su frase me hizo dejar de pensar.

El infierno que vivíamos no me gustaba para nada. Lo único que me alegraba era que finalmente había conocido una parte de la historia de David que no conocía. Me parecía importante, pues ya sentía un amor cada vez más fuerte por él.

“Excelente noticia”, dije. David apagó el auto y bajé.

“Vamos a la recepción. Les diremos lo que sucede. Entonces entraremos al dormitorio en el que detecté el localizador de Néstor”.

“Creo que mi sobrino, los matones de Enrique o quien sea que ande con él, le quitó ese rastreador. No creo que ande por esta zona, nena. Sabes que pasa mucho tiempo en las calles. Ha crecido ahí y conoce las trampas”.

“Ojalá estés equivocado”, respondí.

Pasamos a la entrada del hotel. Frené mis pasos. Un señor de mucha edad estaba en la recepción.

Apenas podía escuchar lo que decía. Me daba miedo el tono bajo de su voz. Además, su atuendo no parecía el uniforme de un hotel.

Una chica lo acompañaba, pero la forma en la que sujetaba su cuello me inquietaba. Conversaba con la recepcionista y me acerqué.

Su aliento a cigarrillo me hizo sentir náuseas. “Estaremos en uno de estos dormitorios por dos horas. Podemos estar ahí por ese tiempo, ¿cierto?”, dijo, y luego tosió con fuerza.

“Creo que está pasando algo. Algo malo”, le dije en voz baja a David. Lo vi de reojo.

David caminó para llegar hasta el sujeto. Palmeó su espalda para llamar su atención. Ambos voltearon para verlo.

Cuando vi su cara, me di cuenta de que la jovencita era una menor. No podía tener más de dieciocho. Todo su cuerpo temblaba. Intentó separarse un poco, pero no pudo.

Con su expresión, el tipo reflejaba lo que realmente sucedía. “¿Sucede algo?”, preguntó con fuerza.

“¿Paga por estar aquí unas horas?”, le preguntó a la joven.

“Escucha, amigo, no quiero que haya problemas en el hotel”.

“Habla”, le exigió David a la chica.

Ella se agitó rápidamente y cerró sus ojos mientras levantaba sus brazos. Luego comenzó a llorar.

“David”, dije, llegando hasta ellos. Quería separarla del sujeto. La tomé por la cintura, alejándola de él. Nos dirigimos al pasillo para llegar al baño.

“Te aseguro que no te lastimaré. Soy agente de la Policía de Río Claro”.

“Oh... qué suerte tengo”, dije en voz baja. Apoyó su cara en mi hombro.

“Seguramente papá está buscándome en todos lados. Vengo de Providencia, aunque tal vez no pueda regresar ahí. Ese sujeto tal vez querrá encontrarme”.

Sus manos no paraban de temblar.

David ya estaba discutiendo con el pedófilo, pero en pocos segundos llegó al baño. El eco de su voz retumbó en las paredes.

“Eso no sucederá. Te prometo que contactaré a la Policía de tu ciudad. Enviarán a unos oficiales para que te lleven allí. No temas. Ya puedes estar tranquila”, le dije a la chica, mientras seguía llorando. Entonces la abracé con fuerza.

“¿Todo bien con ustedes?”.

“Así es. ¿Golpeaste al bastardo?”, le pregunté, mientras salíamos del sanitario.

“Por supuesto. Y también lo amarré. Ahora no puede hablar”. Estiró su brazo para alcanzar la muñeca de la joven.

“Acompáñame. Estaré a tu lado mientras Jenifer llama a la Policía”.

David la tomó para llevarla a la recepción. “¿También eres agente?”, le preguntó la chica, secando su llanto.

“Digamos que sí”, dijo. Su largo y fuerte brazo alcanzó el hombro de la adolescente. Entonces me vio y asintió.

“Llama a tus colegas. No pierdas tiempo. Quiero que se lleven a la chica y la pongan a salvo para que podamos buscar a Néstor”.

Le pedí a la recepcionista que se sentara afuera. Tal vez estaba involucrada. Lo enviaría a la comisaría para que descubrieran si tenía algo que ver, y si era así, lo llevaran a la cárcel.

Al ver a David, recordé que había pasado por cosas difíciles, pero su expresión me indicaba que el episodio lo había conmocionado.

“De acuerdo”, le dije, y fui a la entrada.

“Policía de Agua Viva. ¿En qué podemos ayudarle?”, dijo la persona que me atendió, con tono de alerta.

Expliqué lo que sucedía. Le dije que era agente de Policía.

Abundé en los detalles y le comenté que el sujeto atado podía ser peligroso. En unos minutos dos patrullas llegaron al estacionamiento del hotel.

Un señor con más de cincuenta años descendió de una de las patrullas. De la otra bajó una agente de unos veinte años. El caballero llegó primero a nuestro lugar y estrechó mi mano.

“Agradecemos su cooperación, agente. Espero que tenga en cuenta que pudo haber resultado herida”.

David lo saludó también y ayudó a la joven a entrar en el auto policial. “No lo habría permitido”, dijo.

“Quiero que contacten a su padre o a su madre cuanto antes, y que sean muy cautelosos con ella. Lo que vivió fue... horrible”, dije. Luego vi fijamente a la agente.

“No quiero que algún hombre se le acerque en la comisaría. Quiero que solo hable con mujeres. Luego podrá irse a casa para que se sienta tranquila nuevamente”.

MI colega asintió. “De acuerdo. Agradecemos su colaboración”, respondió. Luego vio a su compañero. “Douglas, llévate al sujeto. Yo llevaré a la chica”.

El agente asintió. “Entendido”.

Cuando salieron, nos vimos fijamente. David haló mi espalda con su mano para que nuestros cuerpos se unieran. “Ahora sí, busquemos a Néstor”.

Di un paso atrás, pero tomé su cintura con mi mano derecha. “Te ves muy tranquilo. No entiendo”, dije.

“Es porque sé lo que hace. Está actuando como yo cuando tenía su edad. No quiere sentirse presionado por esos pendejos. Solo quiere hacer lo que se le antoja. Además, cree que no encaja en ninguna parte. Cuando sienta que llegó a ese sitio, por más lejos que esté o por mucho daño que

le cause, se quedará ahí. Y no pensará en quién esté detrás, atenazándolo para que lastime a la gente. Sé que no parará, Jenifer. Yo lo viví”.

“Sí, comprendo lo que dices”, dije. Me retiré de él para tomar mi celular.

“El dormitorio es el número treinta y uno”.

¿Qué pasaría si encontráramos a Néstor, pero estuviera lastimado, o peor aún, muerto?

Me daba miedo pensar en ello, aunque David se veía muy decidido a encontrarlo y mostrarme que no le había ocurrido nada.

“Perfecto”, dijo David, y dejé de pensar. Giró con prisa para llegar de nuevo al hotel. Comencé a caminar para alcanzarlo.

Ojalá pudiera sentirme tan calmado como él.

“Esta es”, dijo David cuando llegamos a la habitación. Era la última del fondo del hotel.

Entró en ella y caminé con prisa, pero no pude alcanzarlo.

“Pero aquí no está”.

Cuando llegué a la sala de estar del dormitorio, la imagen de una manta sangrienta estaba de nuevo frente a mí, pero a diferencia del cuarto de Néstor en este sí estaba su localizador, en medio del mar rojo de la cama.

Mi instinto me dijo que tomara mi pistola, pero decidí dejarla en su lugar.

Volteé para no ver la escena y evitar vomitar.

“Carajo. Hay que tener valor para arrancar un aparato de esos”, dije, cubriendo mi boca con mi mano.

“Lo sé. Tal vez le cueste caminar”, dijo. Alcanzó mi espalda y la acarició.

“Nena, esto no acabará si no busco a Enrique”.

“¿Enrique?”, le pregunté. Volteé rápidamente para ver sus ojos. “Sabes que me asusta que pueda hacerte daño”.

“Sé que no encontramos al chico hoy, pero no dejaré de buscarlo. Sé de algunos amigos que me darán una mano”, dijo.

“Y no te preocupes. No me lastimará. A ti tampoco. No hay nada de qué preocuparse”, dijo. Acercó su rostro para besar mi nariz. Luego trenzó mis cabellos entre sus dedos.

Pensé que tal vez nadie había llegado a los confines de su espíritu, lastimado por los años, pero estaba ilusionada con la idea de aterrizar allí, y quedarme para siempre.

“¿Quiénes son?”, pregunté. Acaricié su mejilla y el calor flotó en mis venas. Ya anhelaba estar con David, pero no solo para tener sexo, sino para compartir todos mis días con él. Deseaba descubrir lo que sentiría una mujer al recibir amor de una persona como David Del Piero.

“Puede que los conozcas”, dijo, y exhaló. “Debemos regresar a Río Claro. Solo vinimos por mi sobrino, aunque no pudimos encontrarlo”.

“¿En serio no te preocupa?”.

“Para nada. En la vía descubrí algo que me hizo darme cuenta de que estaba involucrado”.

“¿De qué hablas?”.

“No es nada serio”, respondió. Tensó su mandíbula y luego negó con su cara.

“¿Pero me lo dirás?”.

“No. No puedo”, dijo, y giró para salir del dormitorio. “Será mejor que volvamos. Ahora”.

Pensé contarle que Enrique estaba chantajeándome, pero me di cuenta de que eso complicaría más las cosas.

Además, pronto todo terminaría... o eso creía. Por ese motivo, durante el viaje de vuelta me sentí tensa.

Sabía que David estaba tan exhausto como yo. No se trataba solo del viaje, sino de todo lo que



había pasado.

Podría pedirle que se entregara por su cuenta, pero si algo tenía claro era que no lo haría. Debía entregarlo. Estaba justo a mi lado, pero ni siquiera pensaba en algún modo de hacerlo.

“¿Y tu casa, Jenifer?”, me preguntó David, devolviéndome al presente.

“Llega hasta la calle once y cruza a la izquierda”, dije, e intenté calmarme para hacerle la siguiente pregunta.

“¿Pasaremos esta noche juntos?”.

“Ese es mi plan”, dijo. Sonrió y entrelazó sus dedos con los míos. “¿No crees que ambos echamos de menos la unión de nuestros cuerpos?”.

Cuando llegamos al estacionamiento, apagó su auto, aunque se mantuvo dentro. Asentí. Decía la verdad.

Quería unir mi cuerpo al suyo, recibir su calidez y dejarme llevar mientras hacía conmigo lo que quisiera.

“¿De qué ‘chica’ hablaba mi sobrino, Jenifer? ¿Entiendes lo que mi sobrino intentaba contarme?”, me preguntó.

“Quiero saberlo”, dijo, y giró para ver mi cara.

“Él comentó que Enrique tenía a mi chica”, contó, y me paralicé. “Necesito que me digas cuándo ocurrió”.

“Néstor está con Enrique. No sé por qué lo hizo. No te ayudaría”.

Puso su mano justo en mi herida y afincó sus dedos en ella.

“Aún hay una luz de bondad dentro de él. Además, sabe lo mucho que he esforzado para darle una vida decente. Puede ser un villano, pero tal vez quiera agradecerme el trato y las cosas que le di mientras crecía”, dijo.

“¡Mierda! ¡Aún me duele esa herida!”, grité. Me sobresalté y lo aparté con fuerza.

“Estuviste con Enrique, pero no me contaste nada”, dijo.

Bajó del auto para ir a mi puerta. La abrió y me sacó.

El llanto llenó mi cara. “Me duele la cabeza por lo que hiciste con tu mano”.

“Y si no lo hice fue para no empeorar la situación”, le dije. Golpeé con fuerza sus hombros.

“Te toqué para que me contaras”, dijo. Tomó mi cintura para ponerme entre su cuerpo y la puerta. “Dime cuándo ocurrió”.

Pasé sin decir nada. La puerta quedó abierta. Sentí ira y traté de contener mi llanto.

“Aléjate. Sabes que acá no me siento a salvo”, dije, y puse mi brazo en su hombro. Se quitó, por lo que me sentí calmada. Pasé cerca de él sin decirle nada y entré a mi apartamento.

“Acércate”, me pidió.

“Nena, no tienes que alejarte ni pedirte que me aleje. Sabes que te protegeré”, dijo. Pasó y cerró mi puerta.

Luego encendió los focos de la sala de estar y la cocina.

“Quería ocultártelo”, grité. “Y no voy a moverme. Me quedaré aquí”, dije, cubriendo mi cara con las palmas de mis manos.

¿Por qué, en solo minutos, habíamos pasado de estar tan felices y relajados a pelear por el secuestro de Enrique?

Entendí por qué creía que Néstor no estaba en el hotel.

Se había convencido de que yo le había mentado. Entendía en parte su reacción. Había mentado, pues no le había dicho toda la verdad.

“Explícame tus motivos entonces. Supongo que eres parte de su pandilla también”, dijo. La calidez de su cuerpo estaba ahí, cerca, pero no podía moverme para llenarme de ella.

“Sabes que no haría nada con ese sujeto. Estoy del lado de la ley, pero parece que lo olvidaste”, exclamé.

“Vete”, dije, descubriendo mi rostro otra vez. Giré y fui de prisa a la sala de estar. Cuando me quité mis sandalias y saqué mi uniforme, lo dejé caer en el suelo.

Quería hacer lo mismo con mi ropa interior, por lo que moví mis manos para hacerlo.

“No entiendo por qué lo ocultaste”.

“No quiero que alguien me mantenga a salvo. No lo necesito. Y sé que tú arriesgarías hasta tu vida para hacerlo”, dije. Vi al techo mientras suspiraba.

Lo que ocurrió después fue tan rápido que apenas pude entender lo que sucedía.

“En eso tienes razón”, dijo, tomándose por la cintura. Y en unos segundos me puso en la cama de mi habitación.

## CAPÍTULO 21: CRISTIAN

Tantas preguntas sin respuestas nadaban entre la molestia de saber que ese bastardo seguramente le había exigido hacer algo o jurarle hacer algo para soltarla. Me sentí terriblemente molesto al saberlo.

Enrique Gómez la había secuestrado y ella no me había contado nada. Quería saber qué había pasado, si le había hecho daño, si la había amenazado, pero, sobre todo, cómo había recuperado la libertad.

Pero debía dejar de presionarla. Cuando empezó a llorar, me di cuenta de que no hacía falta descubrir esos detalles macabros. Solo tenía que consolarla. Ella lo merecía y lo necesitaba. Tenía que actuar como un hombre, como *su* compañero.

“De acuerdo, nena. No llores. Solucionaremos este asunto”, dije, y besé suavemente su boca. La puse sobre la cama, de modo que tuvo que verme mientras se sentaba. Ví su esbelto cuerpo, repasando sus caderas y su cintura.

Quería comprobar que no estuviera lastimada ni herida.

Los rayos matutinos iluminaban maravillosamente su piel. “Cielos, nena. ¿Ya te dije lo hermosa que eres? ¿Ya te dije lo mucho que me caliento solo con verte?”.

Seguía llorando y su llanto inundó mi ropa. “No soy tan bella como dices”, respondió, y tocó mi abdomen suavemente.

“No creas todo lo que tu mente te dice”, le imploré. Me quité la camiseta y vi la cara de Jenifer de nuevo.

“Lo mejor será que tengamos relaciones. Eso no relajará y nos ayudará a olvidar. Mañana temprano buscaremos una solución, ¿te parece? Entiendo que no me contaste nada porque también quieres protegerme”.

Subió en mi regazo y su vagina deliciosa rozó mi pene.

“¿Me crees?”, dijo, con tono de ilusión.

“Totalmente. Y seguiré confiando en ti mientras me demuestres que puedo hacerlo”, dije.

Mi aliento caliente escapó de mi garganta. Tomé su seno con mi mano derecha

Apenas podía moverse. Su agotamiento era visible.

Guardó silencio. Luego se movió para descender, quitarme los vaqueros y la ropa interior.

“¿Cómo quieres que me ponga?”, me preguntó, desde el piso.

Sus caricias lentas, su voz delicada, su mirada calmada.

Su pregunta inocente. Todo me encantaba. Me hizo sonreír. Bajé un poco para alcanzarla y ponerla de nuevo en la cama.

“Bajo mi cuerpo. No quiero que salgas de allí nunca”, dije.

Giré para acomodarla. Luego presioné su vagina con mi pene. Me sentía muy caliente.

Sentía que ya no podía renunciar a esa maravillosa sensación: era la primera vez en mucho tiempo que me involucraba con una mujer más allá del sexo.

“Cielos. Tengo que cogerte ahora”, dije. Separé sus muslos y escuché sus gemidos de placer. Moví rápidamente mis piernas para rodar mi tronco por su clítoris. Mi abdomen apretaba sus

tetas.

Tomé mi órgano para guiarme dentro de ella.

Puse mi glande en su deliciosa rendija empapada. Entré en su cuerpo con calma. Introduje solo una parte de mí.

Luego me retiré para ponerme en su clítoris.

Repetí el movimiento y luego volví a penetrarla, con algo más de fuerza. “Y yo quiero que me cojas, David”, clamó. Me incliné para extender más sus piernas.

Quería que estuviera muy abierta para mí. Halé sus caderas para ayudarla a descender.

Quería agitarla hasta que no pudiera más. Acaricié su ombligo y luego subí a sus senos. Paseé por ellos y luego los presioné. Entraba y salía de su vagina.

“Por Dios, nena. Si pudieras ver cómo tu vagina late por mí. Parece que quiere que te penetre sin detenerme ni un instante”.

“¿Podrías hacerlo... ahora?”, me preguntó entre jadeos.

Se aferró a mis brazos con todos sus dedos. Quería impulsarme para que la tomara. Así, pude meter parcialmente mi erección.

“Oh, sí. No te detengas, papi. Entra por completo”.

“Lo haré. Dame un momento”, dije.

Presioné más sus pezones. Quería manejar la situación. Escuché sus lamentos y vi que se movía para acomodarse. “Así me gusta. Eres muy obediente”.

“Por favor, no me digas eso”, respondió. Negó con su cara mientras sonreía ampliamente.

“Pero es lo que eres. Actúas como una chica obediente, como una buena chica. Una que me pertenece”, dije.

Retiré mi tronco y azoté con él su clítoris. Lo hice con fuerza y oí sus alaridos. Su cuerpo se movía de lado a lado.

“Olvidemos el desorden que vivimos. Pasemos estas horas aquí. Disfrutemos ahora que estamos juntos”.

“Estupendo”, dijo. Reclinó su cuerpo mientras sus dedos se sujetaban a una almohada. Sonreí al ver su cara.

“¿No tienes vibradores?”.

La expresión de su rostro perfecto era maravillosa.

“¿Cómo?”, preguntó con asombro.

“Hablo de un vibrador. Podríamos usar uno en caso de que lo tengas”.

“Supongo que es una broma”, dijo, reclinándose para tomar asiento.

Movió su cuerpo de nuevo, demostrando el deseo que sentía por mí y sus ganas de ser penetrada pronto. “No lo es”, contesté. Me acerqué para besar intensamente sus labios.

“De acuerdo”, dijo. Se puso de pie para buscar entre sus cosas. En unos instantes regresó. Tenía un vibrador grande en sus manos. “Este es mi vibrador”.

“Mierda. No sabía que usabas uno tan grande”, dije, y sonreí. Se sentó de nuevo en la cama y golpeó mi pecho juguetonamente.

“Es una broma, nena. He visto muchos de ese tamaño”.

“No sabes la vergüenza que siento”.

“¿Por qué? No tienes que sentirte así”, dije.

Puse el aparato en un costado. Me acerqué a sus piernas. Mi pene se llenó con la calidez de su vagina. Presioné sus muslos y acomodé mi cuerpo.

Besé su boca una vez más, al tiempo que extendió sus manos. Luego impulsó sus piernas para tomar mis caderas. “Quiero que tomes todo esto, nena”.

Me di cuenta de que había intimidad entre nosotros, deseo, pero, sobre todo, emociones que ninguna mujer me había hecho experimentar. De hecho, quería ser una persona mejor, por ella. Mostrar mi mejor versión de mí.

Ella se mostró un poco sorprendida, pero luego tomó todo mi órgano. Mi nariz chocaba con la de ella, y unos minutos después tuvo un orgasmo. El momento me pareció el mejor que había vivido.

“Cielos, qué rico”, dijo. Suspiró y al ver que me sentaba, tomó mi mano. “¿Qué haces?”.

Humedecí mi dedo para recorrer lentamente con él su vagina, concentrándome en su clítoris. Luego intensifiqué los movimientos para estremecerla más.

“Voy a darte más placer”, dije. Tomé sus piernas para llevar su cuerpo atrás. Me arrodillé frente a ella.

“No lo soporto”, dijo en voz baja, intentando separarse de mí.

“Sé que podrás, créeme”, contesté. Tiré su pecho sobre la cama. Llegué a su trasero con mi glande y la vi fijamente.

“Pero yo nunca...”.

“Sí, cariño, no tienes que decírmelo. Solo déjate llevar”, dije. Moví mi pene en círculos en la entrada de su trasero y unos segundos después tomé el aparato. Dibujé otro círculo con él y lo usé para pasear por sus labios vaginales. Entonces inserté una parte de él, lentamente, en su vagina.

Cuando volvió a la posición en la que estaba, introduje una parte de mi erección en su trasero, también con mucha calma. “Por... todos los cielos”, exclamó, retorciendo su cuerpo.

“Quiero demostrarte cuánto te deseo, sin nada que nos separe”, dije. Gruñí ferozmente. Cada músculo de mi cuerpo se tensaba a medida que entraba con mucha calma en ella. Notaba el frenesí en mis bolas. “Por Dios. No imaginaba lo deliciosa que eras. Nena, quiero llenarte con mi semen”.

Con cada movimiento gemía más y más mientras sujetaba las sábanas. “Hazlo”, dijo. Subió sus piernas un poco.

Llevé el resto del vibrador a su interior, y luego lo retiré.

Podía ver sus líquidos calientes empapándolo. Repetí el movimiento en varias ocasiones. Ella, en tanto, movió sus caderas para recibir toda mi erección.

“Nena, estoy cerca”, dije. Mi frente se llenó de sudor mientras su boca se llenaba de alaridos. Supe que pronto me vendría.

Moví mi cuerpo con fuerza y rapidez, al tiempo que sentía las vibraciones intensas de su cuerpo por el aparato que puse en sus profundidades. “También lo estoy”, exclamó, para luego presionar mi tronco con su trasero.

Agitaba sus nalgas sobre mí, regalándome una exquisita sensación de placer. Después subió sus caderas para tomarme por completo.

“¡Oh, David!”, gritó, varias veces, mientras su cuerpo se tensaba. Evité que cayera al tomar mi cadera con mi mano. Deslicé mi pene dentro de ella hasta que liberé mi semen.

El alud se derramó en su rico trasero. Luego le permití caer en el colchón. Yo traté de calmar mis músculos y retomar el aliento.

Jadeé y sequé mi cara. “Mierda. Cuánta falta me hacía tenerte así”, dije.

“Acércate”, me pidió. Puso su mano sobre la mía para invitarme a acostarme. “Quiero que pases la noche conmigo”.

El vibrador cayó cerca de mi abdomen y sentí cosquillas en mi pecho. Ambos reímos. Luego lo desactivé y la abracé. “Pensé que no lo pedirías”, dije.

“No creas que ya no estoy molesto. Ojalá me hubieras contado lo que te hizo Enrique”, dije.

Pasé su mano por su espalda y llegué a su hombro. Con la otra mano acaricié su pezón. Luego pasé mis labios suavemente por su oreja.

“Sí. Espero que me disculpes”. Suspiró mientras movía un poco su pecho y presionaba mi costado.

“Cuéntame qué hiciste para escapar”.

Exhaló y me vio con orgullo. “Le dije que haría algo para demostrarle que éramos iguales”, dijo, sonriendo.

“¿Y qué rayos harías para demostrarle eso?”, pregunté. Fruncí mi ceño.

“Primero Enrique tendría que asesinarme antes de permitirme a mí misma hacer algo así. Te aseguro que no voy a hacerte daño”.

Tal vez... también estaba empezando a amarme. Volvió a su posición mientras mi mente no paraba de pensar en esa posibilidad.

Había dicho unos segundos que preferiría morir antes de lastimarme, y yo me preguntaba si realmente moriría por mí. Me parecía que lo decía por lo que ya sentía por mí.

Un imbécil como yo no estaba a la altura de una mujer como Jenifer. Ella no podía amarme. Yo era un bastardo.

No podía estar con una chica porque no lo merecía.

No podía permitir que Enrique tocara ni siquiera uno de sus cabellos. Tenía que poner mi vida en orden y ordenar el caos. Y debía hacerlo cuanto antes. Debía evitar que Jenifer resultara lastimada.

El problema era entre Enrique y yo, así que tenía que resolverlo. Pensando en ello, esa noche no pude dormir.

No paré de pensar en él. Había estado todo el tiempo en mis pensamientos, por lo que incluso tuve un episodio de ansiedad que me había convencido de tomar las riendas del asunto. Apenas podía respirar. Entonces me di cuenta de algo: tenía que encargarme de Enrique. Solo. Podría hacerlo. Era mi enemigo. Mi sobrino, Jenifer, mis amigos. Ninguno de ellos tenía algo que ver.

Quería que me llamara al levantarse, o después. Y también quería que fuese muy cautelosa. Tomé la primera ropa que vi para arreglarme. No me despedí de ella. Escribí una nota y la puse sobre la nevera.

Ya Rubén me había llamado en la madrugada, aunque yo no había oído el celular. Sonreí al ver la llamada. Marqué su número y esperé. Al parecer, ya sabía que tendría que darme una mano.

“Amigo, cuéntame. ¿Sucede algo?”.

“Sí. Néstor está con Enrique. Algo me dice que no está secuestrado. Quiso irse con ese hijo de puta”.

“Entiendo. Tú hiciste cosas como esas cuando tenías su edad. Yo también la cagué de ese modo. Dime qué hacemos”.

Encendí mi auto. Cuando aceleré, el chillido de las llantas llegó a mis oídos. “Acabar con él. Ese malnacido también raptó a Jenifer. Me enteré anoche”, dije.

“Ya era hora. Voy a contactar a todos los chicos del club. Te esperaremos en la tienda”.

“Llegaré en unos minutos”, dije, y colgué. Llamé a Martina, y ella contestó enseguida.

“Hola, David”.

“Quiero que hablemos”.

“¿Te parece si voy a la sede del club? Llegaría en unos quince minutos”.

“De acuerdo, pero llega en diez”, dije, colgué. Aceleré hasta el fondo. Esperaba llegar lo más pronto posible.

Cuando llegué, vi las motocicletas de los chicos, así como el auto de Martina. Parecía que

nunca había salido del lugar.

Vi las nubes en el cielo y supuse que en cualquier momento empezaría a llover, aunque esperaba que esa lluvia no cayera todavía. Apagué mi auto, bajé de él y entré con rapidez.

“David”, dijo cerca de mi cara al verme pasar.

“Acompáñame”, le pedí. Fuimos a una habitación que usábamos para cenar en ocasiones especiales. “El niño que llevas en tu vientre, ¿es mío?”.

Era obvio que estaba tan asustada que apenas le daba tiempo de arreglarse. Como tampoco solía hacerlo, pudimos acoplarnos bien desde el principio. Vi el shock en su cara. Tragó grueso y llevó sus cabellos atrás.

“No tengo idea. Y ahora no puedo regresar con Enrique. Sabes que ya me detesta tanto como a mí”.

“Supongo que te odia tanto porque sabe que volvimos a tener relaciones”, le dije, y una duda apareció en mi mente.

¿Cómo podría creerle? Era una idiota.

A pesar de ello, no quería que Enrique se acercara a ella o la lastimara. Recordé cómo se había portado con su madre, así que no quería que le hiciera lo mismo.

“No solo es por eso. Es por todo. Él asegura que estoy comportándome como nuestra madre”, dijo, bajando su cara y suspirando.

“Para ser sincera, David, he tenido sexo con varios tipos desde hace dos semanas. Solo puedo relajarme de ese modo. Solo puedo... sentirme libre al estar con un hombre, y sé que lo tienes claro”.

Sabía que ya no había nada entre nosotros. Tampoco quería que lo hubiera. Asentí, y traté de no pensar en ella mientras se acostaba con otro sujeto.

“Le pediré a Rubén que te lleve al concesionario, ¿te parece? Ahí nadie podrá lastimarte: Si necesitas algo, pídeselo a nuestro camarero”, le pedí, y vi su vientre.

“Y me gustaría hacer una prueba para saber si soy el padre”.

“De acuerdo. Lo haremos”, dijo. Asintió y me vio fijamente.

Giré para salir. Martina caminó detrás de mí y puso sus dedos sobre mi hombro. “Quisiera que pasemos esta noche juntos”.

“Martina, quiero iniciar una relación seria, así que eso no va a pasar”, le dije, alejando su mano con la mía. “Empiezo a sentir... amor por una chica. No quiero estropearlo”.

“¿La conozco?”.

Había suficientes problemas como para agregar otro.

Abandoné el lugar en silencio. No quería contarle ni un detalle sobre Jenifer.

No había visto a Andrés sin su uniforme en años. “Dime qué tienes en mente”, me preguntó al verme.

“Iremos a buscar a Enrique. Llegaremos a su casa”, dije, girando para ver las caras de todos. “¿Con quiénes cuento?”.

“Con todos”, dijo Rubén. Golpeó mi pecho con fuerza y subió su mano. La dejó en el aire y la convirtió en un puño.

“Manejamos por nuestros muertos”, dijo.

“Por los relegados”, gritó Isaías, subiendo también su puño.

“Por los abusados de siempre”, agregó Andrés, alzando su mano.

“Por los olvidados”, exclamó ‘El Colorado’.

“Por quienes nunca han tenido una oportunidad”, dijo Bruno, levantando su mano.

“Y también por nosotros. Por nuestra amistad”, exclamé. Grité y todos siguieron mi grito.

Luego subí mis dos puños.

“Salgamos de aquí. Esta noche, Enrique pagará por lo que ha hecho”.

“Con su vida”, gritó Rubén, acercándose a mí. Fuimos afuera y contemplamos la penumbra de la noche.

“Puedes pasar la noche en esta habitación. Rubén vendrá por ti en unas horas”, le dije a Martina cuando escuché que decía mi nombre una vez más.

“¿Cuento con eso?”.

“Tienes mi palabra”, dije.

Volteé, apreté mis puños y bajé los escalones con rapidez. Mi corazón se aceleraba, y mis pensamientos también.

Sabía lo que quería hacer y estaba dispuesto a lograrlo pronto. Tenía que deshacerme de Enrique Gómez. El mundo necesitaba que lo hiciera.



## CAPÍTULO 22: JENIFER

Sabía que las condiciones no estaban dadas como para que yo fuese feliz con David del modo en que quería, y que tal vez nunca lo estarían. Por eso no me sorprendí cuando desperté a la mañana siguiente, y ya no estaba conmigo. Supuse que eso iba a suceder.

José no me había hecho el amor como David. Yo nunca le habría permitido ser tan atrevido. Podría haber una razón: José no me habría propuesto algo así.

David, en cambio, no solo me lo había planteado, sino que no habría aceptado que rechazara su idea. Lo pensé y estiré mis brazos para animarme a despertar por completo.

Sentí dolor en todos mis órganos, aunque era un dolor agradable. Recordé todo lo que habíamos hecho horas antes, y el deseo surgió de nuevo en mi cuerpo.

Busqué una bata para vestirme. Me peiné y fui a la parte baja para buscar algo para desayunar. “Fue maravilloso”, dije en voz baja.

“Luces muy linda”.

“¿Qué rayos haces? ¿Cómo entraste?”, le pregunté, mientras buscaba mi pistola. Esa voz había hecho que me inquietara. Era Enrique. Giré para verlo mientras tocaba mi pecho.

“Vine a saludarte. Por lo que veo, Cristian te cogió de nuevo. Esa es una buena noticia”, dijo. “Oh, ¿buscas esto?”, me preguntó. Jugó con la pistola y sonrió.

“De nuevo, dime cómo entraste”.

“Por favor, Jenifer. ¿Por qué hablas como una idiota? Sé que, como policía, tienes muy claro que en esta zona los apartamentos son inseguros”, dijo, levantándose. Tocó la parte trasera de su cuello y suspiró. “¿Cómo van las cosas con él?”.

“Enrique, sabes que a otros sujetos ya les habría dado un golpe para dejarlos inconscientes, pero no puedo hacer eso con él”, respondí. “He trabajado para que obtengas lo que quieres, pero debes tomar en cuenta que no es tan sencillo”.

“Eso lo tengo claro. Ahora, no entiendo cómo puedes tener sexo con él y dejar que su amor por ti crezca. Sabes cuál es tu objetivo, y aun así actúas de forma tan vil. Creo que tu maldad supera la mía”, dijo.

Puso sus manos a los costados y paseó con sus ojos por mi piel.

“¿Tienes ropa interior? No me enojaría si pudieras compartirme con David”.

Retrocedí y el nerviosismo agitó mi pecho. “Anda al carajo, pendejo. Aléjate”, grité.

“Eres muy valiente. Tienes sexo con él, aunque ya tiene muy claro que eres una zorrilla. Y siempre lo serás”, dijo antes de reír.

Fue a la entrada y luego giró para ver mis ojos. Obviamente disfrutaba al ponerme en esa situación.

“¿Ya te dijo que será padre?”.

“Lo hizo”, dije, con mi mandíbula apretada.

“¿Te das cuenta de lo desordenada que está su vida?”, me preguntó, pero no respondí. Entonces tomó el pomo de la puerta para abrirla.

“El tiempo corre, Jenifer, y no veo que actúes a mi favor”, dijo. Movié su cara y vi su sonrisa

una vez más.

“Él si me ayudará. Conseguiré mis archivos”.

“¿De qué archivos hablas?”, le pregunté, con fuerza.

“Oh, le pedí que destruyera mis archivos. Los archivos policiales. Es tan gentil que cuando nos vimos hace poco, me pidió que le dijera cómo podía ayudarlo”, contó, con expresión de indiferencia.

“Son archivos digitales. No podría destruirlos”.

“Por favor, Jenifer. Solo necesito los expedientes escritos”, dijo. “Ya los archivos digitales no están. Mis amigos de la comisaría los eliminaron hace un tiempo”, me informó. Llegó a los escalones y giró para verme.

“Podría destruirlos por mi cuenta y así tendrías el camino libre para buscar a David”.

“¿Y dónde estaría la diversión?”, me preguntó entre risas. “Tú lo traicionas antes. Esa sería una victoria para mí. Y si él te traiciona, pone en riesgo tu trabajo y tu futuro, esa también sería una victoria para mí”.

“Entonces no importan los resultados. Igualmente ganarás, ¿o me equivoco?”, le pregunté, con mi vientre hecho trizas por el dolor.

“Así es, nena”, dijo, guiñando su ojo. “Así te dice Cristian, lo sé”, dijo, riendo con malicia. “Te llamaré pronto. Oh, y esperaré tu llegada”

“¿Mi llegada?”, le pregunté, al ver que se alejaba. “Sí. Quiero que vengas para prepararte. Deberás estar lista para cuando te traicione”.

“Hijo de perra”, dije. Tomé mi pistola. Quería amenazarlo, pero ya no estaba ahí. Un vehículo aceleraba y se lo llevaba. Las marcas de las llantas quedaban en el estacionamiento mientras yo bajaba por la escalera.

David sabía que mi hermana había caído en esa red y había muerto. ¿Enrique quería que David me convenciera de quemar la evidencia de que Enrique era el líder de una red de prostitución juvenil? Eso no era posible.

Era imposible... ¿o no?



Vi la pantalla de mi computadora. Una imagen de Néstor y David en el expediente del chico estaba frente a mí.

“Jenifer, necesito que vengas a mi oficina. Ahora”, dijo el capitán. Con su mano me indicó que lo acompañara.

“Claro”, dije, poniéndome de pie. Seguí sus pasos y cuando entramos él cerró la puerta.

“Lo oigo”, dije. Tomé asiento frente a él. Lo vi fijamente mientras cruzaba mis manos.

Lucía mucho mayor, aunque entendía perfectamente el motivo de su apariencia. Había mucha tensión en la comisaría. “Te pedí que viniera porque quiero contarte algo”, dijo José Luis.

“Entiendo. Puede comenzar, capitán”.

“Anoche perdimos mucha información, tendrás que reincorporarte a la unidad de delitos sexuales. Una persona entró en nuestra red anoche. Eliminó toda la información de las quince redadas que hiciste durante los últimos tres meses. No me gusta lo que va a pasar, pero debes tener claro que todos seremos investigados, incluyéndote”, dijo, con tono de disculpa.

“Empezaremos una investigación para determinar al autor de esto”.

“Un momento, jefe. Me dice que me investigarán por el hackeo de nuestra red, ¿pero ¿qué va a regresarme a la unidad que tal vez ayudé a destruir? ¿En qué lugar está el material físico?”, pregunté. Sentí pánico, aunque también me alegré muchísimo.

“Jennifer, todos somos conscientes de que te encanta trabajar en la unidad de delitos sexuales. Alguien tiene que colaborar en esa división. Mario dijo que seguramente ayudarías. Después de analizarlo, estuvimos de acuerdo”, dijo.

“Y sí, entiendo tus dudas, pero haremos lo que estoy diciéndote. Nos ayudarán con las investigaciones y la revisión. Aunque no hay nada en contra de tus colegas ni de ti, indagarán hasta el fondo. Será una experiencia desagradable.

“Dijiste que querías que estuviera segura, José Luis”.

“Así es, pero Mario dijo que es mejor que estés allí, aunque corras riesgos, en lugar de estar en una oficina, o afuera, sin hacer nada”.

“Por fin alguien entiende lo que siento”, dije, peinando mis cabellos con mis manos. “¿Ya hay fecha para mi regreso?”.

“Sí. El próximo viernes. Ahora trabajamos en los trámites. Busca a Jerónimo. Pregúntale si hay documentos de Enrique. No lo perderás de vista, ¿de acuerdo?”.

“Entiendo. Cuenta con eso”, dije, poniéndome de pie.

Había una mezcla de sensaciones agitando mi pecho.

Por un lado, había pesimismo.

Por otro, mucha incertidumbre. Y mucho nerviosismo.

El capitán esperaba que yo buscara la evidencia que quedaba sobre los crímenes de Enrique.

Podría buscar esas pruebas, dejarlas en la caja fuerte o usar la biblioteca, como siempre hacíamos, pero al parecer ahora quería ejecutar un procedimiento distinto.

Era obvio que Enrique tenía a alguien infiltrado en la comisaría, pero yo no sabía de quién se trataba.,

“¿Alguna otra cosa?”, le pregunté, poniéndome de pie.

Pensé que tal vez el capitán era el contacto de Enrique, pensé. Pero eso no podía pasar. Era irreal.

“Sí”, dijo, viéndome fijamente mientras tocaba la mesa de su oficina.

“Jerónimo nos dijo que tal vez tienes una relación con David, el tío de Néstor. En otras circunstancias te diría que eso generaría algún conflicto de intereses, pero ahora regresarás a la unidad de crímenes sexuales, así que no hay problemas”.

Era libre de continuar con David, en caso de que decidiera hacerlo.

“No supimos nada más sobre Néstor”, dije, ignorando las frases de mi jefe sobre David. Había dicho que mi juicio ya no podía afectar el caso de Néstor.

“Lo sé”, dijo con tono de indiferencia.

“Aunque no hayas sabido nada más, eso no significa que lo hayas perdido definitivamente. Ahora, concéntrate en los documentos a guardar. Y escribe tus notas sobre el archivo del chico. Sabes que tendrá un nuevo agente de libertad condicional que tendrá que usar ese expediente”.

Tal vez David lo salvaría de ese infierno. Si bien pensé en decirle al capitán que el chico no podría sobrevivir si se unía a Enrique, no estaba convencida de hacerlo. Tal vez sí podría sobrevivir. Asentí, aunque tragué grueso.

Y tal vez David haría todo lo que pudiera para rescatarlo, aunque eso tuviera un precio muy alto.

Aunque sentía un gran deseo de encontrarme con David, tenía claro que había asuntos urgentes que resolver.

Pasé el resto de la tarde revisando los documentos. Jerónimo estuvo conmigo.

Los archivos que necesitaba llegaron a mis manos. El expediente de Enrique Gómez estaba frente a mí. Lo puse en una gaveta de mi escritorio. Saludé y les sonreí a algunos colegas cuando

me iba.

Fui a la iglesia para encontrarme con mi papá. No quería hacerlo, pero igualmente fui.

Aunque no entendía por qué me sentía calmada al recordarlo, la imagen y los recuerdos de la iglesia me reconfortaban. Encendí el auto y me dirigí al lugar. Al llegar, vi que solo su auto estaba en el aparcamiento.

El sitio en el que descansaba eternamente Karina se encontraba a unos metros, en el cementerio de la iglesia, a unos pasos de donde me encontraba. Me relajaba saber que siempre podría encontrar a mi padre cerca de la tumba de mi hermana.

“Hija”, dijo, y giré para verlo. Daba unos pasos y sujetaba una cesta con su mano derecha. “Fui a buscar unas rosas. Quería ponerlas cerca de la tumba de tu hermana”.

“¿Qué tal estás, papá?”, le pregunté. “Te ayudaré con esto”, dije, tomando la canasta con mis manos.

Subió su brazo y tocó mi hombro. “Sinceramente, me siento ansioso”, dijo.

Ya no estábamos tan unidos como antes, y tras la ruptura con José, era inusual que se expresara de ese modo.

Comenzamos a caminar en dirección a la tumba.

“¿Ansioso?”, le pregunté, repitiendo su palabra. Sonreí con dificultad.

“No he sabido mucho de ti”, dijo. “Estoy ansioso, por ti”, dijo, encogiéndose sus hombros.

“Bueno, me siento bien”, dije. Vi la canasta y tomé algunas rosas.

“Una vez Karina insistió para que sembráramos rosas en tu patio. Me convenció de hacerlo, y te molestaste bastante al ver que crecían. ¿Lo recuerdas?”.

Sonrió mientras flexionaba sus piernas para acercarse a la tumba de Karina. “No lo he olvidado, hija. Recuerdo que pasaron algunos meses antes de que pudiera cortar el césped. No quería dañar las rosas”.

“Lo sé. Decidiste no cortarlo mientras crecían”, dije, y reí con alegría.

“Lo hice por ustedes, hija. Las amaba con mi alma”, dijo.

Con su mano tomó un par de rosas. “Y sigo amándolas”.

“¿De verdad?”, le pregunté, bajando para acercarme a él.

“Parece que solo me amas cuando hago el bien, cuando estoy con José o cuando no corro riesgos en la comisaría”.

“¿Eso es lo que crees?”, preguntó, viéndome con extrañeza. Estaba confundido.

Puse la canasta a un costado. Deposité las flores en una jarra cercana a la urna. “Así es”, dije.

“Karina se fue por una razón. Esperaba que la amáramos más de lo que podíamos. Estamos juntos tú y yo ahora, hija, y parece que la desesperada en ese momento eres tú”, dijo, tomando mi muñeca.

“Creo que no puedo hacer reaccionar de otro modo”, dije. Crucé mis dedos con los suyos y me fijé en la tumba.

“Elegí un trabajo arriesgado. Además, José me dejó por otra mujer”.

“Sabes que lo lamento”, dijo. Puse mi cara en su regazo y sentí su aliento sobre mi cuerpo. “Pero debe haber una solución”.

“Sí. Creo que ya empecé a resolver parte de mis problemas”, dije. Apoyé mi cuerpo más cerca del suyo y dejé caer mi cara en su cálido pecho.

“Comencé a salir con un hombre con cientos de tatuajes. No sabía que una persona pudiera tener tantos. Además, tiene una venta de autos, en la que también arregla motocicletas. De hecho, tiene una enorme. Oh, y este sujeto suele decir muchas groserías”.

Ver su cara tranquila me impactó. “¿Lo amas?”, me preguntó, más con tono curioso que crítico.

“Puede ser”, dije, y levanté mi rostro para verlo. “Sospecho que me ama también”, dije.

“Con un amor como el que sienten basta para ser felices, hija”, dijo. Bajó su cara y me regaló una sonrisa.

## CAPÍTULO 23: CRISTIAN

“Enrique sabrá que llegamos”, dijo Rubén. Se despojó de su casco y dio unos hacia mí. Luego abrió su boca.

“Lo sé. Él también sabe que vengo por él. Me ha provocado por años para que lo haga”, contesté. Al apagar mi máquina le pedí con mi mano a mis compañeros que apagaran las suyas también.

“Lo sabemos, jefe”, dijo Isaías, caminando también hacia mí. Vi que no llevaba casco. Jamás se lo ponía. “Díganos qué planea hacer”.

Cada uno se acercaba más.

“Entraremos con todo. Espero que no les metan una bala en las bolas, ¿de acuerdo?”, pregunté. Volteé para verlos a todos.

Bruno asintió y luego vio al resto del equipo. “De acuerdo. Entremos”, dijo.

Podía pasar lo peor, y debíamos estar preparados. “A la mierda”, dije. Puse mi casco a un lado y vi a Bruno. Su deseo de entrar era evidente. No le importaba que nos mataran. Saberlo me causó algo de temor.

Con mi índice les pedí a dos chicos que revisaran el fondo de la casa y a dos más que se quedaran a los costados, en caso de que alguien saliera y planeara huir.

Supuse que desde las ventanas nos recibirían con balas, pero no fue así. Un tortuoso silencio fue lo único que oí al llegar.

Rubén estaba a mi lado, apuntando su pistola. Cuando estacioné mi moto vi el panorama frente a mí. Avancé con calma hacia la entrada. Ya tenía el arma apuntando al frente también.

“Puedo hacerlo por ti, David. Debes cuidar a Néstor y al resto de tu familia, pero yo estoy solo. Lo mataré, David. Lo haré por ti, por tu sobrino, por el club”.

“Esa no es una opción”, dije. Me ubiqué en la entrada, sin mover un músculo. Bajé mi cara para ver adentro.

“Y no estás solo. Una de nuestras compañeras del trabajo quiere que te llenes de coraje y le pidas compartir una cena contigo”.

“¿Hablas de Laura?”, dijo, con algo de confusión, y asentí.

“¿Ya te dije que hay momentos en los que quiero tomarte por las bolas?”.

“Es lo que siempre he querido hacerte, pendejo”.

Giramos mientras exhalábamos. Entonces tiramos la puerta con nuestros pies. El lugar estaba solo. Me moví a los lados para ver si había alguien, pero solo estábamos nosotros.

“¿Qué sucedió aquí? Es muy raro que esos bastardos no estén”.

Bruno llegó a nosotros a través del pasillo. “Bueno, afuera tampoco están”, dijo.

Abrí ampliamente mis ojos y bajé mi arma al ver lo que hacía. “Oye, ¿qué rayos crees que haces?”.

“Me tomo una cerveza. Creo que todos deberían hacer lo mismo. Me parece que podríamos brindar”, dijo, agitando la lata.

“Pon eso donde estaba”, le dijo Rubén. Luego le indicó con su pistola dónde debía ubicar la

bebida.

“Ahora ve a chequear los dormitorios. Quiero saber si esos pendejos están ahí.

“No están. Sabían lo que haríamos”, dije. Vi a la cocina y guardé mi arma. “Supongo que...”.

“Tiene que haber sido ella”, dijo Isaías.

“Ella le avisó al bastardo. Sabes que ha comprado a mucha gente, amigo. Si no fue otra persona, seguro Martina le contó. Siempre ha estado dispuesta a hacer lo que él le pida. Tenemos eso muy claro”, dijo. Llegó a la sala de estar en unos segundos.

“Pero Enrique no suele actuar de ese modo”, dijo Andrés.

“No entiendo. Él no huiría”, dijo. “Eso es imposible”.

“Es cierto”, dije, y un fuerte olor llegó a mi nariz. Era... gas. “Salgan ahora. Hay un escape de gas en la casa”.

Salimos con prisa a la entrada de la casa. Bajamos con rapidez los escalones. Cuando estuvimos en el patio, un estallido hizo volar por los aires la casa.

Saltamos por la explosión. La nube ardiente se levantaba a nuestras espaldas. Comenzamos a gemir de dolor, aunque estábamos bien.

Parpadeé hasta que sentí que iba a desmayarme.

Los brazos de alguien me rodearon.

“¿Te pasó algo?”, preguntó ‘El Colorado’. Cuando pude incorporarme, una motocicleta salía por la vía. Había un par de personas sobre ella. Me pregunté si era Franco.

Si era él, ¿quién lo acompañaba? Su cabello era extenso, pero no pude ver nada más. El estruendo aún agitaba mis oídos. Y sentía el ardor en mi pie. “En la vía”, exclamé, apuntando con mis dedos. Al parecer, no estaba tan bien como había pensado.

“Está bien. Solo necesita respirar”, gritó Rubén.

“Estoy bien”, dando un giro para tratar de ponerme de pie nuevamente. Sentí mareos, aunque pude levantar mi mano y sujetar el hombro de Rubén. “Mierda. La casa...”.

¿Pueden creerlo? Esa mansión valía millones de pesos”, dijo Andrés. “Simplemente estalló”. Dio un paso hacia mí.

“Enrique puede comprar otra. No piensa en lo que perdió”, dijo Isaías. Estiró su brazo para golpear levemente mi mejilla.

“jefe, ¿te encuentras bien?”.

“Estoy muy bien. Nos vendieron, amigos”, dije. Subí mi brazo para apuntar a la vía otra vez. “Vi partir a Franco, aunque no sé quién era la chica que lo acompañaba”.

“Seguro era Martina”, dijo Rubén.

Tal vez la chica que acompañaba a Franco... era Jenifer.

Tal vez así honraba su promesa. Me había jurado que no me lastimaría ni me entregaría a Enrique. Pero él, en cambio, me demostraría que estaban juntos, y así me causaría un profundo enojo... O quizás solo quería tomarla de vuelta, lastimarla o raptarla por segunda vez. “Tal vez no. Ya no puedo asegurar nada”, dije.

Sentía las punzadas de dolor en mi cara. Y también sentía las punzadas de temor en mi pecho.

“¿Te sientes bien?”, preguntó Rubén. Quise saber si Néstor estaba involucrado. Había dicho esa frase, “tienen a tu chica”, solo para provocarme. “David, oye, no te desmayes”, dijo luego, palmeando mi cara.

Queríamos matar a Enrique, y había faltado poco para que él, con una sola explosión, nos matara a todos.

“Estoy bien. Solo aléjate”, le pedí, golpeando su pecho.

Las cenizas se esparcían por todos lados. Sabía que debía ponerme de pie y pensar con calma.

Estaba comenzando a alucinar.

Sabía que Enrique no había podido hacerlo solo.

Una persona de mi entorno lo había ayudado... ¿o tal vez varias?

Regresamos a la sede del club. Nos llevó unos minutos, pues todos estaban adoloridos. Martina seguía en el lugar. Cuando le dije que tal vez había estado con su hermano, se enfureció.

“Oye, Rubén, ¿por qué no la llevas a tu casa?”, le pregunté, apuntándola con mi mano.

“Si llego a saber que ayudaste a tu hermano con ese intento de asesinato, te arrepentirás de haberme conocido”.

“Espero que no estés hablando en serio”, dijo, con sus hombros tensos.

“Estoy hablando muy en serio”, dije, y vi a Rubén. Asentí y él hizo lo mismo.

Sabía que iba a protegerme, y que no le importaba tener en su casa a mi exnovia, una chica que supuestamente esperaba a un bebé que teóricamente era mío.

Cuando las aguas volvieron a su cauce, él podría sacarla de allí.

“Creo que es la hora de ir a dormir. Al despertar, los llamaré. Les agradezco lo que hicieron por mí”.

“Estamos siempre dispuestos a ayudarte, jefe. Y lamento que no haya resultado como esperaba”, dijo Isaías. Salí del club y ellos se quedaron allí, pensando en lo que había sucedido y cómo podrían solucionar definitivamente el asunto.

No sabía aún qué mujer acompañaba a Enrique. Sabía que solo podían ser pocas, muy pocas en realidad. Y era muy probable que fuese una de ellas. Mi mente se llenó de molestia y decepción.

Encendí mi motocicleta y me puse mi casco. Martina no había dejado el club de motocicletas.

Entonces tenía que ser Jenifer.

Sabía que tarde o temprano moriría. Era el momento de pasar mis últimos días a plenitud.

“Eso no puede ser cierto”, me dije en voz baja al pensar en Jenifer mientras me quitaba el casco. Me sentía más molesto.

Durante el trayecto pude calmarme, si bien me pareció que no había sido suficiente para sentirme mejor.

Cuando llegué a mi casa, el ruido de una persona en la cocina aceleró los latidos de mi corazón.

“Mejor deja esa arma donde está”, dijo Enrique, mientras me apuntaba con su pistola. Luego tomó asiento, aún con su arma frente a mi cabeza.

“¿Cómo pudiste destruir la casa que le perteneció a tu padre durante toda su vida? Pensé que yo no significaba nada para ti”, dije.

Saqué mi pistola para ponerla en la mesa, frente a Franco. Los vi, con la mayor calma posible. Tomé una cerveza para destaparla. Tomé buena parte de la bebida y luego tomé asiento en una silla de la cocina.

“¿No crees que tu mamá se sentiría muy triste al saber lo que hiciste? Tuvo que acostarse con muchos hombres para poder pagarla”.

Con su arma golpeó mi cráneo con mucha fuerza. “Cállate, pendejo”, dijo.

“Caballeros, díganme cómo puedo ayudarlos”, dije. Volví a beber mi cerveza mientras llevaba mi cabeza atrás. Entonces exhalé.

Dio unos pasos detrás de mí antes de tomar una silla para sentarse frente a nosotros. “No tengo que decírtelo porque lo sabes”, dijo Enrique.

Estiré mi mano para tomar su cara. Su frente golpeó su nariz y comenzó a sangrar. “jefe”, dijo Franco, poniéndose de pie. Dio dos pasos hacia mí y puso su arma en mi frente.



“Mierda. Ya perdí la cuenta de las veces que me has lastimado la nariz”, dijo. “Maldito. Otra vez caí en esa trampa”, dijo Enrique. Limpió su nariz, aunque ya su camisa estaba llena de sangre. Levantó su cara y sonrió.

“Así es. Yo también perdí la cuenta”, dije, y tomé lo que quedaba de mi cerveza.

Eructé y me fijé en el matón de Enrique.

“Ahora quiero que me cuentes algo, pendejo”.

“¿De qué hablas?”, me preguntó Franco, con tono molesto. Buscó una toalla en la mesa y se la dio a Enrique.

“¿Con quién estabas temprano en tu motocicleta? Te vi en la casa de los padres de Enrique”.

“¿Creíste que era otra chica? ¿Martina?”, preguntó. “Es obvio que estaba con Jenifer”, dijo Franco, girando un poco su cara. Luego sonrió con malicia.

Sabía que Enrique Gómez ansiaba evitar una pelea. Solo quería que le sirvieran sin chistar. Que todos se arrodillaran ante él, como si fuese el dueño de la ciudad.

“Cállate. Ahora dime lo que quieres, Enrique”, dije, viéndolo.

Llevé mi espalda al respaldo, intentando mostrar una calma que no tenía. Sabía que probablemente ellos irían a buscarme. De hecho, era lo más seguro. Pero no pensé que lo harían tan pronto.

“Quiero mi expediente. Sé que Jenifer lo guardó en su escritorio. Quiero que se lo pidas, amigo”.

“No me llames así, imbécil. Hace años que decidí alejarme de ti. Sé que no lo has olvidado”, dije.

“Veo que no sabes todo lo que pasó. Rubén no está en su casa con mi hermana. De hecho, no llegaron allí”, contó Enrique. Rió y vio al techo.

Me mostraba aún calmado, pero mi ansiedad era cada vez mayor. “¿Qué demonios dices?”, le pregunté.

“Tuve que pedirle a uno de mis empleados que la mataran. Fue a unos kilómetros de la sede de tu club”, contó, como si no le importara. No tienes que agradecerme”.

Me levanté para golpearlo otra vez, pero no pude hacerlo. Franco intuyó mis movimientos y me llevó a la silla con sus manos. “¿Qué hiciste qué?”, le pregunté.

“No puedo creer que ordenaste el asesinato de tu propia hermana”, grité.

Me moví con rapidez, de tal modo que caí al piso. Sentí nuevamente las punzadas de dolor en mi cabeza al llegar al suelo.

“No era tu hijo, amigo. Se acostó con muchos hombres. Heredó la parte negativa de nuestra madre. Era tan zorra como ella”, soltó.

“Cristian, lo hice por ti”, dijo, encogiendo sus hombros. Se levantó para acercarse.

Busqué mi celular en mis bolsillos, pero no lo encontré.

“Mierda”. Su comportamiento me había causado náuseas cuando aún éramos amigos, pero ahora me convencía de que había perdido la razón.

“Martina no se preocupó por ti. Y esta agente tampoco lo hace”, aseguró.

“Cuando mi hermana estuvo en tu club, tomó tu celular sin que te dieras cuenta. Ahora es mío”, dijo. Terminó de limpiar su sangre y puso la toalla en mi cuello.

“Las mujeres no son de fiar. Lo tienes tan claro como yo. Cada una es más puta que la otra. Por eso, todas deben recibir su merecido”.

Gotas de sangre de su nariz caían frente a mí. Aunque se notaba su dolor, no dejaba de pedirme que me levantara.

“Déjame ir. Y si no lo harás, mátame de una vez. Ya no quiero escuchar tus estupideces”, dije.

Intenté ponerme de pie, pero golpeó mi espalda.

“Vete. Busca mi expediente”.

“¿Y si no lo hago?”.

Tocó suavemente mi hombro. “Créeme. No querrás saberlo. Verás lo peor de mí. Acabará con la vida de todos los que amas”, dijo.

“¿Quién era el padre del niño, Enrique?”.

“Néstor”, dijo, y rió. Luego fue hacia la puerta.

“Busca los documentos. Entonces soltaré a la agente. Si no lo haces, le destrozaremos la cara. Ningún hombre querrá acostarse con ella. Quedará tan irreconocible como su hermana menor. Esa chica era bastante sexy... y atrevida. ¿Jenifer es tan sexy como ella?”.

“Malnacido. Cómo te odio”, grité. Grité y grité con todas mis ganas. Quería sacar la ira que sentía en mi interior.

“Sí”, dijo mientras salía. Con su mano le pidió a Franco que lo acompañara.

“Sé lo que sientes porque también te odio con todo mi ser”.

## CAPÍTULO 24: JENIFER

Una grave sensación de creer que podía perder más de lo que ya había perdido pasaba por mi pecho. Había intentado dormir, pero no había podido. Había muchas cosas recorriendo mi mente también.

Le pedí a David en un mensaje que nos viéramos en un lugar sencillo del centro de la ciudad. Era una cafetería llamada El Tren. Me gustaba el sabor de su café y la gentileza de su persona.

Cuando me di cuenta de que el reloj ya marcaba la mitad de la mañana, comencé a prepararme. Necesitaba conversar con él. Me parecía que era el momento oportuno para que dijéramos lo que sentíamos y aclarar todo lo que había pasado.

Quizás eso funcionaría para mejorar mi estado de ánimo. Quería estar en un lugar tranquilo al menos por un rato. Por esa razón pensé ir a un lugar público a compartir una taza de café con el sujeto que estaba adueñándose de mi corazón.

Aunque tenía mis dudas al respecto, me ilusioné con la idea de que diera resultado.

Me maquillé y me vestí, suspiré y sonreí al verme en el espejo. Fui al estacionamiento, y ya David estaba allí, con su auto aparcado a la izquierda. “Buenos días, cariño”.

“Buenos días”, dije. Acaricé su pecho después de acercarme a él.

“¿Te gustaría conversar conmigo? Quiero aclarar todo este desorden que hay por culpa de Enrique”.

“Sabes que él podría matarnos”, dijo. Puso sus dedos en mi cintura y luego los bajó para acariciar la parte más alta de mis nalgas.

“Quiere que estés lejos de mí, Jenifer”.

Su olor a loción masculina inició un fuego en mi piel.

David era el primer hombre que me producía una reacción tan fuerte como esa. “Eso no pasará. Soy tuya”, dije, abrazándolo con fuerza mientras inhalaba lentamente.

“¿Lo dices en serio?”, me preguntó, mientras llevaba mi cabellera detrás de mis hombros y se acercaba a mi boca para besarla.

Enrique me había asegurado que era un imbécil, pero se había equivocado. Era imposible que lo fuese, porque era una buena persona. Con el delicado toque de su boca recordé que no había hecho lo que Enrique le había pedido ni tenía nada que ver con Karina.

Estaba tan seguro de eso que quería tomar el riesgo y estar con él para convencerme de que tenía razón.

“¿Quieres café?”, preguntó, tocando mi nariz con la suya mientras sonreía cálidamente.

“Tomaríamos un par de cafés calientes mientras tomamos asiento para ver cómo todo se destruye afuera”.

“Si me acompañas, iré a cualquier parte”, dije mientras besaba su boca y retiraba mi cara. “¿Crees que podamos acabar con esto de una vez por todas? ¿Acabar con Enrique?”.

“Traté de hacerlo anoche”, dijo. Dio una vuelta para llegar al asiento del conductor. Luego giró para verme.

“Hizo estallar la casa en la que estábamos. Afortunadamente, los chicos que me acompañaban

y yo pudimos salir. Si hubiese tardado un poco más, habríamos muerto”.

“Vaya”, dije. Me aseguré con mi cinturón y pasé mis dedos por su hombro.

“También intentó matarme. Uno de sus sicarios chocó mi auto la semana pasada. Mi auto cayó al arroyo que está cerca de tu vecindario”.

“¡Por Dios, Jenifer!” dijo con fuerza. Volteó y vio mis ojos. Me sujetó con fuerza. Pude ver el pánico en su cara. Sentí que mis sentidos se pasmaban ante su rostro y su miedo. “Debiste haberme contado”.

“No soy una doncella que necesita ser rescatada por un príncipe, David. No quise hacerlo. Quería hacer algo sin tu ayuda”.

“Tal vez quiera rescatarte”, dijo, llevando su boca a la mía otra vez. Insertó su lengua en mi garganta, mostrando el fuego que ardía en sus entrañas.

Cerré mis ojos y me dejé llevar. Sentí que no había nada más en el mundo, salvo él. Su mano acariciaba mi cabello, sus otros dedos pasaban por mi cara y su incendio interior también quemaba el auto. Alejó su cara para verme.

“Tal vez deba llevarte otra vez a mi dormitorio para hacerte el amor como mereces. Ese café puede esperar”.

“Quiero que solucionemos esto primero. Luego podremos ir a un hotel lujoso para pasar varios días allí”, dije. Sonreí mientras me apoyaba en mi asiento.

“Es una propuesta interesante”, dijo, humedeciendo su boca. Giró para ver la vía. “Ahora sí puedes contarme lo que te hizo Enrique. Tienes que decirme todo”.

Quería contarle cada detalle de manera que supiera que podía confiar en mí, en caso de que no lo supiera todavía. Tomé aire para sacar todo de mí. Absolutamente todo.

Conté sobre la red de tráfico sexual de jovencitas, mi intento de rescatar a mi hermana, cuando Isabel dijo mi nombre y Enrique lo escuchó, el momento en el que nos besamos, el choque en la vía, el rapto y su visita a mi casa. Confesé todo.

“Jenifer”, dijo cuando llegamos a El Tren. Me vio fijamente.

“No le he sido infiel a una chica. Jamás. Tuve relaciones con Martina, pero en ese momento no salía con nadie”.

“¿Qué te hizo Enrique?”.

Acercó su cara y volvió a besarme. Salimos del auto y llegamos al capó. Entonces tomó mis dedos para llevarlos a su boca. Besó cada uno y entramos a la cafetería. “Te contaré todo. Entremos por un café y así te narraré mi historia”, dijo.

“Buenos días, amigos. Mi nombre es Nohely. Cuéntenme qué desean pedir”, dijo nuestra camarera. Era una chica alta, sonriente y rubia.

La sensación de entrar a un segundo hogar y el aroma de café preparado pocos minutos antes relajó mi cuerpo.

“Quiero café con crema y lo mismo que pida este señor enorme”, dije, apoyando mis brazos en el mostrador.

“¿Enorme?”, preguntó David al ponerse a mi lado. Luego sonrió. “¿Te refieres a otra cosa?”.

“Creo que lo dice porque tienes unos kilos de más, amigo”.

Volteamos para saber quién decía eso. Un sujeto blanco y alto sonrió y estiró su brazo para saludar a David.

“Diego, ¡qué gusto verte otra vez! Pensé que te habías mudado”, dijo David, y luego lo abrazó. “Te presento a mi chica, Jenifer”.

“Un gusto, Jenifer. Les presento a Nohely. Es mi chica, es la que está atendiéndolos”, dijo, indicando a la chica del otro lado del mostrador.

“Parece que nuestra ciudad es más pequeña de lo que parece”, dije. Giré para saludarla con mi mano.

“Así parece”, dijo Nohely, y luego vio a Diego. “¿De dónde conoces a David?”.

“Honestamente, no recuerdo cuándo lo vi por primera vez”, dijo Diego, y encogió sus hombros.

“Me pasa lo mismo. Es una lástima que te hayas enterado de que nos conocemos”, dijo David. Luego rió y tomó mi cintura.

“Es un chiste. Ahora quiero estar a solas con mi chica. Largo de aquí, Diego. Tu atractivo me opaca”.

Diego abrió sus ojos ampliamente. “Nos vemos, amigo”.

“Nos vemos”, dijo David, y vio a Nohely. “Qué triste que hayas tenido que terminar con él”, dijo.

Nohely rió. “No tienes que decir eso. Estoy feliz de estar con él”.

“Qué lindo escuchar eso”, dije. Puse mi cara sobre el hombro de David y luego la subí para verlo. “Buscaré una mesa para dos”.

“De acuerdo. Buscaré los cafés”, dijo. Se separó de mí para ir por las bebidas.

Suspiré al ver todos sus músculos y me dije que tenía que estar con David a solas, en algún hotel lujoso, como habíamos comentado. Tenía que volver a tocar esos músculos, sentir su cuerpo con mi lengua, los latidos de su corazón, el eco de sus gemidos cerca de mi oreja. Comencé a caminar y fui cerca de una ventana.

Allí había una mesa alejada del resto de los comensales.

Tomé asiento y giré para ver otra vez el cuerpo de David.

Llevaba unos pantalones bajos, como de costumbre, por lo que podía contemplar su espalda completamente. Me encantaba la forma en la que se veía su trasero, aunque su figura delantera perfecta, su pecho, sus brazos me gustaban más.

Me entregó mi bebida y tomó asiento. “¿En qué piensas, nena?”, me preguntó al llegar a la mesa.

“En tu cuerpo”, dije. Vi mi café y luego me fijé en su rostro. Mis mejillas se ruborizaron.

Se mostró sorprendido. “Podríamos hacer lo que quieras en este momento, cariño”.

“Lo sé, pero quiero decirte algo que no te he confesado”, dije. Estiré mi brazo y toqué su muñeca. “Y quiero hacerlo ahora. Tuve que tragarme un localizador. Enrique lo puso en mi cuerpo”.

“¿Qué? ¿Te obligó?”, preguntó. Vi cómo su cuerpo se paralizaba por la ira que sentía.

Asentí, sin moverme. “Ahora, debes hablar. Tienes que hacerlo, pues tarde o temprano me buscará, y sabrá dónde localizarme”.

“Nena, Enrique aseguró que va a matarte, así como al resto de mi familia, si no le entrego los documentos de sus delitos que están en la Policía”, contó. “Pero eso no va a pasar. Hoy mismo voy a matarlo”, dijo, y apoyó su espalda en la silla.

“Alguien sabotó el sistema de la comisaría. Lo hizo para eliminar los expedientes digitales. ¿Tienes algo que ver con eso?”, le pregunté.

“No tuve nada que ver, pero te aseguro que tiene que haber sido un policía. Una persona en el exterior no lo habría logrado”, dije, y él negó con su cara. Su expresión era de incredulidad.

“Y tiene que haber sido un jefe”.

“Mi jefe me dio ese expediente. Luego me pidió que lo dejara en mi oficina. Es raro que lo haya hecho. Tal vez sabía que querrías buscarlo”, le conté. “¿Podría ser... él?”, le pregunté, en voz baja.

“No creo que haya tenido la intención de revelarte que era cómplice, pero está claro que lo es. Te entregó el expediente por una razón. Ningún capitán de la Policía te daría los archivos de un criminal como Enrique solo para que lo tengas en tu oficina”, dijo, y probó su café.

“Ahora debemos buscar ese expediente y fingir que estamos haciendo lo que nos ordenó”.

Asentí y tomé café. “¿Qué debo hacer ahora?”.

“Busca el expediente. Nos veremos más tarde en el parque en el que vimos a Néstor drogándose con sus amigos. Llamaré a Enrique para decirle que ya tenemos sus documentos y que podemos vernos en ese lugar”, propuso. Tomó asiento y se mostró más serio.

“Quisiera saber dónde fuiste anoche, cariño”.

“Fui a ver a papá. Estuve en su iglesia. Lo acompañé a pasar un rato en la tumba de mi hermana. Después comimos juntos. ¿A qué se debe esa pregunta?”.

“Vi a una chica en la casa. La casa de los padres de Enrique. Sé que no era Martina, pero no pude ver su rostro”.

“¿Hablaste con ella? Pudo haber estado y...”.

“No, cariño. Él ordenó su muerte. La asesinaron de un balazo”.

Abrí mis ojos ampliamente y tapé mis labios con mi mano derecha. “¿Me dices que mató a su hermana menor?”.

“Sí. La chica que tendría su sobrino”, dijo David. Bajó su cara y su voz se quebró. “Néstor era el padre”.

Parecía que cada noticia era más horrenda que la anterior. “¿Martina tuvo relaciones contigo y tu sobrino?”, le pregunté.

“Así es. Actuó como una zorra, pero no fue su culpa. Enrique la obligaba. Lo hacía para sacarle provecho para sus negocios”.

“¿No era tu novia?”.

“Lo fuimos, pero eso quedó atrás. Ahora solo quiero resolver este asunto y luego ver qué pasará con nosotros”, dijo.

“Estuvimos juntos durante mi adolescencia. Después de la ruptura, solíamos vernos en algunas ocasiones”, respondió, con tono de indiferencia.

“Ahora murió, y nunca sabré si de verdad sintió algo por mí”, dijo. Levantó su cara y me sumergí de nuevo en la profundidad de su mirada.

“Regresaré a la unidad de delitos sexuales. Trabajar allí es lo que más apasiona”.

“Podría ayudarte”.

“¿Te convertirías en policía?”.

“Eso no va a pasar jamás. Aunque no quiero estar del lado de la ley, te apoyaré y cuidaré tus espaldas cuando lo necesites. Sabes tan bien como yo que vas a regresar a lugares muy peligrosos”, dijo.

Apoyó su espalda en la silla y tomó otro sorbo de café.

“¿Enrique intentó hacerte algo... sexual?”.

“Afortunadamente, no”, le dije. Me fijé en su rostro y subí mi pecho con orgullo.

“Y aunque lo hubiera intentado, no se lo habría permitido. No habría estado con él, aunque me hubiera lastimado”.

Asintió mientras sonreía.

“Lo sé, cariño. Confío en tu palabra. Ahora, tengo que decirte que esto va a ser muy complicado. ¿Te sientes preparada para ir al infierno?”.

Lo vi sin parpadear y asentí.

“Iré las veces que sea necesario para liberarnos de Enrique Gómez. Estoy preparada.

Hagámoslo”.

## CAPÍTULO 25: CRISTIAN

Sabía que todo cambiaría para siempre en unas horas. Y ese cambio representaría la oportunidad de ser finalmente libres.

Además, muchas otras personas lo serían: cada chica que había sido raptada por Enrique para convertirla en prostituta ya no se vería obligada a estar ahí. Suspiré mientras íbamos a la casa de Jenifer.

Besé sus suaves labios y luego dejé que saliera de mi auto. Aunque tenía un profundo deseo de tomar su mano para ir con ella, besarla con fuerza y poseerla antes del anochecer, no lo hice.

Una vez que Jenifer entró a su casa, encendí de nuevo mi auto para ir al concesionario. Podía sentir la tranquilidad en mi cuerpo. Entré al estacionamiento y suspiré.

Había grasa en todos lados, un aroma a gasolina que se mezclaba con el olor a llantas nuevas, y herramientas en los estantes. Me parecía que estaba entrando a mi segundo hogar.

“¿Dónde están?”, pregunté mientras tocaba la puerta del estacionamiento y observaba a los lados.

“Hola, David. Anoche quise llamarte, pero no pude hacerlo”, dijo Rubén. Se levantó del piso, en el que reparaba un auto, y me saludó.

“Anoche le dispararon a Martina. Le dieron un balazo en la frente. No pudimos llegar a casa. Fui detrás del asesino, pero era mucho más que yo. Tomó un desvío y se fue por el norte. Nunca había visto a un sujeto con un aspecto tan espantoso”.

Estreché su mano y lo acerqué a mí para abrazarlo.

“Sí, Enrique me contó lo que sucedió”, contesté.

“Oh, y esa pobre criatura en su vientre, tu...”.

“No era el padre, aunque la noticia igualmente me impactó mucho”, dije. Me alejé de él y exhalé.

“Es un bastardo. ¿Cómo pudo asesinar a dos integrantes de su familia? Ese bebé...”.

“Sí. Es un monstruo. Y parece que nunca está satisfecho con el daño que hace”, dijo. Puso su mano en mi hombro y me vio fijamente.

“Afortunadamente pudiste ponerte de pie y salir de ese incendio. Pensamos que te perderíamos y tuvimos mucho miedo. Eras el que estaba más cerca de la casa cuando estalló”.

“Sí, creo que tienes razón”, dije, y pasé por el lugar con mis ojos. ¿Y Laura?”.

“Está adentro”, dijo, y levantó sus manos. “Y es tan atrevida que trajo una falda bastante corta”.

“¿Cuál es el problema?”, pregunté, con curiosidad.

Al ver la expresión de su rostro, comprendí lo que le pasaba. Me había ocurrido algo similar al conocer a Jenifer.

“No hay problema. Es solo que parece que quiere producirme una erección. Y está lográndolo. Voy a tener que ponerla sobre el capó de un auto para saborear su vagina y después hacerle el amor si continúa moviendo tanto sus caderas cuando camina cerca de mí”, dijo, con tono de deseo.

“Entiendo”, dije, y crucé mis manos sobre mi pecho.



“¿Podrás arreglártelas solo si me tomo una semana o un poco más?”.

“¿Me dices que vas a huir?”.

“Jamás haría eso. Decidí que asesinaré a Enrique. Lo haré hoy”, dije, y encogí mis hombros.

“Y cuando lo haga, me gustaría tomarme un receso. Necesito pensar en mí mismo”.

“Somos amigos, David. Por eso te apoyamos. Podremos acompañarte”.

“Comprendo lo que dices, pero no quiero matar a todos los miembros de su clan. Mi único objetivo es Enrique”.

“¿Comprendes que eso desatará un infierno?”.

“Un infierno en el que siempre hemos querido estar, ¿o me equivoco?”, pregunté, y esperé su reacción.

“Mierda. Sabes que así es. ¿Puedo acompañarte yo?”.

“Te lo agradezco, pero no. Quiero hacerlo solo. Él formó parte de nuestro club, hasta que se convirtió en la persona siniestra que es hoy. Quise hacer algo por él, pero no pude. Tampoco pude salvar a mi hermano o a Néstor”.

“David, las cosas no son como crees. No puedes salvar a todo el mundo”.

“Sí, quizás tengas razón”, dije, y sonreí. Luego golpeé ligeramente su pecho.

“Nos veremos pronto, amigo. Y si necesitas algo, no dudes en llamarme, ¿de acuerdo?”.

“De acuerdo. Espero que esta noche me cuentes lo que sucedió. Me gustaría saber al menos que no te hizo daño. Oh, y si necesitas deshacerte del cadáver de Enrique, puedo ayudarte”.

Giré para ver la fachada, y pedí en mis pensamientos poder regresar a ese lugar. “De acuerdo”, dije antes de salir del taller.

Había vivido siempre al límite, y ahora me encontraba en una situación en la que tenía que ir más allá, arriesgando todo. Pero lo hacía con satisfacción, pues lo que haría significaría el fin de la esclavitud para muchas personas, como esas jovencitas inocentes, y el inicio de la libertad para los seres que más quería.

Así que estaba convencido de que debía hacerlo. Ellos lo merecían.

Apagué mi moto y marqué el número de Enrique.

“¿Qué pasa?”.

“Ven por tu expediente. Luego me dejarás en paz”, dije, con firmeza.

“Llegué al parque en el que jugábamos cuando éramos niños. Pronto Jenifer vendrá con tus archivos”.

“¿Estás armado? ¿Cuál es la trampa? ¿Qué escondes, amigo?”.

Recordé las creencias de mi madre. Ella creía en Dios, así que pensé que si ese Dios existía tal vez oiría mis plegarias y me ayudaría a hacer lo que me había propuesto.

“Mis armas son mis manos y una moto, bastardo”, dije. Subí mi cara para ver el cielo. Al ver las estrellas, comencé a rezar para mis adentros.

“Llegaré en unos minutos”.

Colgué y guardé mi celular. Vi una patrulla que se acercaba. Dentro estaba Jenifer. Estacionó el auto y bajó. Su rostro estaba lleno de seriedad. “¿Lo trajiste?”.

“Así es”, dijo, caminando para llegar hasta mí. Luego tocó mi pecho. “¿Viene para acá?”.

“Sí. Quiero que estés lo más lejos posible cuando ese pendejo llegue”, dije. “Llegará pronto. Regresa al auto y vete”, le pedí. Me moví un poco para tomar su cintura y besar su boca.

“Quiero estar a tu lado. Me quedaré aquí”.

“Podría matarnos a ambos. Lo mejor es que te vayas”, dije. “No permitiré que te quedes aquí”, continué, y mordí su labio inferior. “Tienes que ir a tu casa. Podrás esperarme allí, a salvo. Llegaré más pronto de lo que crees. Si te quedas conmigo, no habrá forma de cuidarte”.

“Podría sucederte algo”, dijo. “David...”, continuó, negando con su cara. Bajó su cara y su llanto cayó al piso.

Palmeé su trasero y besé su boca una vez más. El beso se extendió más de lo que creí. “Sé que algo sucederá, y no sé si saldré lastimado. Debo acabar con este infierno que ayudé a desatar. Él y yo fuimos los mejores amigos del mundo. Tal vez si hubiera actuado de una manera distinta, habría podido hacer algo. Siento que tengo una deuda con él. Quiero acabar con su maldad. Se convirtió en un monstruo”, dije, y suspiré. “Vete ahora. Cuando termine esto, iré a verte, nena”.

“De acuerdo. Por favor, llámame cuando termines con él”, dijo, y volvió con prisa al auto. Su cabellera se agitaba por su velocidad. “¿Me lo juras?”.

Me pareció que tenía que pensar con cabeza fría lo que iba a hacer. “Te lo juro por ese rico trasero que tienes. Ahora, enciende ese auto y vete”, le dije, y le guiñé mi ojo derecho mientras daba unos pasos atrás.

No tuve tiempo para hacer nada más.

Enrique llegó y me mostró su sonrisa. Salía del bosque cercano con calma mientras me veía. Tenía un dispositivo en sus manos. “¿Por qué está marchándose?”, preguntó.

“No tiene nada que hacer acá”, respondí, mientras tomaba un cigarrillo. Había dejado de fumar hacía mucho tiempo, pero la ansiedad que sentía me convencía de hacerlo. Encendí un cigarro y extendí mi mano. “Puedes tomarlo si quieres”.

“No lo necesito. Inhalé coca hace unos minutos”, dijo, y giró para ver a los lados. Subió lo que tenía en sus manos.

“Desde el principio supe que la chica se quedaría contigo. Quise convencerla de unirse a nosotros. Esperaba que conociera el mundo subterráneo en el que vivo”.

Me quejé por su frase.

“No olvides que conozco muy bien ese mundo. Y ella también. Es la mejor agente que conozco. Y es capaz de adentrarse en esos callejones para salvar chicas, a diferencia de los malditos de la comisaría que se vendieron a ti por unos centavos”.

“Así es”, dijo, y con uno de sus dedos rozó un botón verde del panel de control del objeto que tenía.

“Imagino que entiendes que no eres el responsable de esta mierda, ¿o no? Es mamá quien tiene la culpa de todo”.

Enrique no dejaba de verme.

“Sé que debí haberte ayudado, pero la tristeza por la muerte de mi hermano y mi padre, me afectó muchísimo. Murieron tan pronto que apenas podía ponerme de pie”, dije, e inhalé con fuerza el cigarrillo.

Asintió y abrió la boca.

“Sí, lo sé. Aunque no fui el responsable de la muerte de tu papá, por lo de tu hermano sí”.

“Murió de sobredosis, Enrique. Eres consciente de eso”, dije.

“No entiendo lo que dices”, continué, y lancé el cigarrillo. Lo aplasté con mi zapato. “¿Cómo podrías haber asesinado a Ángel?”.

“Pude hacerlo. Supe toda esa versión, amigo”, dijo, y subió su cara. Contemplé el desprecio en su mirada.

“¿Tuviste sexo con mamá? ¿Eras el que estaba haciéndole el amor mientras mi padre buscaba las balas para matarse?”.

El recuerdo llegó a mi mente.

“Estaba drogado. No sabía bien lo que hacía”. Asentí y bajé la voz.

“Enrique, era apenas un jovencito. Ella trabajaba como prostituta. Además, era más linda que

muchas otras mujeres que había visto. Quise estar con ella y fui a su casa”.

“Comprendo”, dijo, con una voz extrañamente calmada.

“Yo también estaba drogado cuando me puse sobre Ángelo y le llené la boca de píldoras. Luego lo vi convulsionar y sacudirse, hasta que comenzó a vomitar sangre. Esa cosa roja llenó mis pantalones”, dijo, moviendo su cara. Sus ojos lucían perdidos.

“Creo que antes de verlo me drogué más de lo que debía”.

Convertí mis manos en puños y los apreté. No tenía armas. Solo quería ahorcarlo. Que sintiera dolor hasta morir. “No te creo. No serías capaz de hacer algo así”, dije.

“¿Te acostaste con mamá!”.

Él tenía el dispositivo en sus manos todavía. “¿Creí que era tu hermana, pendejo!”, dije con fuerza, intentando tomarlo por el cuello.

“Lo sé. Y no he terminado de vengarme. Ya acabé con Martina. Ahora debes morir tú”.

“Eres un monstruo. Por eso la mataste, bastardo”, dije, y vi el objeto en sus manos. “¿Qué tienes ahí?”.

Subió el dispositivo y pulsó el botón verde. “Te lo mostraré”, dijo.

El sonido que oí y la forma del aparato me indicaban lo que podía haber pasado. La patrulla de mi chica. El hijo de puta había plantado una bomba en el auto de policía de Jenifer. Arrojé mi cuerpo sobre su pecho. La ira y el miedo ardían en mi pecho.

“Voy a acabar con tu maldad”, le dije. Pude tomarlo finalmente y me senté sobre su pecho. Presioné su cuello.

“Has sido un cáncer que se ha propagado por mi cuerpo y mi mente desde que te conocí. Quieres acabar con todas las personas que amo en mi vida y destruirme”.

“La carta de papá. Ese pedazo de papel. ¿Lo leíste?”, me preguntó. Giró y me puso bajo su cuerpo. Tomó una navaja de su bolsillo y la hundió en mi pecho. No pude evitarlo.

“Eres quien quiere destruirte. Y llevarme contigo. Quisiste salvarme solo para matarme hoy. Habla. ¿Leíste la carta?”, dijo, hundiendo la navaja. Luego lo retiró. Movié su mano para amenazarme otra vez.

“Sí, lo hice, pero no tienes que hacer esto. No lo hice con intención”.

“Te cogiste a mamá, pero él no lo sabía. Entonces se quitó la vida por lo que hiciste, pero antes escribió una carta en la que me pedía que te recordara el gran amor que sentía por ti”, gritó.

“¿Escribió tu nombre en esa carta, maldito!”, dijo, clavando otra vez la navaja. Quise separar sus manos de mí, pero el nerviosismo que sentía no me lo permitía.

“Dejó esa nota con tu nombre porque quería demostrarme que para él eras un hijo más. Qué mierda. ¿Cómo podía quererte así si te acostaste con mi madre?”, dijo, y rió con malicia.

Jenifer podía haber muerto, e imaginarlo acababa con mi deseo de incorporarme y pelear. “Enrique, también lo quería como a un padre. Y sé que te adoraba también”, dije.

Quise levantarme, pero las heridas no me lo permitían.

Me quedé bajo el cuerpo de Enrique. Los rostros de mis familiares pasaron por mi mente.

Los de mis amigos y los miembros de mi club. La voz de Jenifer también llegó a mi mente, pero no sabía si se trataba de una alucinación o era algo real.

Giré y vi la sangre en mi pecho. Había clavado la navaja a solo unos centímetros de mi corazón.

Supuse que moriría, y lo acepté. Mamá y papá seguro serían felices con mi llegada. Ángelo también. Y Martina. Oí el impacto de una bala. Enrique alejó sus manos de mi cuerpo y cayó a un costado. “¿Jenifer?”, dije en voz baja.

“David” dijo Jenifer. Se arrodilló frente a mí y me abrazó.

El llanto cubría su cara y empapaba mis mejillas.

“Sé fuerte, mi amor. Pronto llegará una ambulancia”.

“Pero puso una bomba”, dije. “En tu auto...”. El dolor se hacía más fuerte. Gemí de dolor.

“Sí, pero salí de él antes de que explotara. Fui con prisa al bosque y me escondí. Le disparé desde allí. Ya murió, David. Quédate conmigo, por favor. Sé fuerte. Hazlo por nosotros, cariño. Hazlo por lo que sientes por mí”.

Una neblina se posó sobre mis ojos. Y mi mente.

“Lo haré por ti”, dije en voz baja mientras tocaba su hermosa cabellera y cerraba mis ojos.

Me sentía aliviado. Nunca en mi vida, como en ese momento, me había sentido... en paz.

# EPÍLOGO

# JENIFER

## Dos semanas después

Cuando los emparedados estuvieron listos, derramé salsa de tomate sobre ellos, los puse sobre un plato y los dejé en la bandeja. La habíamos comprado dos días antes.

“Creo que se ven estupendos”, susurré.

Con mis dedos subí un poco mi sujetador. Aún me sentía incómoda con él y mi ropa interior, pero sabía que me veía maravillosa con ellos. No pensaba en nada más. Esperaba que todo saliera de acuerdo a mis planes, de manera que no tendría que ponérmelas en muchas ocasiones.

Estábamos en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad.

Había llamado a Andrés, uno de los mejores amigos de David, y él había conseguido esa gran habitación en ese hotel del oeste de Río Claro. Llegamos allí cuando David recibió el alta médica. “Jennifer”, dijo David. Estaba en el pasillo. Giré y llegué la puerta de nuestra habitación.

Pasé por su musculatura con mis ojos. No había visto su piel bañada por la luz de la mañana.

Quizás sí lo había hecho cuando lo había llevado a casa después de la alta médica, solo para buscar algo de ropa. Aunque no lo recordaba, de todos modos, la imagen de su cuerpo me parecía maravillosa.

Contemplé su pecho y recorrí sus tatuajes. Vi cómo bajaban hasta sus caderas. Otros dibujos estaban impresos en sus antebrazos y sus muslos. “Acá estoy, cariño”, dije, y le mostré una gran sonrisa.

“¿A qué huele?”, preguntó. Subió sus brazos y se quejó por el dolor que sintió. “Mierda. Parece que esa herida nunca va a sanar”.

“Tardará, David. Recuerda que no solo debe sanar tu piel sino también tu corazón”, respondí. Puse la bandeja en un costado y lo vi fijamente. “¿Qué hacemos primero? ¿Desayunamos o...?”.

“No lo sé”, dijo, viendo mi cuerpo con algo de deseo.

“Carajo. ¿Y esa lencería?”.

“La compré en la tienda de ropa íntima que está a una cuadra. Me encanta este lugar y esta zona, David. Definitivamente, Andrés no deja de sorprenderme”.

Con su mano me pidió acercarme más. “Y no dejará de hacerlo. Ahora quiero que gires. Espero ver tu cuerpo con esa lencería antes de quitártela”.

“¿Qué te parece?”, le pregunté cuando llegamos al borde de la cama y giré mi cuerpo con mucha calma. Me sentí como una doncella que se exhibía ante su príncipe.

“Me parece sensacional”, dijo. Tomó mi brazo con suavidad para llevarme a la cama. Luego se acercó y tocó mi cara. Presionó suavemente y besó mi sien lentamente.

“Ven acá. Quiero que hagamos el amor. No hemos estado juntos desde que cosieron mi pecho, y me ha parecido una eternidad. No sabes cuánto deseo estar contigo”.

El doctor nos recomendó esperar un par de semanas para que la herida no se abriera.

Pero me habían parecido dos siglos.

Deshizo la trenza que los sostenía y lamió mis pezones.

Me moví para ponerme sobre él. Puse mis muslos sobre su pene. Tomó mis senos con ambas manos y acarició con ternura mis cabellos.

“Quiero que me penetres”, le confesé. “Oh... ya extrañaba esto”, dije. Impulsé mis caderas para presionar su pene. Quería sentir su tronco en mi vagina empapada.

“Ahora quiero que te quites ese sujetador”, me dijo.

“Vayamos con calma, nena”, dijo. Retrocedió y vi su sonrisa cuando abrí mis ojos. “Luces espectacular. Nunca había visto una mujer tan hermosa como tú”.

“¿Me pides que me quite esto porque...?”.

“Quiero llevarte a la cima del placer”, dijo, completando mi frase. Movié sus manos para sacar la parte delantera del sujetador. “Ahora, sácalo”.

“¿Sientes dolor en tu pecho?”, le pregunté. Llevé mis manos atrás y quité el gancho. Entonces lo lancé al piso.

“Para nada”, dijo, apretando mis senos mientras humedecía su boca. “Ahora, pervertida, quítate esa braga”.

Con lentitud me moví otra vez. “¿Me penetrarás cuando lo haga?”, le pregunté. Me incliné y luego me ayudó a subir. Bajé mi ropa interior por mis muslos.

Reclinó su espalda y tomó mi brazo.

“Por ahora no. Quiero saborear tu cuerpo. Pon esa rica vagina en mi boca”, me pidió.

“Dime cómo lo hago”, dije, acercándome a su cabeza.

Apoyé mis rodillas en un par de almohadas. Apoyé mis manos en el respaldo y sentí los movimientos de sus labios en mi vagina. La abrupta acción me hizo gemir.

Tomé el respaldo con más fuerza y recliné mi cara. Con su mano me hizo subir mi pierna derecha. Estaba invitándolo a mover su boca para atrapar mi cuerpo con más fuerza. “Así está perfecto”, dijo en voz baja.

Un torrente de excitación tensó mi cuerpo. El éxtasis se incrementaba más y más. Movía sus brazos y su boca intensamente. Usaba sus dientes para morder ligeramente mis muslos y mis labios vaginales.

El clímax se hizo intolerable un rato después. Caí sobre su cara y dejé que mi cuerpo latiera por el orgasmo que sentía.

El placer me desbordaba. “Cielos”, dijo en voz baja, y su aliento caliente chocó con mi vagina. Sentía que no podía más.

Me puse sobre sus piernas otra vez. “Carajo”, dije, cuando pude controlar mi cuerpo y retroceder.

Lamí sus labios para saborear otras de mis gotas y luego me moví para voltearme y cruzar sus piernas entre las mías.

“Así. Gira, nena. Me muero por ver ese rico culo”, me dijo, y luego hundió su lengua en mi garganta. Pude sentir el sabor de mi cuerpo mezclado con su deseo.

“David, no te esfuerces. No quiero que te lastimes. Haré todo por ti esta vez”.

Aunque quería ir con calma para no tocar su herida, estábamos tan excitados y húmedos que su pene entró de inmediato en mi interior, satisfaciéndome completamente.

“Mejor haz silencio y comienza”, dijo, tomando su tronco a medida que yo me deslizaba. Me encantó la forma en la que su pene me llenó.

Gemimos simultáneamente mientras cerraba mis ojos.

Me acomodé sobre su cuerpo mientras llevaba mis caderas atrás y adelante, con lentitud, y David no paró de tomar mis nalgas con fuerza. Repetí el movimiento y me deslicé una vez más

sobre su tronco.

“Vaya, no sabía que estabas tan excitada. Apuesto a que tú tampoco lo sabías”, dijo. Luego hundió un dedo en mi trasero y usó su otra mano para apretar mis nalgas.

“No hay prisa, nena. Quiero que te sientas satisfecha. Ha pasado tiempo y lo mereces”.

Sentí que iba a estallar. Lo supuse por los temblores de mi cuerpo y los gemidos cortados de mi boca. “Sí. Esa espera ha sido larga”, dije. Puse una sábana entre mis piernas.

Monté su pene con calma, aunque no dejé de impulsarme en ningún momento. Mi cuerpo cada vez ardía más, por lo que tuve que ralentizar mis movimientos.

Bajé mi cuerpo un poco para tocar mi clítoris con un par de dedos. Ya no sentía temor ni vergüenza. Estaba excitada y quería demostrarlo.

Me vine mientras mi espalda se arqueaba, pero con sus manos me movió para acercarme a sus caderas. “Mierda, nena. Vas a hacer que me venga. Tendrás que parar”, dijo, y azotó mis nalgas con fuerza.

Se quedó inmóvil y su líquido caliente inundó mis profundidades. “Jennifer”, exclamó, e impulsó su cuerpo hacia adelante.

Me empujé, moviendo mis caderas a su ritmo, y el calor de su cuerpo llegó al mío en unos segundos.

Contuvo el aliento y decidí separarme de él. Esperaba que no se hubiera lastimado. Lo vi apoyar su linda cara en la almohada.

“¿Cómo te sientes?”.

“Silencio. Acércate”, dijo.

Con sus manos me llevó sobre su cuerpo. Incliné mis brazos porque no quería estar cerca del vendaje que aún cubría su herida. Puse mi boca cerca de su hombro, le di un suave beso y dejé mi mano sobre su vientre para abrazarlo.

“Quisiera quedarme un día más en este lugar”, confesé, con la ilusión de que decidiera compartir conmigo una noche más en esa habitación.

“Lo sé, pero quiero irme hoy. Creo que es el momento de retomar nuestras rutinas, nuestras vidas”, dijo. Bajó su rostro un poco y besó mi frente.

“Entiendo que no hemos compartido mucho tiempo, pero creo que ya no puedo pasar una noche más solo. ¿Quieres mudarte conmigo o prefieres que yo lo haga?”.

“¿Quieres estar en esa antigua casa?”.

Asintió y sonrió. “Así es. Le perteneció a mamá, aunque lo que más quiero es estar contigo. Te amo”.

Pensé que quizás la cercanía con la muerte lo había convertido en una persona más abierta. “¿En serio?”, le pregunté, tomando su mano.

Creí que no diría lo que sentía por mí por los momentos. Que se tomaría años para hacerlo.

Me mostró esa hermosa sonrisa que derretía mi corazón. “Así es, y espero que tú también me ames. Y lo digas”, dijo.

“Yo también. Eres el hombre que más he amado”.

“¿Tu vagina también me ama?”, me preguntó, pero no pude responderle. Besó mi boca y luego bajó a mi clítoris. Lo llamó de varias formas, una más grosera que la otra, y luego continuaba besándolo.

Lo más importante era el amor que sentía por mí. Un amor que iba más allá de su forma de hablar.





Escuché su celular mientras abríamos las puertas del auto. Íbamos ya a casa.

El nerviosismo que sentí fue inmenso. Creí que era Enrique. Solo él sabía de nuestro paradero o los pasos que dábamos. Sin embargo, sabía que era imposible.

Lo habíamos asesinado. Había sido yo quien había acabado con su vida.

Aunque su cara seguía apareciendo en mis noches de insomnio.

“Habla Cristian”, dijo David al responder la llamada.

“¿Sucedió algo?”, le pregunté cuando colgó. Entré y me senté. Luego aseguré mi cinturón. David suspiró mientras se aseguraba también.

“Rubén me llamó. Hubo un problema en el concesionario. Quiero ir a ver lo que ocurrió. Luego iremos a tu casa”.

“¿No dijiste que nos quedaríamos en tu casa?”.

Sonrió y puso mi mano en su pierna. “Así es, pero quiero que vayamos por tus cosas, especialmente tu ropa interior sexy”, dijo.

“¿Te contó algo?”.

Era el momento de volver a nuestra realidad. Una realidad que tenía aspectos positivos y negativos. Pensé que contaba con él, lo que me hizo pensar que podríamos superar esas cosas malas.

“Nada. Eso solo indica que habrá malas noticias”, dijo, exhalando con fuerza. Abandonamos el maravilloso hotel que nos había acogido durante varios días. Unos días que habían sido muy placenteros.

No podía imaginar lo que había pasado en el taller, pero le pedí a Dios que fuese un pequeño inconveniente, algo que David pudiera solucionar rápidamente.

Ví por la ventana hasta que el agotamiento que sentía me hizo cerrar mis ojos. Todo lo que habíamos vivido en las últimas semanas me había dejado exhausta. Lo mismo sucedía con David.

Cuando llegamos, vimos que un incendio acababa con las instalaciones. Varios camiones de los bomberos llegaban rápidamente. Algunos de los bomberos intentaban apagar las llamas.

Rubén y el resto de los chicos estaban afuera. Una chica muy hermosa, con cabello largo y negro, los acompañaba.

“¿Carajo!”, dijo David. Cerró la puerta con un golpe y llevó sus manos a la cabeza.

Uno de los empleados dio unos pasos para alcanzar a David y saludarlo. “Hola, por fin logramos levantarte de la cama. ¿Crees que dejarás de envejecer si duermes menos?”, le preguntó.

Pero David no lo saludó. Prefirió abrazarlo. Luego se acercó a otro de los sujetos. “Cuéntame cómo empezó esto”.

“Al asesinar a Enrique, iniciamos un infierno. Y ese infierno ahora está frente a nosotros”, dijo. “Tú lo sabes, David. Ya te lo dije hace un tiempo”. Giró para ver el incendio desatado.

Otro de los sujetos Negó con su cara y sonrió. Parecía que lo veía como un chiste de mal gusto.

“¿Cómo es posible? Apenas quedan cuatro miembros de su pandilla. Cinco, tal vez. No entiendo cómo organizarían algo así”, dijo.

David giró para verme y extendió su brazo para tomar mi mano. “Cuentan con amigos y apoyo en muchas ciudades”, aseguró.

“¿Saben quién está detrás de esto?”, pregunté. Puse mis dedos entre los suyos y me abrazó.

“Fue Néstor”, dijo el sujeto más alto. Giré para ver su rostro. “Me llamo Rubén, por cierto”, dijo, y estrechó su mano. “Ya nos habíamos conocido en el club”, continuó, y sonreí.

“Sí, te recuerdo. Creí que me habías olvidado”.

“¿Néstor? ¿Qué te hace pensar que fue él?”, le preguntó David, volviendo al tema.

“Escribió una nota. La puso en la entrada. Este es su boleto para entrar a esa pandilla de Enrique. Le darán un reconocimiento por este incendio”.

“Néstor está fuera de mi familia”, dijo David, bajando su cara mientras exhalaba. El dolor que sentía era visible. “Ahora lo consideraré un enemigo”.

“Lo sé. Y también sé que es un enemigo peligroso. No lo pensaré para vengarse”, dijo Rubén. Puso en la mano de David la nota de Néstor.

“Tu sobrino está convencido de que fuiste el culpable de la muerte de su papá. Seguramente Enrique le metió esa mentira en la cabeza”.

David apretó mi mano con fuerza. “El asesino de mi hermano fue él. Enrique”, dijo.

“Supongo que es verdad, pero sabes que querrá vengarse. Y cuando un sujeto como tu sobrino quiere vengar a alguien de su propia familia, no le importará que la sangre corra sin parar. Enrique disfrutaba con tu sufrimiento por la muerte de su padre. Ahora es Néstor quien quiere hacerte sufrir por lo que cree que pasó”.

Me alejé de él para ver mi cara. “Querrá tomar venganza por una mentira. De todas maneras, si esos maleantes quieren venir por nosotros, los esperaremos. ¿Cuento con ustedes?”.

Rubén asintió y levantó su puño. “Sí. Lo haremos por nuestros muertos”, dijo.

“Por los relegados”, dijo otro sujeto moreno, alzando también su puño.

“Por los abusados de siempre”, dijo un lindo sujeto mientras subía su puño.

“Por los olvidados”, gritó un chico, mucho más joven que los demás, mientras repetía el movimiento con su mano.

“Por quienes nunca han tenido una oportunidad”, añadió Bruno mientras subía su mano y veía la cara de David y la mía.

“Y también por nosotros. Por nuestra amistad”, dijo David. Gritó con mucha fuerza, y sus compañeros comenzaron a gritar también.

“Acabaremos con Néstor esta noche. Acabaremos con esa pandilla”.

**Continuará... Fin**